

VER si (Zuma
tiene este original.

DANIEL MOYANO

RELATO DEL HALCON VERDE
Y LA FLAUTA MARAVILLOSA

Madrid,

1987

TIA LILA

Pobre tía Lila con su vestido blanco, tan alta, tan soltera. Un vestido en el que trabajaron todas las costureras de las sierras para plisarlo y darle esa forma de campana ondulante que tenía todas las tardes tía Lila cuando nos llamaba a rezar. Chicos, dejen ya esa pelota, a lavarse las manos, a frotarse las rodillas, a limpiarse la nariz que vamos a rezar. Un vestido que de tan plisado que era, ella podía levantarlo o moverlo para cualquier lado sin que se le vieran las rodillas; nunca se acababan los pliegues, ni siquiera cuando tomaba las puntillas del ruedo y alzaba el vestido con sus brazos para ser un pavo real, o juntándolas encima de la cabeza, cerrándose allá arriba las dos puntas para ser escarapela. O puro remolino si bailaba, el vestido se abría y giraba como el remolino donde se ahogó el tío Jacinto. Y qué manera de tener encajes y bordados el vestido de tía Lila. Hilos de todos los colores formando dos grandes mariposas en el pecho, repetidas en las mangas cerradas en los puños con tiritas amarillas, todo encerrando a tía Lila en una gran blancura.

Chicos, hoy nos vamos a Cosquín a visitar al tío Emilio. Y a portarse bien, no llevar las hondas, no matar palomitas de la virgen, no entrapar jilgueros. Portarse bien con el tío Emilio que es tan bueno y les dará leche de cabra, pan con chicharrón y miel de sus panales. Cuidado, chicos, a ser muy juiciosos, a ser prudentes en la casa del tío Emilio tan bueno tan hermoso. Nada de cazar pájaros y clavarles agujas en los ojos, Dios pue-

de castigarlos por eso y dejarlos ciegos para siempre. Aprendan del tío Emilio que es tan bueno y nunca mató pájaros ni les pinchó los ojos. Por eso lo mejor es portarse bien y juntar berro peperina piquillín y chañar para el tío Emilio, sin olvidarse de pedirle la bendición. ¿Y no podemos llevar la pelota? No, eso no, dice tía Lila, porque entonces juegan y gritan demasiado, los gritos ponen nervioso al tío Emilio y además espantan sus abejas.

Que Dios los bendiga mis queridos, dice tío Emilio tocándonos la cabeza. Y ahora vengan a ver mis flores, mis panales, mis cabritos, mis melones, mis jaulas con Siete Colores, mis canteros de margaritas y coronas de novias. No, gracias tío Emilio, queremos ir a la canchita. Bueno hijos, vayan con Dios pero no se junten con los negros, no se peleen ni se insulten. No, nunca tío Emilio, porque Dios está en todas partes y nos está mirando y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

Desde la canchita hacemos señas a los negritos del rancharío, que vienen como moscas. Che, ¿no tienen pelota ustedes? Podríamos jugar un partidito. Qué van a tener pelota ellos. Pero hacen señas con los ojos para que miremos el suelo. Y ahí vemos un montón de sapos que han salido del arroyo a buscar bichos, déle saltar por la canchita.

Lo lindo de esto es que la pelota ayuda, se gambetea sola. Linda pelota saltarina para los buenos tiros de boleo. Lo malo es cuando hay que cambiar de sapo. A veces te cortan en pleno avance diciendo che, esa pelota ya no vale, ¿no ves cómo está?, ahora la pelota es ésta. Entonces discutimos mucho, griterío, chicos, qué están haciendo en la canchita por amor de Dios, llega la voz de tía Lila.

Carozo y Titilo han formado dos bandos. Yo en el arco de Caro-

zo, el Beto en el de Titilo. Y hay cuatro negritos para cada bando. Y un montón de sapos, que en cierto modo también son jugadores, alternadamente; ellos, cuando no son pelota, van saltando por la canchita como si jugaran; uno que sube y otro que baja, saltando siempre, desde el arroyo hasta la casa de tío Emilio, justamente hasta sus canteros de coronas de novias, todo es un latir de sapos.

En eso hay un pase alto de Titilo. Un negrito viene a la carrera con intención de cabecear, pero justo a tiempo recuerda la calidad de la pelota y entonces la para con el pecho, no la deja llegar al suelo, juega bárbaro el negrito; la frena en la rodilla, la bailotea con la izquierda y tira con la derecha a media altura y muy violento. Yo estoy bien colocado y embolso sin problemas. Pero ahí nomás la suelto, la tiro para atrás por encima del palo, está helada esta pelota, córner gritan varios. Automáticamente voy a buscar la pelota cuando llega la voz de Titilo diciendo que la deje, ya no sirve. Y allá desde el córner con las patas abiertas viene girando el otro sapo, la panza le blanquea cuando pasa frente al arco, peligro para mí, he salido a destiempo, cuando Carozo salva la situación sacando de voleo, un tiro bárbaro que toma de sorpresa al otro arquero, que ni ve la pelota cuando pasa alta junto al poste casi en el ángulo y se estrella no sé dónde y ya estamos uno a cero, nos abrazamos con el Carozo y los negritos.

Chicos, no se ensucien, dice tía Lila debajo de la magnolia. Y dentro de un rato vengan que vamos a rezar todos juntos por el tío Jacinto que está muerto pobrecito.

Nosotros no queremos rezar ni que nos cuenten otra vez la historia del tío Jacinto. Ya nos hemos olvidado de él. Sabemos que

tenía bigotes y usaba sombrero aludo porque así está en el cuadro, en la pared.

Es que el remolino lo hundi6 y lo devolvi6 tres veces a la superficie, dice siempre tía Lila como si no lo supiéramos, mostrándonos tres dedos blancos, y nadie fue capaz de alcanzarle un palo, una tablita al pobrecito, y a la tercera vez ya no volvi6 a salir más.

Se ahog6 por boludo, decimos siempre con Titilo. Nosotros nos bañamos siempre en los remolinos, es mejor que en aguas mansas. Uno se deja llevar girando para abajo un par de metros, y en el fondo el remolino es un puntito que no tiene fuerza, acaba en cero. Todo lo que hay que hacer es apoyar un pie en el fondo y con el envi6n salir hacia el costado, y ya se está fuera del giro. Después nadar hasta la superficie, tomar resuello y otra vez adentro. Como un tobogán, pero más divertido. El remolino no existe en el fondo del río, todo el mundo lo sabe menos el tío Jacinto. Y los que estaban ahí se lo decían: haga un envi6n cuando esté abajo, señor Jacinto, tenga en cuenta que el remolino lo llevará de abajo hacia arriba tres veces solamente. Se lo decían con palabras y también con señas por si era sordo, pero él nada. En vez de hacer lo que le decían, él también hacía señas con los dedos, y nadie lo entendía por supuesto. Los otros le decían tres, tres dedos le mostraban para que los mirase, y él también mostraba, cada vez que salía, tres dedos, siete dedos, nueve dedos. Tres veces, le decían los otros, pero él nada, haciendo su testamento, tres vacas, siete ovejas, nueve canarios, todo eso se lo dejo a mi querido hermano Emilio. Los bigotes y el sombrero chorreando. Tres veces te perdona el remolino. Pero él nada. Y claro, a la tercera vez el remolino se lo llev6 al carajo. Entonces que se

joda, decimos siempre con Titilo.

Qué hacés, imbécil, me grita Carozo cuando me dejo meter el gol, cuando no veo al sapo que pasa como un refucilo entre mis piernas, todo por acordarme del tío Jacinto. Menos mal que es gol anulado: la pelota es ésta, dice un negrito que se corta solo para el otro arco, y cuando va a tirar sale Titilo, taponazo, se la quitan y a cambiar de sapo.

Titilo busca el empate como loco y como sabe que yo no sé atajar pelotas altas se remuerde en un tiro demasiado alto que pasa por encima del travesaño; salto todo lo que puedo viendo que el sapo va derecho a lo del tío Emilio, alcanzo a rozar la pelota con las uñas pero no hay caso, se me va, girando como un remolino con la panza para arriba allá lejos se estrella contra la jaula del Siete Colores de mi tío Emilio. Y enseguida la voz de tía Lila, tan buena, tan creída, la voz que dice por amor del Señor mis chiquilines, dejen tranquilo a ese sapito y vengán a rezar, ella hablando de un sapo y nosotros ya hemos usado como veinte.

Paren, penal, gritaron todos. Del penal del empate me acuerdo muy bien. Discutían a ver quién lo pateaba. Era un sapo grande, gordísimo, que no se quedaba quieto frente al arco mientras discutíamos. Lo ponían en su sitio y él siempre agarraba para el lado del arroyo. Al final lo pateó el Titilo, como siempre. Volvieron a poner el sapo en su sitio. Titilo lo miró, tomó carrera y se remordió en un tiro a media altura que no pude atajar desgraciadamente, mientras oía el grito de tía Lila como yéndose del mundo, cayendo en remolinos, mientras veíamos que su vestido blanco cambiaba rápidamente de color, mientras oíamos su grito más bien suave, como si fueran señas de gritos, más bien lánguido, como si en vez de gritar estuviese diciendo qué han hecho mis

queridos, no se olviden que Dios y el tío Jacinto los están mirando desde el cielo.

Gol, golazo, gritan Titilo y sus negritos, que se abrazan con el Beto. Yo me retuerzo de bronca en el suelo, muerdo el pasto. Dejarme meter el gol y además mancharle el vestido a tía Lila. Ahora ella va a pensar que no la queremos. El vestido tan blanco, tan bordado, tan puntillas, entre las dos mariposas ha reventado el sapo, a la altura del canesú alfrozado del vestido de tía Lila pavo real y escarapela.

Es molestísimo rezar cuando se suda a mares. Sudando es imposible concentrarse en el retrato del tío Jacinto, alumbrado con velas. Rezamos mirando de vez en cuando a tía Lila, que llora en enaguas lavando su vestido en una palangana. Nunca sabremos si llora por su vestido o por el tío Jacinto. Titilo reza mirando el retrato, pero los ojos le relumbran de alegría. Yo rezo tratando de disimular la bronca que tengo todavía. Un poquito más y lo atajaba, le agarraba una pata, qué sé yo, lo echaba al córner. Si me estiraba un poco más ganábamos uno a cero. El tío Emilio que reza con nosotros como si contara melones o cabritos. La tía Lila, que al siguiente verano habíamos olvidado como al tío Jacinto porque después no volvimos a las sierras. La tía Lila creyendo en tantas cosas buenas. La tía Lila que dicen que nunca pudo sacar del todo las manchas de sangre que hicimos en su vestido blanco. La tía Lila sin saber que nosotros seguiríamos matando sapos.

MARIA VIOLIN

Pitágoras descubrió las leyes matemáticas de los intervalos musicales valiéndose de un aparato de su invención al que llamó monocordio. Este consistía en una caja de resonancia sobre la que puso una cuerda tensa apoyada por sus extremos en dos caballetes. Dividiéndola, mediante otro caballete, en dos partes exactamente iguales, comprobó que el sonido producido por cada uno de los segmentos era la octava del sonido que daba la cuerda dejándola vibrar en libertad.

(De las clases del Conservatorio)

Estos hombres venidos de lejos no sólo habitaban en chozas miserables sino que, a la par, se hallaban obligados a sobrevivir, de repente, bajo otras costumbres extrañas, separados de sus mujeres y de sus hijos, pasando meses y meses sin hacer el amor con nadie. Esa exclusión equivale a un empujón definitivo hacia la muerte del deseo y, cuando el deseo muere, también el cuerpo se siente ya dispuesto para dejarse morir.

Tahar Ben Jelloun

Manuel el sudamericano pasó el último invierno tocando la quena en una bohardilla de la plaza de Santa Bárbara rodeado de un Madrid lluvioso que no podía ver desde su ^{su auto} ventana, que daba ^{de atrás} a ~~de~~ con ropa colgada y goterones. Nunca un cielo limpio ese invierno con algunas nieves, y frente a ^{su ventana} la ~~suya~~ a pocos metros una ventana cerrada desde siempre, el tendedero entre aquella y la ~~suya~~ siempre vacío, ^{ca} goterones de lluvia en las tuberías herrumbradas y la quena suena que te suena todas las tardes al terminar el trabajo, notas y gotas para ir llenando el tiempo en Madrid con veinte años por delante hasta que aclare allá en el Cono Sur, anclao en Madrid qué duda cabe.

El resto de tu vida, cabezón, Te lo dije cuando subiste al barco. Y nada de me moriré en Madrid con aguacero, déjalo tranquilo a Vallejo. Al fin y al cabo te lo estás pasando bien con tu quena y tu trabajo de fotógrafo, tu bohardilla de hombre solo y tus discos de la negra Sosa, ^{con tu} tocando la quena y ^{con tu} tomando mate los nueve meses del invierno español, ^{ya lo veras!} le gustaba decirse pensando que era otro ahora que tenía que vivir veinte años anclao en Madrid lluvia y bohardilla, alambre de la ropa sin ropa colgada de nadie y ventana siempre cerrada justo enfrente, cristales negros de hollín y más allá de los cristales nada, y más arriba tejas de dos siglos por lo menos y canaletas de la lluvia con goterones por todas partes y arriba a veces, cuando escampa, el cielo ceniciento del Greco.

El invierno, tocando la quena que le enviaron por correo con aire de quena india de hueso de mujer amada, así es la quena dicen, mirando la ventana cerrada y la cuerda de la ropa por donde rue-

dan las gotas para caer sin ruido casi justo al borde de la ventana de Manuel el de la quena toca que te toca, o girovagare en la bohardilla senza donne e le mani tenerceli dietro la schiena, como Pavese muerto sin aguacero y sin mujer.

Sin cuerpo de mujer estás sin tu propio cuerpo en Madrid, paseándote en la bohardilla con las manos a la espalda como Pavese cuando la muerte fue a buscarlo en ese hotel sombrío, y si no tienes tu propio cuerpo estás exiliado de ti mismo, las ciudades son fantasmas, caminas por las calles de Madrid pero en realidad vas entre humo solamente, Cibeles humo y Puerta de Alcalá humo solamente, cuidado con lo de Pavese, es demasiado drástico y muy poco latinoamericano, le decía a Manuel, como quien canturrea un estribillo, el otro que creía que estaba con él cuando caminaba solo por las calles de Madrid o por los tres metros infinitos de su bohardilla en Santa Bárbara, todas las noches sin cuerpo en la bohardilla, solamente los goterones en la cuerda del tendedero corriendo como diminutos animales vivos, las gotas cayendo abajo sin forma de gota, sin lluvia ya, justo en el momento de rozar los cristales de la ventana de Manuel la lluvia se moría y se sepultaba entre las cáscaras de naranja del patiecito de ropa caída y de zapatos y juguetes caídos, todo allá cuatro pisos abajo entre el esqueleto en que se convierte la lluvia cuando cae en los patios y se sepulta en los resumideros, tarde gris de tango, senza mamma e senza amore y pensando en qué hará a esta hora mi andina y dulce Rita de junco y capulí, sueños mezclados al alcohol.

~~Hasta esa mañana limpia, cuando la ventana de enfrente amaneció sin hollín, cortinas casi transparentes de tules como ilusión y por dentro una sombra que se pasea. La vida allí amanecida tenía rasgos muy ciertos en el centro de la cuerda, slip o bragas como dicen aquí tendidas a secar en situación equidistante, pequeño~~

monocordio pitagórico de tela transparente, de una hembra que cayó del cielo.

Demasiado riesgoso copiar fotos con la ventana entreabierta para que salta el humo del tabaco: ella puede encender la luz de su bohardilla para recoger la ropa seca y velarse la foto que está copiando para el ABC, portal plateresco de edificio histórico en vías de derrumbe, ya aparece poco a poco la imagen en el papel, diez segundos más y estará bien definida, tiembla en el líquido el contorno de lo que va a ser portal, cuando llegue el contraste deseado ácido acético y listo, al fijador, pero justo en eso ella enciende la luz, que se cuele hasta la piecita de Manuel y el portal desaparece del papel y él mira la ventana de ella con cortinas que se mecen en líquido revelador, la imagen de ella vacilando detrás de los tules, sus contornos no se definen, el cabello largo flotando en drogas químicas, pero esa es su cintura esos sus pechos y el resto se adivina, no es muy clara la imagen alejándose ahora de la ventana, foto sobreexpuesta o mal enfocada, movida por el tulo de la cortina, pero qué hembra mi Dios.

Fascinación erótica, Manuel. Qué manera de dar vueltas en la cama fría fría, en la cama solo solb. Y qué helada está cayendo afuera, casi en abril aguas mil, o sea que mañana los cristales no tendrán transparencia, la escarcha, a rasquetear entonces, después un chorro de agua tibia y transparencia donde aparezca ella diciendo buenos días, una ^{erhira} colita de humo saliendo de su boca, cuerpo calentito contra la escarcha, sin cortinas ni veladuras Manuel verá la catedral entera, toda para él solo, tiritando de frío en puntos de textura tibia, zonas altas y bajas, especialmente zonas limítrofes, videncia plena, acercándose peligrosamente sobre un tablón cortazariano, adónde vas con un tablón tan largo en plena helada, no se puede andar con un tablón tan largo en

pleno sueño. Entonces cuando ella, yo así; y entonces ella se, y yo la; y ella me, por la cuerda de la ropa van los pensamientos de Manuel de gota en gota, saltan sobre las bragas escarchadas, llegan a la ventana en forma de gatos sigilosos, pelitos suaves contra piel escarchada, entonces ella me y yo también la, y más allá del cuerpo de ella está por llover, Manuel alcanza a divisar a los indios del altiplano saltando como sapos para provocar la lluvia, y él mismo salta como sapo, oye que llueve y croa ~~agrade-~~
 cidb. *En suano*

Manuel aguanta el frío mañanero con su ventana abierta y ve que en la de enfrente hay una modificación: las cortinas han sido abiertas en su parte inferior y ahora son casi una ojiva en los cristales lavados por la escarcha. Blanca, entera, limpia, ella aparece bajo la ojiva, abre su ventana y tira de la cuerda, pero los restos de la escarcha atascan la roldana. Ella hace un gesto que enseguida es un principio de risa cuando Manuel rompe la escarcha y ayuda a tirar de la cuerda que ya corre, el ^{monocordi} ~~slip~~ abandona con temblores el centro de la cuerda, a los dos tercios de la distancia hay un acorde perfecto de ella y de Manuel, el ~~slip~~ va rompiendo gotas hacia la otra ventana. Los brazos de Manuel enteramente afuera aferrados a la cuerda tiran en un sentido; los brazos de la hembra caída del cielo tiran en el sentido opuesto con dignidad virginal; equívocos y risas mientras caen gotas de hielo, la prenda viaja tensa por la escarcha, después se pliega ^{en dos} y se mueve como alas en el aire frío, una mariposa en vuelo piensa el deseo de Manuel; y cuando está al alcance de ella: Manuel da un golpe en falso, la mariposa desanda su camino, vuelve hacia la ventana de Manuel cuando él dice que todo eso es por causa de la helada y ella responde algo en una lengua extranjera que Manuel no comprende, ahora sí, croa Manuel dando otro golpe a la roldana,

y ella recoge la mariposa tratando de explicar algo o dar las gracias, y lo que dice suena a distancias que Manuel no alcanza a percibir, ella cierra su ventana y el corazón de Manuel hace glo glo como los sapos cuando llueve.

Difícil leer esa noche al lado de la ventana teniendo tan cerca la ventana de la inglesita. ¿Inglesita? Poco probable.

-¿Love love? -dice Manuel.

-No, no -dice, moviéndose, el cabello lacio y largo de la inglesita.

-¿Amore amore? ¿Lieben lieben? ¿Amour?

-Nada nada -se agitaba el cuerpo de la inglesita sacudiendo un mantel.

esta noche
 Difícil leer, sabiendo que ella estaba ahí, ese espantoso capítulo donde el novelista enumeraba los antepasados del héroe, capítulo del Génesis donde alguien engendra a otro y éste al de más aquí y así páginas y páginas. Difícil leer cuando ahí pasa la sombra como una alta arquitectura, la cuerda unitiva apenas se ve en la oscuridad, ventana iluminada y adentro la sombra bamboleante, se cierran los visillos adiós ojiva y adiós ella, hasta mañana inglesita y ella no entiende nada, apoyada en los cristales le responde con las manos, lieben lieben y la cabeza de ella ya borrosa dice nada, que duermas bien y las manos de ella nada nada, después no hay más palabras ni manos ni cabeza en movimiento, ella está quieta contra el vidrio, imagen perfectamente fijada por el ácido acético, quieta como una fotografía.

¿A qué pasillo dará su bohardilla? Hay diez puertas en cada pasillo, y además distintas escaleras. ¿Escalera tres pasillo dos puerta nueve? Y ella nada nada, no sabe decir una sola palabra en castellano la inglesita que cayó del cielo, apenas un gracias traído quien sabe de dónde cuando le ayuda a recoger la ropa. Muy fácil para un pájaro, un par de golpes de ala y estaría junto

a ella, son apenas dos metros (y cuatro pisos abajo), ni siquiera volar, saltar apenas y ya está, como los sapos bajo la lluvia,

Una noche
 Entonces Manuel inventó convertirse en luciérnaga. Apagó la luz y esperó a ver si ella se asomaba, y ella nada nada. La encendió otra vez con ritmo de luciérnaga, a ver si ella entendía las llamadas de la luz en la sombra. Un trozo de vuelo y luego una chispa para llamar a la pareja, así hacen las luciérnagas. Otro poco de vuelo, otra chispita, y ella nada nada. Después la inglesita apagó la luz, y el corazón de Manuel pom pom, puede que ahora la encienda y sea otra luciérnaga, trozo de vuelo y chispa ella también, ella que apaga y yo que prendo, ahora yo apago para que ella prenda, pom pom. Pero ella no encendió su luz y Manuel dejó de ser luciérnaga, se convirtió en indio en trance de sapo, sapo en trance de lluvia, tomó la quena y se puso a tocar para que lloviera, tocaba en la oscuridad con un poco de miedo a la oscuridad y al silencio, con un poco de Pavese ~~senza donna~~, verrà la morte e avrà i tuoi occhi, porque si no había amor podía venir lo otro, la señora muy blanca, muy más que la nieve fría, y cuando se está ^{solo} ~~enclo~~ en Madrid o en Paris todo puede suceder; esa señora, y entonces *adieu* ~~chau~~.

Sopló y *emitió* un sonido largo del Altiplano que retumbó de cumbre en cumbre en su memoria y aquí de ventana en ventana, el sonido del ay de los collas, un larguísimo mi que era como una pregunta, un ¿y? que vuela sin necesidad de ser luciérnaga, un ¿y? con chispas de sonido que podía salir de la garganta de cualquier animal cuando pregunta, y en el silencio que siguió al sonido podrían haberse oído los pasos de la muerte me anda buscando junto a ti vida sería, pero en eso desde la ventana de la ~~inglesita~~ vino en timbre de flauta dulce el sonido concomitante, la chispa de la otra luciérnaga, y ahora sí el corazón pom pom, que se convirtió

en un solo de percusión cuando cesó el sonido de la flauta de la inglesita, un sol con gorgoritos ^{de} ~~te echaré cordón de seda~~, y la quena do y enseguida la flauta dulce mi, primera inversión de acorde perfecto equiparable a amor mío, para que subas arriba, la dama fría muy más que la muerte se va, y si el hilo no alcanzare mis trenzas añadiría, ni muerte ni aguacero en Madrid, verrà l'amore e avrà i tuoi occhi, Pavese, ella había encendido la luz para tocar y estaba apoyada contra la ventana abierta.

La inglesita tiene una mirada que ni una risa ni una mueca pueden modificar; mirada solamente, ojos de animal concentrado en Manuel. Ella alza la flauta, alta ~~la flauta~~ en el aire para que Manuel la mire, él alza su quena y la detiene ^{allá} arriba para que ella la mire. No son instrumentos lo que ^{observan} miran, están mirando sus cuerpos, ~~se miran~~ hasta hacerse temblar. Cuando el silencio llega a una tensión intolerable ella sopla su flauta, echa a rodar un re alto y blanco como ella, y en ese silencio un re es algo muy importante para los cuerpos, que fueron pensados para la música. Ella vacía su cuerpo de sonidos y lo echa hacia atrás para recibir el sonido de Manuel, y cuando la consonancia llega la ^{mujer} inglesita se estremece, apaga la luz y se pierde entre muebles pulidos por el tiempo, y Manuel pom pom hacia su cama, apaga su luz de luciérnaga para pensar en el encuentro, que ya existe en alguna parte, en todas ~~las~~ partes ya existe ese encuentro que Manuel ya espera dormido como un niño bueno.

Manuel salta de la cama cuando oye el ruido de la ^{del temblor} roldana. La ^{extranjera} inglesita cuelga ropa recién lavada, un mantel blanco y corre la cuerda, el mantel va hacia Manuel y él mira el sol y pestañea, hermoso día dice a la inglesita que responde algo en otra lengua. Muy buena tu flauta dice Manuel y ella cuelga una servilleta en la cuerda. Me gustó mucho, ¿sabés? y ella sonríe arrugando la na-

riz, mucho dice Manuel y ella cuelga ^{su monocordio mariposa-} una mariposa rosada, cric cric la roldana con ^{el navoco del} slip avanzando hacia Manuel que dice ahora tenemos un lenguaje, lo dice estúpidamente con palabras, ahora podemos entendernos, ¿ves? y ella cuelga blusa verde que dice nada nada, después sábana ^{pequeña} ~~luz~~ con mucho cric de la roldana, ella dice algo en su lengua y Manuel contesta glo glo y ella se ríe y cuelga medias blancas, la cuerda que se corre y el mantel y la mariposa casi contra la ventana de Manuel, y él que estira las manos para tocar la ^{patiana} ~~mariposa~~ y ella que se ríe y desaparece y enseguida aparece flauta en mano, qué te parece si charlamos un poco parece que le dice, y él que toma la quena y espera mirando a la inglesita y pensando un nombre exótico para ella, inútil darle vueltas a la cosa en la cabeza, no tiene ningún nombre el sudamericano para la inglesita que está cayendo del cielo.

Ella toca mirando a Manuel con astucia animal, toca y se menea como queriendo que su cuerpo también sea sonido, el viento mueve la ropa y ella le dice a Manuel de dónde es, le cuenta cosas de su país remoto, pero Manuel con su despiste geográfico no puede comprender, advierte que hay mucha nieve en ese país pero nada más, un aire de ~~de~~ marcha que ella ensaya viendo que él no ha comprendido tampoco le dice ^{muchos} nada, ella deja de tocar y viendo que él no comprende nada hace un gesto como diciendo mira qué tonto eres y lo invita a hablar. Entonces Manuel toca la única música que sabe, del Altiplano, para que vea claramente que él es de la Cordillera, y ella entiende, se pone un sombrero y baila como las cholas, sí, de por ahí cerca dice él. Ella vuelve a tocar aires de su tierra, Manuel se despista entre algo nórdico y algo eslavo pero le da lo mismo, total ^{no es} ~~es una hembra~~ del cielo. Con la quena señala hacia abajo y en dirección a la calle, nos vemos en el portal quire decir. La flauta de ella señala también hacia abajo pero en otra

dirección, allá te esperb, Ella deja la flauta y se peina ante él como si fuese su espejo, Manuel deja la quena y termina de vestirse con cuidado de primera cita, Ella ha salido ya y él baja la escalera de madera como cayendo por una cascada; realmente está bajando por los cabellos recién peinados de la ~~inglesita~~, por lo menos por ahí van sus pensamientos.

En el portal ella se desdobra para ser más cuando llegue el sudamericano. El deseo de la inglesita apoyada en el portal mira hacia adentro una de las escaleras posibles, mientras la inglesita mira otra procurando oír los pasos de Manuel que no llegan todavía. El deseo de la inglesita, viendo que Manuel no aparece por ninguna de las escaleras, sale a la calle junto al viento y mira hacia una cordillera ultramarina; mientras la inglesita es una estatua contra el marco del portal esperando la caída de la fruta, el deseo está oyendo quenás en la Cordillera pero ahí tampoco está el sudamericano. Ella trata de oír los pasos de Manuel por la escalera pero no hay pasos ni Manuel, mientras Manuel entra y sale del portal buscando a la inglesita por dentro y fuera, pero no hay nada de la inglesita, solamente portal vacío y calle casi vacía con más frío que personas y un olor a castañas asadas que viene de por ahí, mientras el deseo de la inglesita tiembla en la cordillera cerca de la nieve que le recuerda su país, ni quena ni Manuel, mientras Manuel ve pasar a Pavese frente al portal, Pavese va camino de la muerte que tendrá sus ojos, Pavese yendo para la calle en donde su amor vivía, la niña que no puede abrirle la puerta y lo dejará morir, la señora muy blanca pasa cerca de Manuel y le produce aguaceros artificiales, aunque no llueva en Madrid esa señora hace llover junto a Manuel, mientras la ^{niña}inglesita no puede explicarse por qué el sudamericano no ha llegado todavía, los minutos se acumulan hasta cambiar de nombre y toda-

vía nada, nada nada dice la escalera silenciosa, ya no vendrá, se trata de un error, no fue una cita, el lenguaje musical suele ser limitado en estos casos piensa la inglesita, pero entonces por qué dice Manuel en el portal, si estaba claro que nos encontraríamos aquí abajo, mientras la inglesita mira su reloj, casi media hora y el sudamericano nada. Entonces llama otra vez a su deseo; el deseo baja del Altiplano y se junta otra vez con el cuerpo de la inglesita, los dos suben despacio la escalera crujiente, qué desencanto, fue un error de tonos, mientras Manuel ve en su reloj que la hora ya es cumplida, no sé por qué esperé hasta ahora, dice justo cuando ve que la señora muy blanca cruza la calle hacia su portal precedida de una lluvia que sólo pertenece a ella, la señora muy más que la nieve fría alza una mano como para detener a Manuel, que alcanza a cerrar el portal cuando ella ya lo está salpicando con su lluvia. La señora sigue de largo como si no pasara nada, la cara empolvada, un caminar felino, Manuel llega a su cuarto sintiendo que nadie está entrando ahí, él ya no existe, la muerte me anda buscando, la ventana de la inglesita lejana y la cuerda de la ropa vacía, demasiada hembra para mí Pavese senza donna, yo en tu cuerpo inglesita, pero nada, ya se sabe que ^{portarece al} ~~cayó~~ del cielo.

Manuel apunta con la quena a la ventana cerrada y suelta un mi esperando un sol para el acorde, un mi que se humilla para reconciliarse y perdonar. El sonido sale de la quena, recorre como un equilibrista la cuerda de la ropa, atraviesa limpiamente los cristales de la ventana y se detiene un momento para mirar a la inglesita en un sillón, el cabello que le cuelga hasta la cintura tristemente. El sonido tiembla de deseo y se acerca a la inmensa arquitectura, no sabe por dónde entrar en ella, tiene miedo de caerse el sonido, de cesar antes de entrar en ella, pero por suerte allá lejos Manuel sigue soplando para alimentarlo, ya con la úl-

tima porción de aire en los pulmones, y el sonido trepa y penetra en la inglesita por las hebras de sus cabellos, el mi se multiplica, se reparte, un trozo de sonido para cada hebra, y de ahí bajan por el cuerpo como por una cuerda de violoncello, no hay un solo trozo de ella que no tenga su correspondiente trozo de sonido. Mientras la nota recorre su cuerpo, ella tiembla en un vaivén de cuerda al aire, ~~tiembla~~ sintiendo que poco a poco los trozos de sonido se juntan nuevamente en la punta de los pies, vuelven a ser un mi entero, allí muere el sonido y el cuerpo de ella vuelve al silencio y al reposo de la cuerda. El deseo de ella toma la flauta para responder con el sonido que formará el acorde perfecto, pero la inglesita se la quita y emite otro sonido, un fa que va a unirse al mi que vuelve a sonar allá en la quena, un acorde áspero que significa no a todo y nada nada para Manuel, que comprende la agresión y enfunda su quena resignado.

La guarda justo en el momento en que advierte que entre las paredes del edificio a que pertenece la bohardilla de él y las que rodean la ventana de la inglesita hay una diferencia de texturas muy notoria a pesar de la intemperie de dos siglos. Pero entonces, dice Manuel, su bohardilla es de otro edificio, casas pegadas con un patio común, cómo no me di cuenta antes, entonces quiere decir que su portal no es el mío, que está en alguna de las calles de la manzana. Campoamor, Santa Teresa, Fernando VI y Hortaleza, los nombres de las calles de la manzana zumban alrededor de Manuel mientras él baja la escalera en busca de portales, son muchos pero por alguno aparecerá algún día la inglesita entera.

Ultramarinos, nada que ver. Librería. Academia. Pescados. Una inmundia carbonería y enseguida un portal propicio. Aquella puerta es igualmente sospechosa. Por esta calle, casi nada. Ese otro portal tenerlo en cuenta, y ojo con la verdulería, en una de éstas es un

portal disimulado y en cualquier momento aparece la inglesita. Aquí nada, edificio moderno. Anotar el número de ese portal, parece el más congruente. Otra librería, nada que ver. Y otra vez la calle Hortaleza, y mi portal, primer reconocimiento concluido. Hay un par de portales que me interesan. Y vigilar la cervecería, piensa Manuel ante su primer chato de la tarde en El figón de Juanita.

La inglesita ha comprado un canario enjaulado, que cuelga al lado de su ventana. Un canario que deja de cantar cuando Manuel toca la quena (y ella sigue sin responder, su flauta calla). Parece que el canario no puede ver a Manuel asomado a la ventana con la quena, ^{el hombre} para él Manuel siempre está a contraluz, por eso cuando calla para oír la quena mueve la cabeza procurando ubicarla en la posición más propicia para oír. Parece que el canario no conoce el timbre del instrumento andino y cree que se trata de otro pájaro, muy extraño y nunca oído, pájaro extranjero de no se sabe dónde. Manuel toca para la inglesita sin darse cuenta de que una parte de su música es para el canario, toca para que ella salga y ella nada, toca pensando que el sonido va más allá de la inglesita, después de llenar su buhardilla baja por la escalera, al trote va la nota en su melancolía indígena. Entre la pieza de la inglesita y la calle donde vive (que de ningún modo es Hortaleza) hay un gran hueco de escalera, un tubo acústico a recorrer que termina en el portal desconocido, sabe Dios en qué calle.

Manuel llama al pintor chileno que vive en la calle de Lequerica y le pide que dé una vuelta a la manzana tratando de oír el ~~sonido~~ ^{chato} de una quena que salga de un portal. Tú estás loco o eres un huevo dice el chileno y luego recorre la manzana de Manuel, una quena en Madrid qué disparate piensa el chileno tendiendo el oído hacia

los portales, todo lo que alcanza a oír es un disco de ~~buen~~ rock y se lo dice, una lástima dice Manuel mientras ve que ella se asoma a su ventana y guarda su canario, mira a Manuel pero no sonríe como otras veces, enseguida apaga la luz y se acabó.

Sombras chinescas en la pared cuando ella por la noche se asoma para guardar la jaula del canario, ridículo Manuel proyectando sombras con las manos, un ciervo un perro un conejito una golondrina que vuela y ella nada: cierra su ventana. El juego de hoy es llenar los vidrios con postales antiguas y ella nada; con láminas japonesas y ella nada; y claveles colgados en la cuerda, que se marchitan junto a la ventana de la inglesita. El canario mira todo sin comprender, a veces se acuerda del pájaro extranjero que hace mucho que no canta. Ya está, dice Manuel: copiar los negativos que traje de su tierra. Enormes bandejas nuevas para revelar las grandes copias, colgarlas en la cuerda, y allá van bamboleantes, prendidos de los broches, los ríos desmesurados que bajan de la Cordillera, las selvas escandalosas que nunca imaginó la inglesita, vicuñas y guanacos ondulando por la cuerda y ella nada.

Manuel compra un montón de sombreros en el Rastro, los más modernos son de la época de Galdós. Cada vez que ella guarda o saca su canario, Manuel aparece con un sombrero distinto, complementado con bigotes y pelucas que no siempre corresponden; hay sombreros verdes y amarillos, altos y con plumas, capotas y chambergos, chichoneras y capirotes, gorros catalanes y un sombrero de tres picos, mientras los primeros soles claros dan a la inglesita el aspecto de una uva que madura. Hasta que un sombrero de su invención muy disparatado, con plumas de aveztruz y mariposas de papel colgantes, deshiela la cara de la inglesita, que sonríe como si lo hiciera por primera vez y dice algo en su idioma mostrando su lengua de

pececito de oro de Lugones, se esconde la inglesita y enseguida el canario y Manuel la ven aparecer con un sombrero del Tirol o de por ahí y la flauta en la mano.

~~Hasta encontrar el dudoso portal, no hay otra posibilidad que la música, Manuel. Adelante entonces, que el verdadero instrumento musical es ella. Está muy bien afinada, recién sacada del estuche.~~

Para producir un sonido es necesario que el cuerpo elástico entre en vibración, que se le rompa el equilibrio molecular, y para eso están los variados golpes de arco, las fricciones debidamente dosificadas en su justo ritmo. Cuando las moléculas perturbadas tratan de volver al reposo que tenían, los sabios movimientos del arco se lo impedirán y entonces la cuerda vibrará libremente. Pero para que el sonido se produzca hace falta un canal, algo por donde pueda caminar, puede ser sólido o gaseoso o líquido, y además está la cuerda de la ropa, velocidad del sonido 341 metros por segundo a 15 grados centígrados dicen los tratados, qué bien vibra la inglesita a esa temperatura, ella es de tierras frías.

Unidos por la cuerda del tendedero, con la prenda rosada a medio escarchar en el centro, la ^{música nórdica} ~~inglesita~~ y Manuel son el instrumento y el ejecutante, consiguen el sonido aunque no la música todavía, para eso hacen falta las escalas, ya se sabe que un sonido solo no dice nada a nadie. Tenemos que organizar nuestras vibraciones, ^{nórdica} inglesita. Con mi quena te hago vibrar toda en libertad, a través de la cuerda; tu mariposa íntima en el medio divide la cuerda en dos segmentos exactamente iguales, el monocordio de los griegos, y el sonido que produce la mariposa es la octava de tu sonido, y así el número de vibraciones de cada trozo es el doble que el tuyo. Y si corro la mariposa hacia los dos tercios de la cuerda y hacia tu ventana tengo un intervalo de quinta, y corriéndolas todavía un poquito tengo el de cuarta, y esas son con-

sonancias perfectas, gracias Pitágoras, estoy casi en ^{los} ~~los~~ brazos, de ~~la inglesa~~.

Cuando el curioso concierto acaba, Manuel y la ^{nórdica} ~~inglesita~~ estiran los brazos para acortar distancias, los dedos en la punta del aire, de la cuerda, dedos que no llegan a la nota justa, es terrible para un músico no llegar a un sonido. El deseo de la ~~inglesita~~ se apoya en una quena próxima ~~pero~~ ausente y Manuel siente que la quena duele, junto a ti vida sería. Hay palabras que ninguno de los dos comprende, gritos de la selva entrevista en la fotografía, ferocidad de tigre y dulzura de arrullo de paloma. ¿Portal, cita? Nada nada, dice Manuel, nada nada, dice la ~~inglesita~~. No vaya a ser que aparezca la señora de blanco muy más que la nieve andina. Si estás cerca de la ~~inglesita~~ y llega esa señora, la ~~inglesita~~ podrá agregar sus trenzas a la cuerda para que subas arriba, y entonces la señora blanca nada, y la ~~inglesita~~ toda. ¿Y si le damos un nombre para que deje de una vez de ser esa hembra cayendo del cielo? Un nombre de carne y hueso para poderla tener, el primero que venga a la cabeza, un nombre cualquiera claro y cotidiano, ella es mucho más que cualquier nombre. ¿María? ¿Te gusta?

María, dice Manuel, y ella suelta su pelo en la otra ventana. Alguien llama a la puerta de Manuel: la señora muy blanca. María abre los brazos y le dice ven en su lengua, y la señora que anda con Pavese sigue llamando, golpea la puerta bajo el agua, ha inventado una lluvia para llevarse a Manuel, sólo llueve junto a la puerta de la bohardilla y Madrid es Paris con aguacero golpeando la puerta de Manuel, déjame vivir un día dice el sudamericano y la señora nada nada. No es la lluvia convocada por los sapos de su aldea, es la misma lluvia que se llevó a Vallejo y ahora quiere llevarse a Manuel porque está solo, y ahora Manuel comprende

muchas cosas, sabe quién ha confundido los portales, esta señora tiene predilección por los sudamericanos.

¿Viste anoche en la tele la peregrinación de las anguilas para copular? Tremendo, ¿no? Hasta el mar de los Sargazos. Bueno, ahí está la cuerda de la ropa. Las anguilas son equilibristas, los ríos del norte donde peregrinan para ^{hacer el amor} copular están llenos de peligros, algunas anguilas mueren en el intento por supuesto. Sí, descalzo es mejor, hay que aligerar el peso, nunca se sabe hasta dónde puede aguantar la cuerda.

La quena horizontalmente sostenida no es una ofrenda, es la vara del equilibrista para no caer. Cuatro pisos abajo hay cáscaras de naranjas y zapatos rotos que Manuel no mira, tiene los ojos clavados en el aire que termina en María la ^{extra dulce} ~~inglesita~~ ^{no dice}, la mira con ojos de guanaco asustado arrastrando los pies sobre la cuerda, dos tercios ^S con perfecta, mientras ella apoya sus manos en la cuerda y siente latir el peso de Manuel y allá la señora blanca resuelve romper la cerradura. La inglesita oye el aguacero en la bohardilla de Manuel y no respira, ve la mariposa que obstaculiza el paso y no respira, imposible que Manuel pueda levantar un pie para esquivarla, eso significaría cáscaras de naranja y sangre en los zapatos allá abajo. Manuel ve el ^{el} slip y no respira, los pies se detienen ahí mismo y Manuel oye el aguacero de la señora aquella. La inglesita tira de la cuerda para traer a ^{el hombre casi} Manuel con el obstáculo, pero no puede, no tiene fuerzas la inglesita, y todo está muy quieto mientras llueve adentro. La mariposa, ^{no moviendo} viendo que la inglesita no tiene fuerza, empieza a mover sus alas. Manuel levanta los ojos para ver el vuelo, allá va la mariposa rosada volando sobre tejas de dos siglos. El canario puede ver ahora por primera vez a Manuel, a esa distancia ya no hay contraluz. Los ojos de la inglesita no

pueden ver el vuelo de su ^{prando}slip, están fijos en los ojos del guanaco que llega con su quena, toda ella quiere ser guanaco y suelta la cuerda y toca los dedos de Manuel, Manuel fruta cayendo dentro del cuarto de la inglesita, la lluvia de la señora blanca cesa y en su lejana tumba monocordio Pitágoras sonríe.

~~El guanaco y la guanaca~~ tienen una comunicación perfecta con monosílabos dichos al azar. Ip, ip, dice el guanaco, rup rup, ríe la guanaca, y se miran hasta adentro, donde hay ríos que remontan las anguilas. Los postigos de la ventana han sido cuidadosamente cerrados, aislando al canario. Solamente los está mirando el fuego desde la chimenea. Como no puede haber palabras hay sonidos. Inglesita cuerda, sudamericano arco. María Violín y Manuel Arco junto al fuego rompiendo el equilibrio molecular, para eso están los impulsos, las fricciones con un ritmo justo. Manuel Quena perturba el reposo de María Violín con ritmos limpios, y cuando las moléculas, por aquello de la inercia, quieren volver al reposo, se lo impide la vibración libre de la cuerda buscando otro reposo, ~~el de los cuerpos~~, el silencio de los cuerpos para que de él brote la música. Justo cuando la mariposa de tela con puntillas reaparece. Sólo el canario la ve volver, el ^{pájaro}canario está viendo que la mariposa aparece volando sobre el tejado y luego, cuidadosa de su estructura, se posa otra vez en medio de la cuerda pitagórica, apenas escarchada.

DESDE LOS PARQUES

Una vez pasalo todo
servir otra vez a Comandante
y a México, anulando las
otras versiones.

Usted abría el orificio cuadrado que había en la puerta de la celda a la altura de mi cabeza y por allí me pasaba el plato de comida, un poco inclinado para que pudiera entrar, a veces volcando la sopa. Entrar en la celda y dejar ^{la comida} el plato sobre la tabla que servía de mesa hubiese sido lo natural. O ^{en cualquier} ~~dejaría por ahí~~, como al descuido, para que yo la tomase solitariamente. Porque lo que no podía tolerar era recibirla de sus manos. Entonces ^{yo} no podía explicarme por qué lloraba yo cada vez que usted me daba de comer. Y todavía no lo sé. ^{y sin humillaciones}

Quizás porque en ese momento yo tenía que aceptar mi prisión, sentir que me abandonaban las invenciones internas que oponía al calabozo. Tenía que dejar mi infancia, siempre intacta conmigo dentro de la celda, y exponerme a que usted advirtiera ese refugio secreto y me lo destruyera de algún modo impensable para mí, dejar por un momento la esperanza, mis pantalones cortos, para ver

otra vez el misterio que hay siempre en un arma, en sus armas, y comer para poder seguir estando preso y seguir viviendo un poco más hasta que sus armas decidieran otra cosa. Quizás. Pero no es seguro.

Acaso llorara por otra razón. Cuando usted abría ese orificio para pasarme el plato, por allí entraba también un poco de la luz del día, o de las lámparas, no lo sé, pero luz al fin, algo distinto de la celda, algo que participaba de la naturaleza de la libertad. Y en vez de alegrarme por ese atisbo de luz, lloraba. O se me hacía un nudo muy duro en la garganta y no tenía ganas de comer ni de seguir viviendo. Porque la luz, en vez de traerme partes de la libertad, me obligaba a percibir las armas que colgaban de su cuerpo y a abandonar mis refugios infantiles. Acaso era esto lo que me producía esa tristeza. Pero no estoy seguro. Tampoco es esto. Quizás algo parecido.

Es que yo, con la niñez que recuperaba dentro de la celda para poder estar afuera, encontraba también a mi padre. Mi padre se había perdido en el tiempo mucho antes de la celda y del castigo, pero yo lo andaba buscando ahora, podía verlo claramente algunas veces y rescatar partes suyas, una palabra, un gesto, el humo de su pipa, lo tosco de sus manos, que nunca me tocaron. Y usted, dándome ese plato de comida, actuaba como si fuese mi padre, usurpaba su lugar protegiendo mi permanencia en este mundo cruel y difícil para los más débiles. Y me parece que lloraba porque el padre que se fue antes de que acabara mi infancia, y nunca pude encontrar, se me aparecía ahora vestido de carcelero y, como el padre de mis recuerdos, tampoco hablaba conmigo ni respondía a mis preguntas, acaso por considerarlas, mi padre de entonces, preguntas de un niño tonto, o por considerarlas, mi padre de ahora, indagaciones inúti-

les de un hombre débil. Tengo muy presentes las preguntas tontas que hacía a mi padre. Son como grandes remordimientos. El las alejaba con un gesto de fastidio, el mismo gesto de usted cuando presentía que quería preguntarle algo sobre mi libertad. La libertad, como la inocencia, o no existe o es demasiado pueril para un carcelero. "Si fueras inocente no estarías aquí", decían siempre los pliegues de su uniforme de padre súbito y violento.

Y si usted, entonces, era mi padre, qué terrible su aparición, qué negación (¿o revelación?) de lo paterno su presencia. No sé si fue usted lo primero que vi al llegar a ese lugar, pero por lo menos apareció enseguida ordenándome quitarme el cinturón y los cordones de los zapatos. Lo más nítido de ese recuerdo es el trayecto entre el patio y la celda subiendo aquella escalera; usted me apuntaba con su arma por la espalda y yo trataba de sostenerme los pantalones con las manos que debía llevar en alto; y mientras todo se me caía usted me empujaba con sus hierros ahuecados, mi padre me llevaba por la escalera hacia el calabozo oscuro. ¿Para eso lo había esperado durante tantos años? Abrió la puerta del calabozo y aunque yo iba a entrar voluntariamente me golpeó con la culata del arma, para no tocarme, me hizo caer contra la tarima que sería mi cama en adelante.

Así me engendraba, así me echaba al mundo. Porque de eso se trataba, al menos en un área de mí que todavía me pertenecía: hacerme nacer al mundo de lo oscuro, que era una negación de la vida. Todo nacimiento es violento, ya lo sé. He visto parir a las vacas, he visto la cara espantada de los recién nacidos. Pero yo no había pedido ese nacimiento. Era libre. Los que nacen están adormecidos, piadosamente inconcientes. Quizás el culatazo fue un acto de piedad, un prepararme en la inconciencia fetal para que aceptase algo tan

duro como ese nacimiento. Y los niños (o los inocentes) deben aceptar de antemano que la razón está del lado de los padres, deben aprender que la crueldad que utilizan es una forma de protección o de hacerles comprender lo que debe entenderse por padre verdaderamente. Al final ser padre quizás no sea todo lo bueno que uno pensó. A lo mejor ser padre es la crueldad misma, dar o imponer algo no deseado por pura incapacidad. Eso no lo sé todavía y probablemente no lo sepa nunca, es tan difícil, mi padre de algún modo siempre anduvo o estuvo perdido, y esta forma bajo la que ahora se me aparecía podía ser la verdadera.

O acaso llorara porque mi padre era alguien a quien no podía pedirle nada. Al meterme en la celda de un culatazo se apropió ~~se-~~
~~bre todo~~ de la paternidad, y a partir de ese momento yo se lo debía todo, incluida la existencia misma. ¿Cómo pedirle algo entonces, y mucho menos la libertad, la vida? No había nada que pedir. Todo le pertenecía, él era el dueño de mis deseos y en consecuencia hasta podía modificarlos. Si me había dado la vida, también podía quitármela. Yo era débil y él tenía hierros por todos sus costados, ruidos y fuegos que engendraban y mataban, todo al mismo tiempo.

Tampoco podía rechazarlo u olvidarlo: así negaba mi origen. Por eso mis actitudes de diálogo, de un intento de comprensión. Yo aceptaba su función no solamente por miedo: era la única realidad posible. Para usted hubiera sido más natural mi odio o mi desprecio, pero yo no podía odiarlo, era lo único que tenía. Y por eso usted me despreciaba, me consideraba un idiota, una poca cosa, un ruido molesto.

En la última navidad, que como siempre me recordó las muchas que pasamos juntos, hice una lista de las personas a quienes necesitaba mandar una postal desde el exilio. A medida que llegaban a la

memoria, usted, desde lugares persistentes, empujaba, quería entrar. Yo me oponía, me parecía absurdo que formara parte de mis intimidades. Pero tuve que ceder. Quise anotar su nombre pero no lo sabía, algo tan importante en mi vida no tenía nombre. Puse carcelero, aunque al mismo tiempo estuve pensando: padre. Elegí para usted una postal con paisaje nevado, un poco por mostrarle algo de mi exilio y otro poco porque la nieve es algo ajeno a usted, de tierras cálidas, es decir, un fenómeno absolutamente ausente en su existencia. No sabía cómo encabezarla. ¿Amigo, lejano amigo? Nada de eso. Carcelero, nunca; dicho por mí significaba ofensa. Guardián, celador, custodio, todo era falso, nada coincidía con usted, ~~con~~ su verdad. Se trataba nada menos que de nombrarlo, nombrar para saber, y era el momento en que las palabras desaparecían, se abstentaban, eso nunca, de ninguna manera, decían las palabras alejándose, desapareciendo. El no poder nombrarlo me hizo mucho daño, el mismo ~~efecto~~ que me producía el recibir la comida de sus manos. Por fin encontré una palabra ambigua pero salvadora: señor. En la postal puse señor a secas y no sé qué cosas más de circunstancia. Después vino el problema del sobre. No sabía ni su nombre ni su dirección, mi padre volvía a estar lejos de mí. Puse: "al guardián moreno (y al mismo tiempo que ponía eso me daba cuenta de que todos los carceleros eran morenos) de la cárcel de (había varias cárceles en la ciudad)"... Nada. El sobre y la postal andan por ahí, rodando por diferentes lugares de la casa, como rodará mañana mismo esta carta que vengo escribiendo y perdiendo desde hace no sé cuánto tiempo.

En una de esas cartas destruidas o perdidas intentaba contarle que la primera navidad que pasamos juntos estuve preocupado por usted. En navidad festejamos el nacimiento de la idea de un dios, y yo, como preso, sin dios y sin nada, era natural que aquella no-

che no tuviese derecho a esa ilusión. Pero usted, además de no ser preso, era un elegido, un privilegiado, y en el fondo era una alegría para mí saber que ese privilegio o posibilidad existía. Lo imaginaba creyente (el poder siempre lo es) y me hacía sufrir el pensar que usted esa noche se quedara sin dios, justamente cuando dios nacía. A medianoche, cuando empezó el crepitar de los cohetes, tan distantes, fingí un ataque de estómago para que me abriera la puerta y me permitiera ir al baño. Pero lo que yo quería era hablar con usted, ayudarle a encontrar a su dios. Cuando me abrió la puerta le dije claramente "feliz navidad, amigo", yo estaba enfervorizado o idiotizado. Usted no respondió. En el baño, me quedé parado bajo una luz débil, mirando las baldosas, mientras usted me esperaba afuera, al lado de la puerta. Cuando salí le dije algo más, relacionado con la navidad y la alegría, alguna estupidez sin duda, como las que le decía a mi padre. Y usted siguió callado, como tratando de pasar por alto mi locura de ese momento, parado en el centro de la verdad, no alcanzado ni vulnerado por ilusiones estériles, envuelto en el ángulo ostentoso de su cara hierática, el mismo que tengo presente en este momento: una mezcla de crueldad y desvalimiento, una mueca universal y dolorosa. Acaso no me respondía porque estaba más solo que yo, aislado en su crueldad inútil.

Los cohetes lejanos eran solamente ruido, no se podía ni siquiera atisbar su luz, el chisporroteo, eso que para mí en esos momentos era el centro mismo de la navidad, las doce en punto de la noche, un dios que acaba de nacer en el corazón de los hombres, momento tan esperado durante el año vinculándolo con la clemencia y la libertad, la promesa de un proceso legal, un lejano juez misericordioso que dijese bueno, vamos a ver de qué se trata. Pero entre el centro de la navidad y el antes o el después, o sea en la espera,

no había casi nada, ni siquiera tiempo, era un segundo medido por el ruido de un cohete que no veíamos, un tic que golpeaba en el centro, seguido en el acto por un tac que ya estaba al otro lado del tiempo que ni siquiera era espera, era otra vez el ruido de sus pasos y sus llaves moviéndose distraídamente entre los espacios de los años, y era ilusorio esperar la navidad o cualquier otra fecha, ni siquiera fecha, cualquier punto del tiempo era ilusorio. Apoyado contra la pared del baño, en posición de ataque de estómago por si usted aparecía, me concentré esperando o deseando que sucediese algo que posibilitara la navidad, para que hubiese navidad, para que la espera tuviese algún fundamento.

Y como nada sucedía recordé las descripciones que había leído sobre los presos en navidad. No sé si recordaba o inventaba, pero el hecho es que los presos cantaban en sus celdas alumbrados por cabos de velas, y gritaban "feliz navidad" de celda a celda, con voces como humedecidas por el encierro. Los guardianes se paseaban tolerando esas efusiones de un minuto, que duraban lo que el chisporroteo de un cohete, y después ordenaban silencio. Y eso era todo, así terminaba la navidad. Pero por lo menos había pasado algo, palabras y la luz de las velas. Yo fingía mi ataque mirando las baldosas rojas del inmenso baño comunitario, esperando que llegasen esas voces, procurando descubrir el resplandor de las velas, pero todo era oscuro y silencioso, incluso el pasillo por donde usted se paseaba esperándome, apenas alumbrado por un resplandor de origen ignorado. Y eso también era todo, ese pasearse suyo era toda la navidad, así terminaba sin empezar, y los presos callados en sus celdas comenzaban a esperar la navidad siguiente, dentro del tiempo real.

En el ataque fingido yo era un niño débil y enfermo y mi padre había salido a buscar un médico. Estaban las vecinas que venían

a cuidarme, a ponerme trapos con vinagre en la cabeza para que bajase la fiebre, pobre niño él siempre tan enfermo, y esto me permitía demorar el tiempo de la navidad que pasaba sobre las baldosas, que venía desde las celdas silenciosas ~~cada una con un hombre silencioso, incomunicado, venía~~ ^{los hermanos} arrastrándose con la respiración de ellos y recogía la mía, todas juntas en un solo montón de silencio, y se perdían en las demás baldosas, aquellas adonde no llegaba el resplandor que había en el piso del baño donde yo aguardaba su voz diciéndome que debía salir, que el permiso y el ataque habían terminado, que debía volver a mi sitio, al tiempo verdadero. Los cohetes habían cesado hacía una eternidad. Me quedaba la posibilidad de demorar mi regreso hasta obligarlo a usted a ordenarme ^{salir de allí} regresar, y mientras esa orden no llegara yo podría demorar un poco todavía el momento de empezar a esperar la navidad siguiente.

Entonces me acordé del tío Juan cuando mató a nuestra perra, metiéndome otra vez en el tiempo que no es tiempo, que va a serlo de una forma inminente pero que se le demora a uno por dentro. Cuando vio a mi tío con la escopeta en la mano, la perra comprendió que él iba a matarla. Y lo siguió hacia el descampado elegido para el sacrificio, porque había nacido para obedecerle y porque él además tenía una escopeta. La noche anterior el tío Juan había dicho claramente: "mañana voy a matar la perra". Nadie pidió explicaciones. Sabíamos que si hubiese sido perro no le habría matado. Las perras en cambio atraían a todos los perros del pueblo en sus épocas de celo, después nadie quería aceptar los cachorros si eran hembras, y esto molestaba al tío Juan. Además dijo que esa perra no tenía nada particular, nada importante. Yo pensaba que principalmente estaba viva. A pesar de eso, iba a matarla.

Era verano y el mundo estaba hermoso. Ibamos por la orilla del río, y al llegar al extremo del sendero donde terminaban las casas,

mi tío subiría por la colina para matarla en ese descampado que había arriba, para que el olor, cuando la perra se descompusiese, no molestase a los vecinos. La perra, de tanto en tanto, gemía y se adelantaba a mi tío, con el mismo gemido que usaba para su alegría, se echaba al suelo para llamar su atención, para que él se detuviese. Él seguía caminando sin mirarla y entonces ella se levantaba, trotaba un poco detrás de él con la lengua afuera y volvía a adelantarse para echarse a sus pies. Cada vez que se echaba se orinaba, siempre tenía un chorrito de orina para cada miedo. Era su único gesto implorativo. Todo lo demás parecía normal, como si de algún modo aceptase el sacrificio pero no queriendo llegar a su consumación sin haber intentado algo para evitarlo. O por puro instinto, quién lo sabe.

Yo también quería evitarlo. Normalmente mi tío respondía a mis preguntas lo mismo que mi padre, con un silencio o un gesto para que me fuese. La pregunta de ahora tendría que ser fuerte, sabia, una pregunta que lo obligase a responder o a explicar su crueldad, que, yo lo sabía, no tenía fundamento. Y si yo lograba que él advirtiese que su crueldad no tenía ningún sentido, la perra se salvaría.

Tengo que pensar algo importante, me decía, relacionado con algo que impida que lleve a cabo la muerte de la perra, relacionado con el tiempo, o con la oscuridad por ejemplo, decirle que cuando lleguemos arriba ya será de noche y no tendrá buena visión, la perra podría escaparse aprovechando la sombra, puede fallar el tiro, mejor dejarlo para el día siguiente. O que ha llegado alguien muy importante, decisivo para mi tío, y lo espera en la estación, se trata de algo urgentísimo, caso de vida o muerte, pronto por favor, va a tener que dejarla perra para otra oportunidad, una ver-

dadera lástima pero es así. Pero nada, las palabras no me salían y la claridad de la escopeta bajo el sol era más fuerte que mis pensamientos. El cielo era un escándalo de plenitud, los pájaros cantaban, los horneros buscaban barro y paja en la orilla del río para hacer sus nidos, y la estación de trenes por donde pudiera llegar alguien con urgencias que interrumpieran el sacrificio estaba demasiado lejos: en el pasado, en otro pueblo hacía mucho tiempo. Habíamos dejado atrás el río, lo habíamos cruzado sin darnos cuenta, lo supimos por los extremos de los pantalones mojados. La perra también estaba mojada, unas gotitas cristalinas resbalaban por sus mamas hinchadas por la gestación, y ascendía por la colina pedregosa pisando esqueletos de caracoles blancos.

Los últimos vecinos saludaron a mi tío normalmente, como si no fuera a pasar nada. Todos sabían que llevaba a la perra allá arriba para matarla, y lo aceptaban como un hecho normal. Y al saludarlo le decían cosas congruentes, sobre el tiempo y la salud, sobre los turistas que ese año vendrían a las sierras. Nada que tuviese algo que ver con la muerte de la perra. Hablaban de cosas que mi tío podía comprender con claridad, que existían en el mundo de lo real aunque a mí en esas circunstancias me pareciesen absurdas y terribles. Cosas reales, no como las que se me ocurrían a mí, que eran puro sonido sin significado. Yo era la única persona presente con ánimo de intentar que mi tío no consumase su crimen, y no se me ocurría nada, no tenía palabras. Las palabras estaban ahí mismo pero yo no era capaz de convocarlas, entre millones de palabras existía una sola valedera, y estaba mezclada, perdida en el fondo de los sonidos, en otros lugares y otros tiempos.

Mi tío vio una mancha blanca entre la hierba florecida y sin detenerse me dijo que allí había caracoles vivos. Lo dijo casi

con cariño, tan familiarmente, dentro de la dureza que siempre tenían sus palabras, y se agachó rápidamente para recoger algunos. La perra aprovechó esa vacilación o postergación momentánea de la muerte para echarse ante él impidiéndole seguir y yo me hundí en el fondo de mi mente buscando la palabra salvadora. Otro chorro de orina y los ojos casi cerrados, las patas abiertas dejaban ver las mamas hinchadas por una leche que no tendría destinatarios. Me dio tres caracoles que escondieron sus cabezas, y con la punta de la escopeta empujó a la perra para que se levantara. Era como si ya estuviera muerta y él con el caño tratara de darla vuelta a ver si ya había cerrado los ojos o tiritaba todavía. Y entonces las palabras me llegaron a la boca, sentí cómo se articulaban contra mi voluntad más profunda, el motivo de arrepentimiento más horrible y estúpido de mi vida. Dije:

-Las perras, ¿existen realmente?

Al poner en duda su existencia con palabras que brotaban de la realidad pero no del deseo, estaba, eso sentía, como anticipando la muerte de la perra. Lo que yo quería era que la perra no existiese de antemano para que ni mi tío ni nadie pudiese matarla. Pero esto era absurdo y mientras tanto las palabras, con su estúpido sentido aparente, caminaban por el aire y llegaban a los oídos de mi tío. Me quedaba la posibilidad de que no me hubiese oído, como siempre, y no respondiese. Sin embargo dijo, dándole una tremenda importancia a mi pregunta:

-Desde que el mundo es mundo.

~~Yo estaba~~ En el descampado, lejos de las casas, ni siquiera el ruido del tiro llegaría al pueblo, el viento se lo llevaría en dirección contraria. En las baldosas del baño comunitario estaba el descampado y desde las celdas tenía que venir algún rumor que no venía. Usted tenía que llamarme, decirme que debía volver a la

celda, que daba por terminado el ataque de estómago (que usted sabía fingido), pero no me llamaba ni se oían sus pasos en el pasillo. La perra estaba viva, principalmente. Se había echado sin abrir las patas, como tratando de cerrarse, de protegerse con su propio cuerpo, y cerraba con su cuerpo un círculo verde del suelo, salpicado de esqueletos de caracoles blancos, lo cerraba hasta sustituirlo con su pelo todavía mojado y tembloroso. La cabeza estaba mirando hacia abajo, como para comprobar que todo había sido cerrado intentando la salvación. Después la cabeza se alzó y la lengua lamio el caño de la escopeta. Mi tío levantó el percutor y yo cerré los ^{ojos} como para evitar el estampido. Algún cohete sonaba todavía, a destiempo, muy lejos, confundido por relojes atrasados. Salí del baño sosteniéndome los pantalones sin cinturón, como el primer día. Usted estaba muy cerca pero no era visible. A lo mejor iba a mi lado y yo no lo veía porque caminaba mirando fijamente las baldosas, imaginándolas salpicadas de esqueletos de caracoles blancos. Reingresé en mi tiempo y yo mismo cerré la puerta, y enseguida oí que usted le echaba llave. La navidad había terminado, y con un poco de ventaja en el tiempo empecé a esperar la otra.

Esperaba el sueño pensando en la respuesta de mi tío. En realidad fue como un regalo inmerecido ante una pregunta tan estúpida, inoportuna y mal formulada. Después de todo en sus esquemas del mundo esa respuesta era como un acto de piedad, aunque sin piedad; al fin y al cabo era lo único que él podía decir relacionado con la salvación de la perra, de ese ser viviente que es una perra desde que el mundo es mundo. Me estaba diciendo, pensaba yo, que a pesar de eso la mataría; que el hecho de matar es completamente independiente y nada tiene que ver con el hecho de vivir. Yo había pensado siempre que era un ser libre, y que en circunstancias normales uno

es como inmortal, y la muerte, la que llega naturalmente, una consecuencia de esa inmortalidad interna. Que con la vida uno adquiría también una garantía. Mi tío había demostrado lo contrario, y esto me permitía ahora estar seguro de que, en lo profundo, pasara lo que pasara yo seguiría intacto. Si me sacaban de la celda para matarme, como habían hecho con otros, sería porque principalmente estaba vivo.

Me dormí después del cambio de guardia y soñé que mi padre llegaba en puntas de pie y conversaba con usted en la parte más iluminada del pasillo. Tenía miedo de que mi padre me acusara de algo muy malo que yo hubiera hecho, que trajera desde el fondo del tiempo una culpa desconocida. Castíguelo como se lo merece, decía mi padre, y usted, en un gesto bondadoso, dudaba, se llevaba una mano al mentón para pensar. Mi padre le decía que yo había matado una perra inocente, y esto me hacía temblar el corazón de puro frío, me temblaba como dientes que se golpean escarchados, al lado de la crueldad de mi padre usted era inverosímilmente bueno. Al final de la conversación, sin embargo, mi padre, hablando en voz baja para que yo no lo oyera, le pedía que me cuidara, que me arropara en invierno porque desde chico había sufrido mucho el frío, y decía que en el fondo yo era bueno, que había sido hijo suyo desde toda la vida, desde que el mundo es mundo. Y usted no decía una palabra, pensaba y le palmeaba la espalda como diciéndole vaya tranquilo, lo cuidaré tal como lo haría usted mismo.

Esa navidad, por todo lo esperado y recordado, fue la única importante. Las demás pasaron como cualquier noche de cualquier año, apenas diferenciadas por los cohetes lejanos, pasaban sin tocarnos, sin alterar la rutina. Mucho antes de que llegara la siguiente yo ya estaba arrepentido del acto pueril de fingir un ataque de estó-

mago para poder desearle feliz navidad, me parecía peor que preguntarle si las perras existían realmente. Y ya ninguno de nosotros se quedaba arrimado a la puerta de la celda hasta las doce de la noche para oír los ruidos externos de la navidad. Cuando empezaban a tirar cohetes y el aire oscuro se rasgaba con colores artificiales, ya estábamos durmiendo o esperando la hora del cambio de guardia y el recuento para poder dormir tranquilos aunque fuese un par de horas, sin linternas que nos alumbrasen o cualquier otro tipo de interrupción. Y no me acordaba ni de mi tío ni de la perra ni de mi padre. Me interesaba, como en cualquier noche corriente, que llegase pronto el cambio de guardia para dormir sin sobresaltos. Después me dormía y no soñaba. Simplemente estaba allí, como siempre.

A veces, a tanta distancia, mirando los parques interminables de estas ciudades del exilio, siento que con usted una parte importante de mí se ha perdido. Hay como una nostalgia de ciertas líneas de su cara, de su aire ligeramente indígena. Y perdiendo la mirada en los parques, sin pensar nada, sin ver nada más que grandes árboles y espacios muy quietos como si fuesen de recuerdos, estoy muy cerca de usted, siento la proximidad de sus manos, que nunca me tocaron (eran otros los que torturaban), dándome de comer. En estos ámbitos es posible cierta forma de recuperación de lo que quedó allá, pero todo lo llena usted, que es el suceso más importante de mi vida. En medio de arboledas y espacios indeterminados hay un centro preciso donde está usted con sus llaves y su silencio, solo, sin prisioneros, sin linternas y sin pasos en la noche, sobre el césped abierto a la luz. Sé que si yo tuviese capacidad para penetrar a fondo estos parques, casi inexistentes por esa extensión algo más que física que tienen,

lo encontraría. Me echaría a andar por los senderos sinuosos sin distraerme con las estatuas o las fuentes, despreciándolo todo con la mirada puesta adelante, hacia esos centros precisos. Lo buscaría a usted decididamente, sin vacilaciones ni reservas, apenas alterado por la necesidad de encontrarlo y de explicarme sus silencios, su existencia.

Claro que un nuevo encuentro con usted sería intolerable para mí. Me apresaría otra vez, por las mismas razones que tenía mi tío respecto de su perra. Y no sé qué palabra podría pronunciar yo para detener su acción o la de mi tío, que con el tiempo han pasado a ser idénticas.

Además, entre usted y yo nunca hubo palabras. Nuestra comunicación se daba con llaves y silencios. Pero puedo imaginarlas. Usted y yo entre los restos de un naufragio, únicos sobrevivientes. Yo soy ese hombrecito que usted vigilaba allá, ¿se acuerda? Hombre, acordarme no, pero lo felicito por haber salido finalmente, me dice usted desde esos centros inhallables de los parques del exilio, hablando naturalmente, apenas con las reservas necesarias para disimular nuestra condición de opresor y oprimido. Sí, me parece que me acuerdo de usted, pero los años han pasado y aquello ya no tiene importancia. Usted era ese hombre que siempre tenía frío y me pedía cobijas que yo no podía darle. No, le digo yo, no soy el que usted dice, aunque ese también existe, su celda estaba justo al lado de la mía. Soy el que lloraba cuando usted le daba de comer. ¿Que lloraba cuando yo le daba de comer?, dice usted buscando inútilmente en su memoria, ni siquiera he podido llegar a convertirme en uno de sus recuerdos. ¿Llorar porque le daba de comer? No me acuerdo pero me parece absurdo: cualquier preso se alegra a su modo cuando le lle-

van la comida. Y se queda pensativo, no existo en su memoria. Usted, que nunca estuvo equivocado como yo, que siempre vio las cosas como son y nunca como uno desea que sean, se asombra de que yo recuerde esos detalles. Son cosas muy viejas, dice, no tienen ninguna importancia, con el naufragio se acabó todo eso.

Por estos parques suelo pasearme con una perra que en un sentido profundo ha sido rescatada por mí de la muerte que le dio mi tío. Ella camina confiada a mi lado, sabe que soy su conexión segura con el mundo y puede creer con fundamentos que la existencia es indestructible. Corre, se aleja, vuelve, tiembla de pura alegría y de vida desbordante. Yo la espero de pie en el lugar más luminoso del parque procurando no mirar lo que siempre miro: su lengua lamiendo el caño de la escopeta, mi tío levantando el percutor, el estampido que ya no tiene importancia porque ella no lo oye; sus mamas hinchadas ya no tiemblan, su cuerpo queda como una mancha húmeda sobre la hierba salpicada de esqueletos de caracoles blancos en medio del verano, cuando el mundo está hermoso y la vida parece indestructible.

RELATO DEL HALCON VERDE
Y LA FLAUTA MARAVILLOSA

*Podría ser el
título del libro*

Una bandita de música, precaria y de consistencia casi milagrosa, era lo único en Buenos Aires capaz de oponerse sin riesgos a la naturaleza asesina de unos automóviles verdes que llamaban Falcon. El día que Carlos me telefoneó para decirme que yo también había caído en desgracia, que estos halcones husmeaban por toda la ciudad en mi busca y debía esconderme, me sorprendió que mi posible salvación dependiese de unos simples conocimientos musicales.

El refugio era un apartamento en el barrio del Once, apenas ventilado por un tragaluz. Además de material de música, había allí comida enlatada, cebollas y galleta marinera, lo cual me pareció absurdo y anticipo de un desastre. En pocas horas mis vínculos con el mundo habían terminado. Las paredes del apartamento vibraban como golpeadas por fuera. Acodado en la mesa que llenaba la mitad del poco espacio disponible me enteraba, por la Teoría de Williams, de las primeras nociones musicales. Sería de noche y tardísimo cuando por fin tuve ánimo para telefonar y pedir a Carlos que me aclarara el raro asunto de la música. Entonces me contó lo de la bandita.

Le constaba que en Buenos Aires actuaba una banda musical extranjera que una vez por semana elegía un punto diferente para dar su concierto y repartir folletos religiosos. Mientras sus músicos tocaban, los efectos del Estado de Sitio desaparecían y la gente reunida a su alrededor podía opinar, informarse y comprar globos a los chicos como si se tratara de un día de fiesta en un país libre. Y era cosa archisabida que el furgón blanco de los músicos, con su graciosa leyenda Salva tu alma, era lo

Único que podía resistir con éxito las iras de un Falcon verde, acaso por su naturaleza extranjera y vagamente diplomática. Mi obligación era estudiar hasta que se pudiese prever el lugar de aparición de la bandita para esperarla en el momento justo y lograr integrarse a ella como músico. Le dije que estaba loco si pensaba que me iba a poner a estudiar un instrumento musical por algo tan hipotético como integrar la supuesta bandita y me comentó como si no me hubiese oído, que en un cambalache de la calle Piedras le había echado el ojo a una trompeta muy maltratada que sonaba todavía.

Esa noche llegué hasta la lección 33 del Solfeggio de Lemoine y entoné por vía telefónica, para Carlos, algunos intervalos. Me felicité. Para hallar el la de los coristas seguí su consejo de guiarme por el zumbido del teléfono, que es un sol sostenido. Me sentía músico.

Cené sardinas con cebollas y cuando me acosté, tardísimo, las paredes habían dejado de vibrar. Y en el borde del sueño se me fue de la mente la banda problemática anunciada por Carlos y apareció la bandita municipal de la infancia en la pérgola de la plaza del pueblo pampeano, oberturas de Rossini y la pareja que se besa detrás de los ligustros, el gordito del trombón y el placer con la varilla de mimbre espantando aquella vaca atraída por los pastos que crecen en la plaza después de las primeras lluvias. Y en el sueño que tuve había una trompeta.

Que fue la única que tuve, porque el instrumento que me hicieron llegar entre señas y sigilos no era una trompeta. En un estuche negro, tres tubos cromados medio abollados, uno de ellos con llaves, otro con embocadura. Los enchufé unos con otros siguiendo la única lógica posible y pude ver, maravillado, que se trataba

de una flauta. Nunca había visto ese instrumento desde tan cerca, y ahora lo tenía en la mano. Una delicia.

La bandita de mi pueblo nunca tuvo flautista, nadie tocaba ese instrumento en cinco leguas a la redonda. Los italianos del pueblo la formaron con requintos, clarinetes, trombones y bombardinos traídos de su país veinte años atrás. Había también un gallego que tocaba el sarrusofón, un bicho acústico precioso parecido al oboe. Y don Evaristo, un policía bueno, Único criollo del grupo, tocaba los platillos y se lucía en la marcha final, o sea chin chin pum y se acabó. Una flauta hubiera agregado dulzura a aquella banda.

Me habían hecho llegar también un Método, tapas duras y grasientas, de un tal Altés. Y una carta de Carlos explicando cómo debía estudiar y dar mis lecciones por teléfono al maestro Perini. La bandita que, cuando supiera tocar algo, hasta me permitiría salir del país, había vuelto a aparecer un jueves, y por los lugares de actuación conocidos hasta ahora (sus apariciones eran siempre sorpresivas) parecía que la lógica de sus desplazamientos estaba dada por los movimientos de un caballo de ajedrez. Afuera las cosas se ponían cada vez más duras y hasta él, que sólo era un músico, estaba libre y vivo por un puro milagro. En el último párrafo decía: "No te imaginás lo divertido que es oír solfeo cantado por teléfono. Tenés buen oído, aunque en la lección 146 te tragaste el becuadro del sexto compás. ¡Cuidadito!".

La figura que ilustraba la posición correcta del flautista era un franchute lamido, de corbatita, sosteniendo la flauta de un modo que me recordaba a los niños tucumanos comiendo caña de azúcar. Tomé la flauta ante el espejo imitando la actitud de la figura, siguiendo las indicaciones, la cabeza hacia el hombro izquierdo

y los brazos separados para no entorpecer los movimientos respiratorios. Acerqué la boca a la embocadura y cubrí la cuarta parte de ella con el labio inferior. Como quien abre con cuidado un paquete con regalos, soplé. Ni flauta, ni siquiera quena, ni sonido: aquello era un viento soplando en la azotea en noche de crudo invierno, rozando ropa tendida que se hiela, el viento que hace chirriar ventanas entreabiertas y veletas herrumbradas, brr, chicos, cierren esa puerta que se van a helar, y oigan qué feo silba el viento. Días después me enteré de lo del golpe de lengua, la punta sobre los incisivos superiores para evitar escapes de aire y retirarla rápido y sin brusquedad comp para pronunciar la sílaba tu. En fin, que fue pasando el tiempo y cuando le toqué a Carlos por teléfono el ejercicio quinto de la séptima lección, que no era difícil pero tenía sus complicaciones, me dijo entusiasmado: "Soy un Rampal, hermano".

La lógica del caballo de ajedrez fracasó y con ella el ingreso a la bandita de algunos desesperados que sin permiso de tenencia de instrumentos (considerados armas) esperaron inútilmente la aparición de la bandita milagrosa en una esquina, donde fueron sorprendidos por los milicos, que los intrudujeron en un Falcon verde que partió velozmente con dirección desconocida. Ahora, decía la voz de Carlos, parecía que su desplazamiento era circular. En las últimas semanas había pasado de Barracas a San Telmo y luego a Retiro, de modo que si el jueves siguiente aparecía en Palermo, la teoría circular quedaría demostrada y yo, una vez preparado musicalmente, podría incorporarme a ella sin correr mayores riesgos, siempre que aprobase el examen, por supuesto.

Quizás por el encierro y la permanente luz artificial (la única luz solar entraba indirectamente por el tragaluz que había en la

cocinita) me entraron los pensamientos negros. Ninguno de nuestros conocidos había visto esa banda, ni siquiera Carlos. Lo que él sabía se lo habían contado. ¿No se trataría de una alucinación colectiva provocada por la necesidad de algo milagroso ante tanto desastre? Para acercarme a ella con la mente o el deseo no tenía el más mínimo asidero real, y más verdadera era la de mi pueblo, desaparecida en el tiempo, que por lo menos era un recuerdo. De los coches verdes, en cambio, sí tenía nociones y asideros. Los había visto andar a contramano por cualquier calle, cortar el tráfico a su antojo, subir a las veredas, atravesar las plazas pisoteando canteros, entrar en las catedrales y disparar contra gente escondida en los altares. Y suponiendo que esa bandita fuese real, ¿a cuántas personas podría ayudar, entre tantos miles de desgraciados, la mayoría de ellos sin nociones de música?

Huyendo de una lección que no me salía (superarla significaba empezar a tocar de verdad, decía el maestro) me dediqué a investigar el asunto de las paredes que vibraban. Apoyando la oreja en un punto de la pared más grande, adornada con un cuadro de tema marino, comprobé que la vibración se debía a sonidos y no a ruidos de la calle: sucesivos y diferentes, una escala musical a todas luces. Subido a la mesa y corriéndola por la orilla de la pared, recorrí con la oreja pegada las diversas intensidades hasta dar con la fuente: por debajo del cuadro y hacia la izquierda estaba, al otro lado de la pared, el músico. Sonido de tuba. Pude incluso descifrar el ritmo, nítidamente un tres por cuatro. Un principiante como yo, pero con una excelente calidad de sonido.

Una nerviosa llamada de Carlos interrumpe mis investigaciones acústicas. Ese jueves la bandita había confirmado la teoría circular (ya es nuestra, hermano, ya es nuestra) apareciendo en una

calle de Palermo. No, no la había visto personalmente pero uno de sus espías había conseguido grabar parte del concierto. Escuché.

Deformada por una cinta barata y la transmisión telefónica escuché la música que significaba nuestro primer contacto real con la bandita milagrosa, especie de himno religioso protestante pero en tiempo de foxtrot que no me produjo la alegría esperada. Pasé el resto del día en un clima donde se mezclaban la música tan pobrecita de la banda, el recuerdo de una muchacha llamada Cristina, acaso desaparecida, y del destino incierto de mi compañero o compañera de estudios al otro lado de la pared, que acaso no tuviese un Carlos que le rastrease los caprichosos giros de la banda. Y todo eso, unido al encierro y a lo difícil de la lección que no podía superar (el maestro la reclamaba diariamente) me hundía en un clima parecido al del Vals triste de Sibelius. "Si no supera esa lección se tendrá que quedar para siempre en esa cueva", sentenciaba el maestro.

Tras las demás paredes había más instrumentos. Una flauta sonaba ahogada al lado mismo de mi cama. Ubiqué el epicentro del sonido y hojeando nerviosamente el Método de Altés, sin despegar la oreja de la pared, hallé la lección que ejecutaba, algo muy difícil y muy bien tocado, casi al final del libro. No sólo tocaba limpiamente los pasajes más complicados sino que hacía los matices indicados, con lo cual la lección parecía una pieza de concierto. Cuando acabó golpeé la pared a modo de aplauso. Respondió con un par de golpes secos que me recordaron las reverencias de las bailarinas cuando saludan. Desempolvé mi flauta para intentar la hazaña pero no pude superar el segundo compás, la lección imponía conocimientos técnicos que yo no había alcanzado todavía.

En otra pared había un oboe. Escalas simples, y además el músico perdía el tiempo, acentuaba mal, desafinaba el pobrecito. Por una pared de la cocina se filtraba un corno, un desastre, llevaría una semana escasa de aprendizaje. En cambio yo tenía en mi haber una temporada que había permitido a las cebollas de la casa convertirse en un jardín, unos tallos suaves y de verde cándido inclinados hacia la escasa claridad del tragaluz donde se corporizaba el polvo mañanero. Levanté la alfombra y oí que en el piso de abajo también se hacía música. Parecía un conjunto, imposible determinar los instrumentos. Lo mismo sucedía al otro lado del techo. Trepado en una silla y ésta sobre la mesa, alcancé a pegar la oreja con lo justo: un pie golpeaba rítmicamente contra el suelo, como los principiantes, llevando el ritmo de un instrumento apenas audible, un tres por ocho. Me sentí encerrado en una inmensa caja sonora tocada desde afuera por músicos invisibles, con claras evidencias de que el edificio entero era la madriguera de un centenar de músicos secretos preparándose ante la esperanza de poder integrar algún día la bandita esquiva y saltarina. Acaso media ciudad estaba llena de músicos desesperados que practicaban en secreto, mientras la otra mitad buscaba el paradero de la bandita milagrosa.

En música lo peor es desmoralizarse. Esforzaba mi voluntad para superar aquella lección pero nunca podía pasar del décimo compás, donde empezaban las dificultades serias. Cada vez que lo intentaba, al llegar a los compases difíciles, un par de notas antes se me saltaban las lágrimas sin estar lo que se dice llorando: brotaban de puro desconsuelo. Cuando estudiaba en la cama (posición incorrecta, claro) y llegaba a los compases rebeldes que eran sólo tres pero terribles, y medio los salteaba ejecutando sólo algunas de sus notas aunque sin perder el tiempo, el flauta del otro lado

golpeaba la pared recriminándome. En esos momentos lo odiaba, sin considerar sus intenciones de corregirme. Luego, pensando que seguramente no conocía a Carlos y acaso no tuviera quien le informase sobre las apariciones de la banda, y que en consecuencia sus conocimientos resultaran inútiles, me entraba como un remordimiento y se me saltaban las lágrimas, sin llorar, lo mismo que con los compases rebeldes. Para evitar esa situación trasladé mi cama a la pared opuesta.

Llevé las cebollas brotadas a un lugar más próximo a la claridad del tragaluz, renunciando a ellas como alimento para darles un destino de jardín. Por las mañanas las salpicaba con gotas de agua quitándoles el polvo. Algunos tallos, los más crecidos, se abultaban en las puntas formando botones que no tardarían en florecer. Elegí, a modo de una referencia para ellas, un cebollar con unas hermosas flores blancas parecidas a sombrillas, de un huerto que conservaba en la memoria. La flauta, siempre al alcance de mi mano sobre la mesa antes immaculada y ahora rayada por la silla y los traslados a que la sometía en mis rastreos acústicos, me parecía lejanísima, un tubo acústico sin ningún sentido para mí. La idea de abandonar una salvación individual para entregarme a la suerte colectiva (que relacionaba con una implacable destrucción) me producía una fuerte amargura, pero a la vez, ante la perspectiva de perderme en una nada compartida, sentía una tranquilizante sensación de paz o de alivio, o de olvido, no sabría precisarlb.

El verdadero milagro, a esas alturas, era la bandita de mi pueblo. Tener ocho años y una tía solterona que los jueves nos llevaba a la plaza a la hora de la retreta. Plaza defendida por el placer y los vecinos de los avances de la pampa en las épocas de lluvia, arrancando el sorgo rebelde que brotaba junto a ligustros

y rosales. Alguna semilla de cebolla secretamente arrastrada por el viento desde huertas vecinas, brotaba al lado de la pérgola y florecía blanca y joven junto a las glicinas como otra planta de jardín. Bandita de milagros semanales y caseros, con mi tía Sonia sentada a un costado de la banda, peinada y vestida como para una postal, esperando a su novio secreto, el viudo de la esquina que nadie podía mencionar en casa.

Ante las reiteradas exigencias de Carlos, e indirectamente del maestro Perini, tuve que grabar por teléfono esa lección crucial. Al llegar a los compases rebeldes que se oponían a mi salvación hubo esguinces y piruetas, agachadas y aceleraciones múltiples, puertas abiertas al puro azar y conciencia absoluta del desastre. Con todo el desparpajo me animé a preguntarle a Carlos qué le había parecido. No sé, no te oí bien, estuve más atento a la grabación, hoy mismo le llevaré la cinta al maestro. ¿Sabés qué pasa, Carlos? Los nervios. Normal, dijo Carlos, y con una voz que no tenía el entusiasmo de otras veces me comunicó que la lógica del itinerario de la bandita estaba dominada. La unión, en el mapa, de los puntos donde había actuado la banda, formaba una espiral. Desde la última aparición en Palermo el itinerario había sido Villa Crespo, Caballito, Boedo, San Cristóbal, Balvanera, de modo que estaba cantado que la próxima semana aparecería en el Once, nuestro barrio. Como si la bandita misma nos buscara, ¿te das cuenta?

Mi jardincito estaba en flor. Las varillas con sus flores blancas, inclinadas hacia la luz como si las soplará el viento. Los bulbos, casi tapados por el polvo y las basuritas que les ponía a modo de tierra cada vez que limpiaba los pisos. Siguiendo una costumbre de mi tía Sonia, hablaba con las plantas cada vez que las regaba. Procuraba mencionar cosas que ellas pudieran entender, es decir,

relacionadas con ellas: espacios abiertos, huertas regadas por acequias, la inmensa luz del sol a cielo descubierto. Y ellas temblaban, supongo que de algo parecido a la alegría. Cada día tocaba para esas flores la única lección que sabía bien, la más fácil del Método por supuesto. Y siempre a la misma hora, para que aprendieran a esperar el sonido. Y en los miedos nocturnos ellas estaban presentes, me aterraba lo que pudiera pasarles en caso de derribo de puerta con irrupción nocturna y rotura de muebles e instrumentos. En nuestra escala de relaciones, mis flores tendrían unos nueve o diez años a lo sumo y eran tontas y dulces, igual que las primas que tenía en mi pueblo en tiempos de tía Sonia.

También conseguí dialogar con los músicos lindantes, diferenciar sus voces. El corno de la pared de la cocina usaba golpes cortos y nerviosos, de stacatto, por más que mis mensajes fuesen pausados y tranquilos. Me lo imaginaba petiso y gordito, algo viejón y corto de palabras. A ratos era un hombre, a ratos una mujer. El ~~sarru-~~^{ad obse} ~~sofón~~ de la otra pared era un muchacho flaco y metódico, serio y seguramente de bigotes. Cada vez que golpeaba la pared, como preguntando, lo hacía en tiempos binarios. En cambio las respuestas eran siempre ternarias. El flautista (o la flautista, no tengo certezas) se comunicaba a cualquier hora, alguien muy alegre sin duda, en vez de los nudillos usaba las palmas para golpear, con las dos manos a la vez, me parece. Incapaces de perfeccionar el sistema, ninguno de nosotros sabía lo que quería decir con esos golpes. Pero en la intención de diálogo había un contenido secreto que todos compartíamos. Era casi lo mismo que hablar con las plantas, nuestros golpes en la pared eran dulces y tontos como las flores de mi jardincito. Y justo cuando estaba encariñándome con todo llegó, como en un tango que se llama Cuartito azul, la hora de la

triste despedida.

La espiral que describía la bandita se cerró en la plaza Once, según lo previsto. Aquí, justo enfrente, dijo excitada la voz de Carlos. Vi llegar el furgón hace unos minutos, y ahora me lo tapa el monumento. Están armando la tarima. Rubios y grandotes. La gente empieza a amontonarse. ¿Escuchás? Son ellos, están afinando. Es increíble, hermano. Pero hay otra cosa que tengo que decirte, y es un poco fea. Iba a llamarte ayer pero se me pasó. Supongo que vos mismo ya te habrás dado cuenta. El maestro Perini oyó la cinta que grabamos y dice que todavía no estás en condiciones de presentarte a una prueba con posibilidades de éxito, aunque se tratara de una bandita de mala muerte. Que la técnica, el sonido, en fin, todo es. El es muy minucioso. Dice que si tu vida va a depender de esa prueba, él se opone terminantemente a que corras el riesgo. Yo también oí la cinta, y aunque te equivocás mucho, pienso que no es tan desastrosa como él dice. Los maestros siempre exageran un poco. Y francamente no sé qué decirte. Habrá nuevas oportunidades, supongo, y no sé, yo también tengo miedo. Vos leés más o menos bien y sentido del ritmo no te falta. Podríamos probar con percusión, más adelante. La flauta es un instrumento muy difícil. De todos modos el único que puede decidir aquí sos vos.

Sabiendo que la bandita terminaba sus conciertos apenas empezaba a anochecer, hice mis cálculos echándole una ojeada al tragaluz y deduje que disponía casi de una hora. Estaba a un par de cuadras de Rivadavia, después sólo tendría que cruzar la plaza. Seguro que Carlos, que vivía en Rivadavia, estaría asomado a su balcón para avisarme si surgía algún peligro nuevo. Lo importante ahora era no tener miedo y prestar atención a cualquier detalle imprevisto. Llegar a la bandita sin interrupciones ni sorpresas. Actuar con nor-

malidad, como si no pasara nada. Como si se tratara de un jueves cualquiera de otros tiempos y mi tía Sonia me estuviese peinando para ir juntos a la retreta de la plaza pueblerina. Se trataba de una simple mudanza, me iba, y la buena educación aconsejaba despedirse de los vecinos. Di dos o tres palmadas amistosas en cada pared. Sólo recibí respuesta del o de la flautista, que interrumpió una escala impecable para responder a mi salud. Me entró el remordimiento. ¿Cómo avisarle que la bandita estaba ahí, al alcance de su mano? Y él (o ella) ni siquiera sabía que mis golpes significaban adiós, que las palmadas con que respondió también eran adiós, creyendo como siempre, en nuestro idioma sin palabras, que simplemente reiterábamos nuestra presencia viva. Y sin embargo yo me iba. "Ya lo ves, todo en el mundo es inquietud", dice Cuartito azul. En ese sentido hablé por última vez con las plantas, con mi jardín en flor. Me disculpe por abandonarlas justo en ese momento, seguro de que ellas habían florecido para mí, y todo eso del marinero de Antonio Machado.

Lo primero que vi al salir de mi encierro fue la sombra de mi valijita, romboidal y tristísima sobre las grandes baldosas de abajo. Acababa de llover, había charcos en la calle. Crucé a la vereda de enfrente para echarle un vistazo al edificio, al balcón que correspondía, según mis cálculos, al compañero de la tuba, pero todas las ventanas estaban cerradas y no se filtraba el más piano de los sonidos. Alcé una mano en despedida a mis compañeros de estudio, aunque no nos conociéramos, aunque no estuviesen asomados a los balcones o espiando por las celosías, aunque, aun asomados, jamás pudieran identificarme con el que tocaba la flauta y se equivocaba siempre en los mismos compases de aquella lección difícil. Pero sentía que de alguna manera ellos se estaban despidien-

do de mí y me deseaban buena suerte. Procurando no llamar la atención de nadie pero alzando la voz como para que me escucharan desde el último balcón grité "¡muchachos, la bandita está tocando en plaza Once!". Y tomé por Urquiza, muy lento, como para darles tiempo a que me alcanzaran y poder llegar juntos al encuentro con el milagro.

Y andando se me cruzó una ilusión por la cabeza: suponiendo que no hubiese sucedido nada de lo sucedido, suponiendo en todo caso que la ferocidad diese una tregua, un tiempo para levantar las cosechas, como en las guerras antiguas, permitiendo de paso que las mujeres pudieran parir fuera de las trincheras hijos no violentos, suponiendo que todo volviese a ser dulce y apacible como la plaza de mi pueblo después de las primeras lluvias, entonces, con los que quedaron encerrados en el edificio practicando inútilmente sus instrumentos, podríamos formar nuestra propia bandita. Para empezar no estaba mal: tuba, corno, sarrusofón y nada menos que dos flautas. Entonces no sería necesario esperar a que un milagro cayese del cielo: estaríamos haciendo nuestro propio milagro, y eso sería una delicia.

Al llegar a la esquina de Rioja divisé a Carlos en su balcón del tercer piso. El ya me había visto y me hacía señas indicándome la ubicación exacta de la banda, todavía invisible para mí, más o menos por la parada de ómnibus junto a la Estación. Me hizo señas, creyéndome perdido o desorientado, porque yo me había detenido, dudando entre volver o avanzar hacia la banda, porque justo debajo del balcón de Carlos, y fuera de su visión, subido a la vereda y prácticamente recostado contra el edificio, había un Falcon verde.

Imposible saber si había alguien dentro del coche. Los cristales,

además de ser oscuros, estaban salpicados por pequeñas hojas apenas verdosas, lo mismo que el techo y el capó. A lo mejor, pensé, lo habían abandonado por alguna avería, en cualquier momento llegaba la grúa y se lo llevaba. Pero en cuanto crucé la calle en dirección a la plaza encendió sus potentes faros antiniebla como avisándome que me había visto, y las escobillas del parabrisas se agitaron nerviosas arrancando del cristal las hojas adheridas. Dediqué una rápida mirada al balcón del tercer piso, donde seguía gesticulando un Carlos ya inútil, y acto seguido puse todos mis sentidos en la distancia que me separaba de la banda, cuya música, sin llegar a aturdir, se había apropiado enteramente de la plaza.

A pesar de la inutilidad de los gestos de Carlos (para llegar a la bandita entre el gentío no había guía mejor que el sonido mismo), sentí que su mirada me protegía, actuaba como un haz de luz indicadora alumbrando el camino entre el borde de la plaza donde me había parado tras cruzar la calle, y el sitio ocupado por el conjunto musical. En otro orden de cosas, por lo menos tenía un testigo para lo que sucediera, y él podría contárselo a mis padres y a Cristina en el caso de que me pasara algo malo.

El Falcon pareció serenarse en cuanto me vio inmóvil en el borde de la plaza, las escobillas quietas y los faros apagados, despreocupado de las nuevas hojas que empezaban a cubrir otra vez el parabrisas. Sin moverme de mi sitio fingí esperar un taxi, y en los dos o tres minutos que siguieron el coche no dio ninguna señal de vida, como si se hubiese dormido.

Aproveché para fijar con precisión mi recorrido hasta la banda, evitar los rodeos inútiles al borde de los canteros, y a la vez pasar lo más lejos posible, sin alejarme demasiado de mi meta, del

monumento central de la plaza, ese armatoste horrible, donde el instinto me decía que podía ocultarse un segundo Falcon verde, ya se sabe que estos bichos siempre van en yunta.

Elegido mi itinerario, inicié el recorrido caminando lentamente, esquivando con cuidado los charquitos de la reciente lluvia. No bien adiviné mis intenciones, el Falcon, desperezado, bajó de la vereda y empezó a cruzar tranquilamente Rivadavia, al sesgo, con la trompa apuntando hacia la bandita, mientras varios policías corrían a cortar el tráfico para facilitar su desplazamiento. Sin necesidad, ya que los coches, al ver al Falcon, se detenían para darle paso. Cuando subió a la plaza, la luz de los semáforos, mezclada a la última luz solar, alumbró las hojas que cubrían el coche a manera de escamas, que reverberaron en un juego vivísimo de luces encontradas.

Orienté mis pasos en el sentido de obligarlo, si quería mantenerse cerca de mí, a bordear los canteros o a detenerse a cortar los alambres conque muchos de ellos estaban protegidos, alambres que yo podría saltar tranquilamente y ganar tiempo. La banda, todavía a lo lejos, ya era visible sobre su tarima, así como un gran cartel en lo alto donde ondeaba Salva tu alma, como nimbando aquellos instrumentos dorados y redondos, aquellos músicos intactos, sanos, enormes, recién bañados, recién nacidos.

El Verde, al parecer, gozaba con la cacería. Sus movimientos eran armoniosos y respondían a una cautela felina. Si yo me detenía, él también lo hacía y me esperaba, procurando mantener siempre la misma distancia entre nosotros. Parecía un coche solo, sin conductor, que guiado por la costumbre actuaba por su cuenta. En el juego, lo obligué a pasar dos veces por el mismo cantero, aplastando ligustros y otros ornamentos, y hubo un momento en que nos alejamos

bastante de la banda, quedamos los dos dándole la espalda y mirando hacia el edificio donde vivía Carlos, casi sobre el borde de la calle. Apenas hacía ruido al deslizarse, y en los momentos de acechanza agitaba las escobillas del parabrisas o encendía los faros antiniebla mirándome fijamente. Estos movimientos me permitieron comprobar que sus ventanillas estaban cerradas, sin traza alguna de caños negros apuntando hacia afuera, y que sus cristales eran oscuros como el parabrisas. Comprendí que sus intenciones eran impedir que yo llegase a la tarima donde actuaba la bandita y mantenerme en ese juego hasta que acabase el concierto. Después no sé, si no me dejaba llegar quedaríamos los dos solos en la plaza, con toda la noche por delante. Su actitud, sin embargo, demostraba también el poder de la bandita, su condición milagrosa de poder mantener a raya a uno de estos monstruos.

Comprobada entonces la posibilidad del milagro, había que pensar urgente una estrategia para poder llegar al lugar donde los músicos tocaban, en esos momentos a no más de cincuenta metros de nosotros. ¡El monumento!, me dije, y hay que ver qué hermosa me sonó por dentro esta palabra a pesar de lo feo de ese adefesio solitario. Si lograba obligar al Falcon a dar una vuelta a su alrededor persiguiéndome, y yo en un brusco cambio de dirección volvía sobre mis pasos, mientras él, embalado, diera la vuelta completa alrededor de la estructura faraónica, yo ganaría la tarima de la banda antes de que él tuviera tiempo de completar la vuelta y colocarse nuevamente entre la bandita y yo.

Me encaminé lentamente hacia el monumento procurando que el coche acortara la distancia invariable que le interesaba mantener. Cuando conseguí que se pusiera a escasos metros de mi espalda salté corriendo de golpe iniciando un giro alrededor del monumento.

Al perderme de vista durante unos segundos aceleró, y entonces me detuve bruscamente, pegando mi cuerpo contra la mole de cemento, y lo dejé pasar muy embalado, casi rozándome, al tiempo que iniciaba mi marcha en dirección contraria. En el brevísimo cruce, lo Único que pude ver del coche fue el parabrisas salpicado de hojas y las escobillas enloquecidas agitándose. En la carrera se abrió el estuche de la flauta dentro de la valija, el tintineo de los tubos sueltos se mezclaba al ruido del motor del Falcon al otro lado del monumento. Al comprender mi treta aceleró más dando bufidos, corriendo inútilmente sobre terreno falso, mientras yo ganaba en línea recta el sagrado lugar ocupado por la bandita.

Unas trecientas personas, intocables mientras durara el concierto, rodeaban la tarima. Trataba de abrirme paso entre ellas cuando el Falcon apareció por el otro costado del monumento, mermó la marcha y se acercó a nosotros casi hasta rozarnos. Allí se detuvo. Los que estaban más próximos al coche se abrieron respetuosamente y siguieron escuchando el concierto como si no pasara nada. El Falcon, impaciente, dio un bocinazo pidiendo paso. Una bocina ronca, destemplada, de viejo coche de los años treinta, que hizo vacilar la armonía de la banda. La gente, atemorizada, se abrió en dos grupos dejando un espacio libre entre el coche y la bandita. El movimiento humano me dejó contra la tarima, protegida por una soga. El Falcon no se atrevió a avanzar sobre el camino que se le había abierto. Sin moverse, encendió un sinnúmero de luces adicionales, giratorias, que destellaban en chisporroteos de diversos colores. El director, alcanzado por las lumbraradas, volvió un momento la cabeza hacia las luces y siguió dirigiendo, sin dar mayor importancia a esa presencia. Entonces el Falcon encendió los faros y concentró los chorros de luz sobre la banda. Envueltos

en un incendio artificial, los músicos perdieron sus colores, los instrumentos se pusieron grises y el conjunto en general pasó a ser una foto velada, una diapositiva mal proyectada, algo como muy triste y muy abandonado, bandita zaparrastroza en la plaza reseca de un pueblo polvoriento. El director, un rubio grandote, se volvió airado hacia el Falcon gesticulando y alzando la batuta. El coche retrocedió un par de metros, apagó todas sus luces y el motor, y esperó.

En cuanto quiso anochecer llegaron las patrullas, que nos rodearon tratando de retener a sus perros amaestrados, irascibles ante la música, que gemían por correr hacia nosotros y dispersarnos por todos los rumbos. Según el programa del concierto, impreso en la contratapa del folleto religioso, la banda estaba ejecutando la última pieza. En realidad la estaba repitiendo, por tercera o cuarta vez, para prolongar la libertad momentánea y, eventualmente, la vida de los más desgraciados. Da capo, da capo, gritaba el director tratando de hacer infinito algo tan perecedero como la música, que tiene estrictas limitaciones en el tiempo. La presencia descarada del Falcon volvía más celoso y moroso al director, que parecía dispuesto a seguir toda la noche con su concierto, violando acuerdos o tratados.

Un oficial se acercó con su perro a la tarima diciendo que el concierto debía terminar, pues ya era de noche. El Falcon, discretamente, encendió las luces de posición. El grandote de la batuta, sin dejar de moverla, asintió con la cabeza y ordenó a uno de los requintos que enfundara. El requinto obedeció, plegó las partituras y el atril, bajó de la tarima y salió hacia el furgón entre las cuerdas de un andarivel que unía la banda con el vehículo. Sucesivamente, según avanzaba la noche y llegaban más patrullas, los

músicos fueron plegando sus atriles. Quedó un requinto solo, un trompa, un bombardino y el redoblante. El tema de la pieza, a cargo del Único requinto, sonaba tristísimo. Pero dulce, como la lección fácil que yo tocaba para las flores de mi jardín abandonado.

El grandote movía la batuta sin control, hablando en voz baja con los músicos, atento más al Falcon que a la partitura. Conseguí ponerme a su lado y le oí comentar que se trataba de un abuso de autoridad. Entonces aproveché para decirle que yo era músico y que el Falcon estaba ahí por mí. El rubio me enfocó entonces con unos grandes ojos azules, incrédulos y fríos. El oficial y su perro gimiente se acercaron más, aunque siempre respetuosos de la autoridad de la bandita extranjera, sin duda para tenerme a mano en el momento preciso. Mientras los dos hombres se miraban fríamente contrapesando autoridades y poderes, aproveché para sacar la flauta de la valija y armarla. ~~en tanto~~ el Falcon, acaso para intimidarme, lanzaba un par de parpadeos de sus faros. Esto, y supongo que la presencia de la flauta, decidieron al director, que de un manotazo me subió a la tarima sin dar tiempo al oficial a que atinase a nada con su neurótico perro.

¡Toque!, me ordenó enfrentándome al atril del requinto, quien me señaló el compás por donde iban, que ni siquiera pude ver. ¡Toque, caramba!, insistió el grandote, seguro de que si no lograba hacerlo él se vería en la obligación de entregarme al oficial y éste al Falcon verde. El requinto me señaló otro compás de la partitura, mientras yo luchaba todavía con mis nervios para poner los dedos en la flauta. Da capo, arriesgó el rubio, y viendo que el resto de la bandita repetía la partitura desde el comienzo para darme oportunidad de entrar mientras yo todavía vacilaba, se acer-

có y me colocó los dedos en la posición necesaria para tocar un re. "Ahora sople y toque siempre ese re hasta que esto se acabe", dijo muy agitado.

Mi re, limpio y cristalino, concordaba maravillosamente con las notas que tocaban los demás instrumentos. "Muy bien", dijo el grandote dejando que sus palabras se mezclaran a un destello satisfecho de sus ojos azules. "Genial", dijo el bombardino aprovechando un compás de espera, para darme ánimo. Algunos, entre el público, aplaudieron y hasta se oyó algún "bravo". Aplaudían mi salvación, claro, no la presencia regalada de mi nota. Acaso entre ellos estuviese Cristina, o el maestro Perini, o el propio Carlos, quién lo sabe. Yo sólo veía, en mi aturdimiento, un conjunto de óvalos faciales, cenicientos y desamparados.

Mientras soplaba mi nota solitaria, intuí que sin la presencia del Falcon difícilmente me hubieran admitido en la banda. Qué director que se precie acepta a un músico de una sola nota. Como para creer que ese coche, aparentemente sin conductor y librado a sus propios instintos persecutorios, formaba parte de un milagro. Acaso su presencia fue urdida por la dinámica del milagro mismo.

El Falcon, cuando me vio integrado y por lo tanto fuera de su alcance, empezó a degradarse rápidamente, como si mi solitario re lo hubiese herido de muerte, como atacado por sustancias químicas. Giró torpemente dándonos la espalda, con intenciones evidentes de volver a su escondite de la calle Rivadavia. Pero la dirección no le respondía. Con una bujía desconectada, los cristales rotos, sonando en falso, pinchando ruedas, perdiendo escamas, derrotado, a tumbos y dando bandazos, vieja carreta en medio de un pedregal, fue a chocar contra el monumento, donde los vien-

tos y las lluvias de un otoño súbito acabarían pudriéndolo, donde sería desguazado por los menesterosos y vendido por piezas en oscuros cambalaches.

Ante una señal del director dejé de tocar y me dirigí al furgón blanco por el andarivel, desde donde vi cómo las patrullas, aun antes de que acabase la música (el trompa y el bombardino seguían tocando) obligaban con sus perros a circular a la gente, detenían a los sospechosos y los llevaban a sus propios furgones.

Y más allá de los restos del Falcon aplastado contra el monumento y ya bajo piadosas lluvias, más allá de los aullidos de los perros que con obcecada irracionalidad mordían odiando sin saber lo que hacían, en clara situación de milagro pude ver, desde el andarivel, el sendero que conducía a la plaza pueblerina. Bajo la glicina de la pérgola los instrumentos, redondos y dorados, brillaban al sol y llenaban el aire de una tranquila musiquita antigua. Mi tía Sonia, como en una postal, desplegabá sobre el banco de madera la campana ondulante de su vestido blanco.

"Vamos, pronto", dijo un requinto desde el extremo del andarivel. Y me tendió una mano para ayudarme a subir al furgón de la bandita.

GOLONDRINAS

Al final qué me traje para aquí. Prácticamente nada: un re bemol y poco más. Las cosas reales, en cambio, tienden a desaparecer. Por más que le dé vueltas al asunto, de todo aquello sólo subsisten papeles y sonidos. A lo demás es como si se lo estuviese llevando el viento. Por eso tengo que reconstruir urgentemente al viejo, llevarlo desde su peligrosa condición de cosa real a una categoría más sonora, para que siga existiendo por lo menos como ese re bemol que me acompañó por el mar. Escondido en palabras, será más difícil que se lo lleve el viento.

El viejo mantenía su existencia real en aquella piecita de tres por tres donde viví con él durante un tiempo. Las camas contra la pared, una silla de paja, el calentador Primus en el suelo (la mesa era para la música), la guitarra, y afuera el patio de tierra con la morera y la puerta de calle que pertenecía a la lluvia, siempre mojada y pudriéndose, absurda la puerta de madera en una tapia a la intemperie. En las otras piezas, tucumanos recién venidos a Córdoba. Trabajan en el ferrocarril de seis a dos todo corrido, se levantan antes que nosotros. Los que no tienen calentador hacen hervir el agua para el mate en el ^{juete} ~~braserito~~ que arde afuera, tres o cuatro braseritos negros con llamas casi coloradas en medio del patio cuando no llueve, y si llueve los ^{braseritos de 3 patas} ~~braseritos~~ están contra la pared al lado de cada puerta tiznando las paredes, es una vergüenza como están dejando la casa estos tucumanos decía el en-

*cuando llueve
sólo me
mejor*

cargado cuando iba a cobrar el alquiler de las piecitas.

Nosotros, con el ~~Primus~~ ^{Primus}, no teníamos esos problemas. Creo que fue el mejor calentador a ~~querosén~~ de la Argentina. Es cierto que había otras marcas. Pero como el ~~Primus~~ ^{Primus}, ninguno, según decía el viejo colando el querosén con una media de mujer antes de ponerlo en el calentador, allí quedaban las basuritas, por eso ~~nuestro Primus~~ no se tapaba nunca. Había que cuidar la media, eran caras y en la piecita no había una mujer que nos dejara las medias viejas para ^{colar} limpiar el ^{combustible} querosén. La ^{mujer} que había era de papel, estaba en la partitura, en el re bemol que tanto le gustaba al viejo. La única cosa femenina que ^{tenía} había ~~en la pieza~~ era esa media vieja que un día trajo volando el viento. Tampoco tenían mujeres los tucumanos. Las habían dejado en su provincia, traerían a sus familias cuando ganaran unos pesos, eso decían tomando vino los fines de semana en el patio antes de ponerse tristes con el alcohol y pelearse a cabezazos discutiendo si los ferrocarriles debían ser nuestros o de los ingleses. El Primus tenía sus tres patas soldadas sobre el bronce reluciente. Un poquito de alcohol de quemar calentaba el serpentín, y las patas chirriaban contra las baldosas del piso cuando el viejo le daba bomba y enseguida aparecía la llama azul ~~del Primus~~ que empezaba a zumbir, entre sueños ~~yo lo oía zumbir~~ como el viento en la puerta de calle, entre sueños el viejo se lavaba la cara en la palangana, entre sueños el par de chupadas que le daba a cada mate, no sé cómo no se quemaba con el agua tan caliente, después me daba uno a mí, levantate que ya salieron los tucumanos o sea que son más de las seis, todo entre sueños, y salíamos para la obra, yo le alcanzaba la argamasa, él levantaba las paredes balanceándose sobre el andamio.

Era muy real dándole bomba al Primus en la mañana, pero me costaba mucho acostumbrarme a que él fuera mi viejo. Cuando se fue de casa yo era muy chico, y apenas lo recordaba como entre sueños. Y justo cuando casi me había olvidado de él, una carta que llega. "Si querés venirme conmigo a la ciudad, ahora tengo un trabajo más o menos fijo, te voy a enseñar música, ya vas a ver qué lindo". Los viejos postizos que yo tenía en el pueblo se alegraron, me dieron la plata para el ómnibus, como tres horas hasta la ciudad y llego con mi valijita y golpeo la puerta de la pieza y resulta que no está, sale un tucumano de no sé qué pieza y me dice ya tendría que estar aquí, en todo caso buscalo en el boliche de Elías, queda en la otra esquina. Y entro en el bolichito donde hay un montón de tipos chupando apoyados en el mostrador, a ver cuál puede ser mi viejo, por más que lo intento no me acuerdo de su cara. Hay cinco o seis que podrían. Cualquiera, pienso, total todos se parecen, todos tienen el mismo olor, a cal, a masilla, a obra en construcción. Hay uno que me mira como pensando, muy serio pero tiene los ojos juguetones por el vino, de pronto me mira fuerte y no puedo sostenerle la mirada. Trato de reconstruir alguna cosa que recordara de él, pero no hay nada. Debe ser alguien que tenga una cara parecida a la mía, pero vieja, pelo blanco y arrugas, en eso estoy pensando cuando el bolichero me hace una seña que no entiendo, y ^{cuando se lo dijo} ~~como no entiendo~~ me dice picátelas pibe, las ordenanzas son muy serias, vos no podés permanecer aquí. Entonces uno de los tucumanos que me ve parado al lado de la puerta de mi viejo y ya es de noche y se está poniendo medio frío me dice vení chango, si querés tomar una sopa con nosotros, y yo bueno. Son tres los tucumanos de esta pieza (en las

otras hay más), tienen un espejo y dos loros por lo menos. No están en jaulas, cuelgan de unos soportes de alambre. He visto loros como estos ~~loros~~ en los trenes que bajan de Bolivia y pasan por mi pueblo, gente que va a buscar trabajo a Córdoba o Buenos Aires, en los loros llevan su buena suerte. Son habladores, dicen los tucumanos señalando a los bichos con sus cucharas. Todos los que tienen loros dicen eso pero es mentira. En mi vida he visto un loro que diga más de dos o tres palabras, y siempre las mismas, la papa para el loro o algo así. Los tucumanos hablan de cosas de su provincia, dicen Tafi Viejo y Acherai, yo tomo la sopa sin comprender nada, miro la olla tiznada en medio de la mesa, los ojos de los loros, que no son ojos de pájaros, y afuera el brasero donde chilla el agua para el mate. Después de comer, los tucumanos toman mate jugando al truco y de pronto uno de ellos me dice ahora que has venido a lo mejor tu padre deja de chupar, le vas a dar una alegría, hace rato que quería llamarte pero no encontraba un trabajo fijo. Y en eso el ruido de la puerta de calle siempre hinchada, la puerta que nunca cabía en el marco, y mi viejo que llega y se asoma a la pieza de los tucumanos a dar las buenas noches, lo veo y pienso que va a ser difícil acostumbrarse al nuevo viejo.

No, nunca vi un alhelí, es la primera vez que oigo la palabra, allá en el pueblo no hay. ¿Así que nunca viste un alhelí?, dice mi viejo riéndose. No, nunca, palabra que nunca. Mirá, hay alhelies en cualquier parte, los he visto hasta en los cercos. Todos los jardines tienen alhelies. No, nunca. Bueno, a lo mejor allá en el pueblo no hay, pero es una flor que está en todas partes. Cómo no vas a ^oconocer el alhelí. He visto alhelies en el norte y en el sur, conozco el país como la palma de mi mano, y es muy

cierto lo que dice ese tango, la humildad del alhelí. ¿Pero nunca oíste la palabra por lo menos? No, pero a lo mejor conozco la flor, sin el nombre, claro.

Difícil acostumbrarse al viejo, a sus cosas siempre nuevas, a la música aprendida nota por nota, hay que solfear moviendo una mano acompasada. No se parece en nada a lo que me imaginaba. Pero pensándolo bien, nunca me había imaginado nada de él. Sabía que andaba por ahí, eso era todo. Y siempre hablando de cosas que nunca he visto ni oído, queriendo darme en pocos días lo que me hubiera dado en muchos años. Apenas he aprendido las notas, y ya viene trayendo la partitura de Flor de alhelí, estudialo despacio, ya vas a ver qué lindo tango. Las notas, la guitarra y el viejo, todo tan nuevo para mí, todo tan alhelí. Te vi entrar ese día en el boliche pero no me animé, a lo mejor me equivocaba, la última vez que te vi todavía te hacías pis en la cama y ahora sos casi un hombre; y además ese día yo estaba un poco chispeado, por eso me demoré, esperé hasta que se me pasó un poco, y no me tratés de usted, no seas boludo. Yo esperaba otra cosa, a decir verdad, por eso ahora resulta tan difícil la reconstrucción, ladrillo a ladrillo para ver al viejo, nota a nota para ver a la muchacha de Flor de alhelí que va por la pradera del tango entre flores mañaneras, con la humildad del alhelí te vi pasar dice la letra, camino de la iglesia del lugar con un tul cubriendo el pelo y un librito de rezar, primavera en el tango, en las notas, pero en la piecita un frío bárbaro con el viento de agosto, el viejo en el andamio y yo en la piecita dale que te pone con las notas, cuidado con los re bemol, son las campanas de la iglesia del lugar adonde va ella a saltitos por la pradera con un tul cu-

ojo : terminada esta
cuenta y se pasó al otro
del disco, cuento Kilibita. 6

briendo el pelo, debe llevar medias porque el aire de la mañana es fresco, medias para detener las basuritas del querosén y que no se tape el Primus, las patas del calentador chirriando contra las baldosas, el viejo silbando me da el primer mate, quedate hoy, aprendé bien el tango, este fin de semana lo podrás tocar, no sabés cómo me ilusiona eso, y sigue silbando cuchara en mano en el andamio, yo en la piecita con las notas, de las notas va surgiendo ella, la letra del tango no dice cómo se llama la muchacha pero ella va apareciendo, me ilusiono con ella que camina a saltitos con su tul cubriendo el pelo, flor de alhelí te dije en tono confidente y más después nació el amor para los dos; las campanas (re bemol) ya se echaban a volar, flor de alhelí, ya nunca más te apartarás de mi existir. Al viejo le brillaban los ojos ese fin de semana, pero no de vino sino de pura alegría cuando toqué el tango sin equivocarme, che, esos re bemol son una maravilla dice, y los dos pensamos en la mujer que ninguno tiene.

Claro, ^{ella} la mujer era de papel y todo sucedía en un pueblito chiquitito y tan bonito como tú según el tango cursi. Pero en mi pueblo no había ni alhelíes ni praderas, puras lomas peladas y espinillos, mucho piquillín y chañar y mucho tala, qué va a haber alhelíes entre los yuyos. Ella va temerosa por la pradera con su libro de rezar en el pueblito, debe ser un pueblo de la pampa húmeda, inútil buscarla por aquí, y además a los tangos los hacen los porteños, todas las praderas y todas las mujeres son de ellos, y mi viejo y yo ilusionándonos, qué va a nacer el amor para los dos, y menos cerca de los tucumanos que se dan cabezazos entre un escándalo de loros.

Y qué va a ser mi viejo ese viejo que le da bomba al Primus,

que cada noche vuelve más chispeado, salimos de la obra a las seis de la tarde y cuando estamos llegando al barrio me dice seguí vos nomás, andá a estudiar el tango, yo me quedo por aquí, por cualquier cosa estoy (y vacila) al lado de Elías. Al lado del boliche de Elías hay un baldío, el viejo se va a chupar con los tucumanos, vuelve tarde y se queja despacio para no despertarme, al otro día se levanta silbando, si querés quedate hoy, hace mucho frío, che qué lindo suenan esos bemoles, perdoname hijo pero no puedo dejar de chupar, uno de estos días me largo.

Después no hay casi nada. Meses o años. Tiempo. El viento ha empezado a llevarse muchas cosas. Ella siempre va por el prado pero nunca nos mira, además tiene la cara un poco tapada por las notas, está dibujada sobre el pentagrama y las líneas la desfiguran un poco. No sabemos cómo se llama ni de qué pueblo es. Mi viejo era demasiado cierto como para poder acostumbrarme a él, y ella demasiado alhelí, demasiado pradera, demasiado caminar a saltitos buscando un tipo normal para hacer su nido con él y quedarse en el pueblo para siempre. Y para colmo yo siempre equivocándome, a veces me fallaban los bemoles y me fallaba también el día, viejo, me parece que son las seis, ha cantado un gallo, y él despertándose se ríe y me dice qué van a ser las seis, ¿no ves que los tucumanos todavía no se han movido?. Debe ser un gallo pelotudo que canta antes de tiempo. Y era cierto, al rato pasaba el último tranvía por la calle Bulnes, era la una de la madrugada. Y nada más, tiempo y tucumanos y ferrocarriles y ella que nunca llegaba a la iglesia del lugar, y justo cuando estoy acostumbrándome al viejo, que miro su cara cuarteada por la cal y veo que mi cara, a medida que también

va cuarteándose, se parece a la de él, él que viene y me dice algo que nunca había oído, una de esas palabras tan raras para mí, me dice esto: obrero golondrina. No, nunca vi un obrero golondrina. ¿Así que nunca viste un obrero golondrina? No, palabra que no. ¿En verano, en los trenes? No, nunca, es la primera vez que oigo la palabra, aunque a lo mejor los vi. Mirá, en verano, para el tiempo de las cosechas, los techos de los trenes de carga van llenos de obreros golondrina.

Te dejo la guitarra pero me llevo el Primus. Vos podés conseguir uno en cualquier momento. Che, pero no te despistés con el canto de los gallos, siempre hay un gallo infeliz que canta antes de tiempo. Y aprendé bien el tango. Es bárbaro. Mirá, ya está pitando el tren. Pero el viejo no sube todavía, espera que el tren se ponga en movimiento, si no lo harían bajar. Trepa al último vagón que ya se mueve, lleva arrastrando esa bolsa de cuero que estaba debajo de su cama y nunca vi. Bolsa triguera dice desde arriba, es una cosa larga como un cajón de muerto pero de cuero. En el techo del tren hay más golondrinas, cada una con su bolsa larga. Y allá va el viejo sobre el tren carguero a levantar cosechas en la pampa húmeda, puede que el tren pase por el pueblito de la partitura y se encuentre con la muchacha. Mi viejo se mezcla con las otras golondrinas, ahora cualquiera puede ser mi viejo al lado de Elías, pero me parece que es el que levanta la mano perdiéndose en la pampa que se me confunde con la pradera de la partitura.

Y al final el viejo viene a ser casi lo mismo que ella. Al final los dos vienen a ser la misma cosa, aunque el viejo, qué duda cabe, tuviera existencia real y ella no, los dos parecen de papel. Y después no queda casi nada, tiempo solamente, a

los tucumanos se los ha llevado el viento, sus braseros, sus loros, sus mujeres lejanas. Queda el re bemol (alteración accidental), un re de cuarta línea tocando las campanas de la iglesia del lugar. Al final el re bemol es lo único que me queda.

El viejo vivía sin mujer, yo estoy lejos sin mujer. El se llevó el Primus y aquí no hay Primus, probablemente no los hubo nunca. Ni siquiera allá hay Primus ahora, han pasado de moda, y aquí hay muchas cosas que ver mientras se olvida, Madrid es una ciudad grande, la pucha, qué jodido es vivir, como dijo el encargado cuando le dije que le dejaba la pieza ^{quita} y que me iba, y él colgaba el cartelito que decía se alquila una ^{habitación} pieza, lo colgaba en la puerta siempre hinchada que nunca cabía en el marco. No sé por qué me decía eso a mí, que apenas entendía nada. Qué tenía que decirme a mí ese gallo cretino cantando antes de tiempo.

EXILIO CORTADO DE RAIZ

La mujer estaba sentada frente a la cama del otro enfermo de la habitación esperando que trajeran a su marido del quirófano. Miraba el espacio que había dejado la cama del hombre y tenía miedo. No se sabía bien de qué lo estaban operando. La situación no era normal: ni el hospital, ni la operación, ni siquiera el país donde estaban, ya el tercero del exilio. El plan de esa mañana había sido ir al mercado para las compras de fin de semana, y de paso visitar al médico. Su marido, pese a algunas rarezas, era un hombre sano. El médico, como siempre, recomendaría unas vitaminas. Sano, sí, aunque ya no era joven. Y en los últimos meses su conducta se había enrarecido.

Los tres médicos que lo examinaron, de largas batas verdes y barbas renegridas, le dijeron que no podía vestirse todavía y se pararon al lado de la camilla formando un triángulo verde y silencioso, consultándose con la vista. La mujer, sin asustarse, esperó el diagnóstico de siempre, arrepentida de haber pasado por el hospital perdiendo un tiempo precioso, dentro de una hora cerrarían el mercado. Las tres barbas renegridas se movieron con el mismo ritmo siguiendo los movimientos exagerados de las bocas que corearon:

-Hay que operar urgentemente.

-Ibamos al mercado, estamos aquí de paso -dijo la mujer sin soltar el carrito-, no queda nada en la nevera, y hasta el lunes...

Plegó el carrito y lo apoyó con cuidado contra los azulejos tremendamente higiénicos. El marido se tendió otra vez y se quedó mirando

la pared con atención casi turística, con aires de estar por decir que para él tanto daba ir al mercado como al quirófano.

Lo raro de ese hombre, precisamente, era sobre todo cierta manera de mirar, de quedarse quieto en los rincones adoptando posiciones dudosamente zoológicas, muchas veces claramente vegetales. "Yo no sé qué le pasa a Juan últimamente, a veces parece una madera", llegó a pensar su mujer. Ahora sentía que esa situación de madera arrinconaba a Juan en sus posibilidades últimas. Estaba gastado, pero no por el tiempo. Más que gastarse como cualquier persona u objeto, su marido se había ido quedando por ahí, perdiendo partes, por olvido o debilidad, en tantos viajes y traslados forzosos, entre perplejidades y rutinas.

Por ahí iban sus pensamientos cuando una luz que se encendió en la pared le indicó que su marido acababa de salir del quirófano sin mayores problemas y entraba en la sala de recuperación. El otro enfermo, que esperaba su turno para ser operado (¿acaso de la misma dolencia?, pensó ella) asomó la cabeza entre las sábanas y mirando la luz y la cara de la mujer fija en el lugar donde había estado la cama en que se llevaron al marido, le dijo gesticulante:

-En esta sala nunca muere nadie, señora.

La mujer, sin responder, llevó su mirada al carrito de la compra, que le pareció un objeto remoto. El enfermo, deseoso de una respuesta, repitió que en esa sala nunca moría nadie. La mujer le dedicó un par de segundos desdeñosos, el hombre se sintió envuelto en la mirada de un pato.

La cama y Juan entraron sin solemnidades. La mujer tuvo la impresión de que su marido había sido notablemente empequeñecido, pero no pudo concentrarse inmediatamente en el análisis de esa novedad (ni mucho menos en la posibilidad de que se hubiesen equivocado de

enfermo) porque llamaron poderosamente su atención unos gallos y unas comadreas que, al abrirse la puerta para entrar al marido, vio pasearse con toda tranquilidad por el pasillo reluciente. Era increíble esta rareza en un hospital europeo, altamente imposible que hombres y bestias fuesen tratados en el mismo establecimiento, y absurdo que esos bichos fuesen pacientes en trance de recuperación. Le echó una ojeada al otro enfermo con ánimo de preguntarle algo sobre esas presencias, pero se desconsoló al verlo tapado hasta las orejas y recordar lo descortés que había sido con él. Entonces resolvió que lo de los gallos y las comadreas, si bien significaba algo muy inquietante, luego tendría su explicación. Y concentró su capacidad receptiva en el tamaño de su marido.

La reducción de su tamaño estaba clarísima. Aunque las vendas, como el envase de un regalo, permitiesen adivinar su contenido, su forma presentible y la permanencia de su marido en cuanto a calidad, la cantidad de Juan no era la misma. Por otra parte, aunque la forma persistiese bajo tanta venda deformante, las partes de Juan parecían desplazadas. Apoyó una oreja en lo que debía ser el pecho, pero el corazón parecía latir en otro lado. Cuando lo oyó respirar más o menos normalmente por algún pliegue de las vendas se animó a preguntar:

-¿Estás bien, querido?

Juan siguió callado dentro de sus vendas, pero esto no inquietó a la mujer, acostumbrada a sus silencios, a esas curvas en las que su marido se rezagaba, especies de sillas del tiempo donde se quedaba tranquilamente sentado sin ganas de seguir adelante. Su estilo de madera. Sus fallos de Juan, de un Juan que no quería llegar hasta el final y prefería quedarse sentado en una curva.

Pese a la certeza de la disminución producida, la mujer se puso

a medirlo con las manos, por cuartas. "No puede ser", decía apoyando el meñique y el pulgar sobre las vendas y viendo qué pronto se acababa Juan. El otro enfermo, viendo esos movimientos, sacó de las sábanas una mano velluda, con la que le arrojó una cinta métrica. Los médicos, que entraban cuando la mujer hacía su comprobación matemática, le dijeron rápidamente que era normal que estuviese un poco más pequeño. Y que era un abuso de su parte pretender que el paciente permaneciese igual al de antes tras semejante operación. La mujer tiró la cinta métrica sobre la cama del otro enfermo, que la hizo desaparecer entre sus vellos. Los hombres verdes desconectaron algunos tubos adheridos a las vendas, y sin ninguna delicadeza quitaron las de la cara ante los ojos enormes y excitados del otro enfermo, que ahora erguido en el lecho bailoteaba dentro de su camión. Uno de los médicos, advirtiendo ruidos molestos detrás de la puerta entreabierta, la cerró para evitar la indiscreción de un par de gallos y una comadreja, que atisbaban ansiosos. Los bichos, lejos de retirarse, se quedaron pegados contra la puerta, proyectando sus siluetas borrosas a través del cristal esmerilado.

La cabeza de Juan era casi la misma, en armonía con el nuevo tamaño del cuerpo, y miraba el techo con una especie de alegría secreta reservada para casos como ese, indiferente a las tendencias - a todas luces jibarescas- de sus médicos.

-¿Estás bien, querido?

-Mierda -dijo Juan con una voz ligeramente más aguda que antes.

Los médicos, acosados por las preguntas de la mujer, se hermetizaron detrás de sus barbas y se fueron diciendo que no podían afirmar ni negar nada hasta que no transcurriera el periodo post operatorio.

Esa misma noche Juan se puso a temblequear de golpe, se aflojaron las vendas, se desconectaron casi todos los frascos y tubitos,

y cuando por fin llegaron los médicos, todavía aturdidos por el sueño, ya había perdido el ombligo, partes del sexo, los dientes, la nariz, algunas glándulas y el cuello. Le quedaba intacto el culo y algunas pocas cosas más. Lo llevaron urgentemente al quirófano. Hubo un alarmista revuelo de gallos -y de otros animales no muy bien identificados- en los largos pasillos del hospital, pese al deseo de todos de evitar escenas desagradables.

Cuando lo trajeron, esta vez sin cama, al filo del amanecer, no hubo lágrimas, ni estímulos, ni dudas. Hubo discusiones. Ella, según los médicos, no se ponía a la altura de los acontecimientos, exigiendo que le devolviesen al marido tal como había ingresado. Esto era clínicamente imposible. Defendían su intervención insistiendo en que habían evitado una muerte segura y le devolvían en cambio un ser perfectamente vivo. Transformado, eso era verdad, pero vivo, señora. La ciencia había hecho todo lo que estaba a su alcance y lo demás lo diría Dios.

Ella se negaba a aceptar la jaula que los médicos le ofrecían generosamente, rematada en la cúspide por una vistosa argollita de madera que facilitaba su transporte y permitía además colgarla de cualquier clavito. El bebedero era involcable y los barrotes estaban pintados con un color tranquilizante. Tras una breve persecución por la sala, en la que la mujer retrocedía ante una jaula que se bamboleaba con notorio peligro para los posibles nervios de Juan, la recibió con esperanza desencantada.

-Ni siquiera sé qué debo pensar sobre esto -dijo entre sollozos mirando al Juan que sin ningún asombro la observaba desde la jaula.

-Por ahora será mejor no preguntarse de qué se trata. Todos los seres vivientes tienen el mismo derecho a la vida. Con el tiempo, usted misma podrá elegir la denominación que más le convenga.

-Puede pensar que es un pájaro -la consoló el otro enfermo, aunque lo único de pájaro que tenía por ahora Juan era la jaula.

La colgó del manubrio del carrito y salió de la habitación sin despedirse del otro enfermo, que saludándola mantuvo en alto la mano velluda, hasta que la perdió de vista. Iba por el largo pasillo tratando de encontrarle un lado positivo al evento, consolándose ante la posibilidad de que, con esta nueva situación, por lo menos el engorroso problema del exilio pasaría a un segundo plano.

Y según avanzaba, gallos y comadreas, amén de otras formas indeterminadas, salían de las salas laterales y sin ánimos de molestar ni de alarmar a nadie se acercaban respetuosos a la mujer, le cedían el paso, la saludaban con aparatosas reverencias.

TIERMUSIK

Su presencia dentro de la guitarra no me provocó ni sorpresa ni asombro. Quizá un poco de miedo, que no partía estrictamente de mí; es probable que emanase del propio animal y se mezclara ^{con el} al mío. Creo que en ese momento, en vez de analizar conscientemente lo que pasaba, pensé en esos bichos que te orinan cuando tienen miedo; ~~y así~~ la posible novedad de su existencia dentro del instrumento se perdió en una distracción.

Cada vez que me he preguntado por qué acepté tan fácilmente la inserción de ese animal en mi vida particular, las respuestas posibles decían por una parte que el animalito pasó por gravitación natural y sin ninguna clase de violencias a formar parte de mi vida personal, a integrar ese conjunto de cosas casi no sentidas por estar demasiado próximas, que constituyen esa especie de refugio del mundo externo que es cada uno; por la otra, que el bicho significaba una nueva violencia, un sometimiento más, otro paso hacia la pérdida de una libertad cada vez más difícil de mantener. Y con la polarización de las respuestas el ~~asunto~~ se me fue de las manos.

El hecho de que mi guitarra se convirtiera en su madriguera habitual no alteró la práctica rutinaria de las escalas diarias. El ruido reptante de sus patas en el interior del instrumento no era más molesto que el de mis dedos al deslizarse sobre el entorchado de las cuerdas. Incluso, ambos ruidos se parecían hasta confundirse en uno solo. Esa mezcla era la forma que tomaba mi aceptación obligada de casi todos los hechos, que apenas comprendía. Para lo

que me tocaba vivir, para lo que sucedía entonces, un animal de su naturaleza no era nada insólito. Lo verdaderamente insólito era entonces la realidad cotidiana.

Se trata de un pequeño reptil que no se parece a ninguno de los conocidos, quizá producto del microclima de esta región aislada en un país inabarcable. Los individuos de su especie son escasos y se distinguen por su afición a la música. Esta, o lo que pueden captar de ella, los atrae de la misma forma que la luz a ciertos insectos. Se acercan al sonido dando muchos rodeos y luego, desde una distancia cuidadosamente elegida, idéntica para todo individuo, escuchan concentrados, dejando que la música los penetre hasta la última de sus vísceras. Pero no creo que sean verdaderamente sensibles a la música, al menos en el sentido que nosotros entendemos por sensibilidad musical. Pienso que acaso la transformen, mediante alguna glándula, en impulsos o energía, en representaciones plásticas, en visiones que van más allá de sus sentidos, en algún atributo de sus memorias zoológicas, en multiplicación del tiempo, vaya uno a saberlo. O quizá la música sea para ellos simplemente fuego, especie de fogata, son muy sensibles al frío. Es como si oyeran con la piel, nunca pude ubicar sus oídos. La distancia que los separa de la fuente sonora es siempre la misma. En las noches en que el reflejo lunar permite percibirlos con claridad es posible comprobar que todos ellos equidistan del instrumento (muchas veces he tocado para ellos) como los puntos de una circunferencia de su centro. Y nunca vi que ninguno alterara esa distancia, salvo, claro está, el que resolvió irse a vivir en mi guitarra.

La importancia del acto de ese ejemplar rebelde está dada por el hecho de que no pueden vivir sin libertad. Cuando se los captura mueren inmediatamente, y si alguien intenta manosearlos se

deshacen y desaparecen. Aunque vivientes, hay algo en ellos (al menos en el que habitaba mi guitarra) que participa de la condición de lo que entendemos por objetos o cosas. Cuando salía de la guitarra, por motivos que ignoro, se pasaba semanas enteras inmóvil en un estante de la biblioteca, o en el suelo al lado del atril, convertido de hecho, por su posición y actitud, en una pieza de cerámica o talla de madera. Esto me llevaba a pensar que su naturaleza era provisional, que andaban transitoriamente por el mundo (y la vida) y acabarían algún día convertidos en puro sonido.

Ni siquiera se los puede nombrar dignamente, no han merecido, pese a su persistencia que supongo milenaria, la convención de una palabra. Fue inútil consultar las zoonimias regionales, no hay noticias de ellos. En español al menos, no tienen palabra. Usando sobrevivencias lingüísticas indígenas que muy pocos conocen, algunos los llaman algo así como Mientras, otros Alrededor, alguna vez Peligro o Daño. Aproximadamente, claro, los términos son intraducibles. Mi madre, que es extranjera, inventó la palabra Tiermusik para el ejemplar nuestro, pero años después, cuando el animal ya no existía, y nosotros en cierto modo tampoco, al menos dignamente. Tiermusik, según mi madre, era una palabra demasiado hermosa para lo que ella consideraba una basura biológica.

La nueva situación debió ser más difícil para él que para mí. Toda adaptación supone cambios dolorosos, y para un animal que afronta la realidad seguramente sin defensas mentales, el padecimiento es puramente visceral, digamos que está a solas con su herida. No puede pensarlo ni expresarlo, está el dolor pero no la palabra para decirlo o gritarlo. Su salto cualitativo al interior del instrumento debió suponer para él la certeza o seguridad de alimento musical permanente. Pero, desgraciadamente para él, vivir dentro de

una guitarra no significaba necesariamente música: se necesitaba alguien que la ejecutara. Y este hecho, absolutamente imposible de ser intuído o percibido por él, era su verdadera realidad. El esperaba el sonido como Único resultado posible y Única justificación del salto que había dado, pero existía la posibilidad de que el sonido no llegara nunca si yo dejaba de tocar para siempre por algún motivo posible ajeno a sus sentidos. Y aun sin llegar a esa situación extrema, seguramente sus esperas eran terribles, nadie sabe cómo miden ellos el tiempo, imposible saber qué eternidad podía abrirse para el animal en un simple silencio de corchea por ejemplo. Y si la espera de sonidos se medía por ansias o padecimientos, entonces su tiempo, en el que de alguna manera me complicaba o incluía, estaba lleno de muertes y resurrecciones sucesivas, de eternidades paralelas, de mutaciones y postergaciones y otros inútiles horrores que me transfería con sus caídas al fondo del instrumento cuando lo alzaba para tocar, o sus salidas bruscas, en los inacabables silencios de redonda o notas muy agudas que no podía tolerar, lastimándose la piel entre las cuerdas y la madera para ir a refugiarse en un estante de la biblioteca, desde donde me miraba asustado con sus ojos de carbón contagiándome su angustia.

Mi mano estaba acostumbrada a su peso; aunque no lo oyese resbalar hacia el fondo de la caja sabía, por el peso del instrumento, si estaba adentro o había salido. Aunque faltase horas (generalmente por las siestas, él sabía que a esas horas yo nunca tocaba), siempre volvía por la noche, especialmente en invierno. Cuando no estaba, yo aprovechaba para practicar las escalas muy agudas. Estando él, las evitaba cuidadosamente, y así la convivencia era perfecta. El hecho de salir y volver demostraba que su salto no había sido puramente casual o mecánico. De haber sido así, todos los Tier-

musik de la región se hubieran metido en mi guitarra. Fue un deseo, un ansia particular de individuo lo que lo llevó al padecimiento que ahora compartíamos. Yo no sabía concretamente qué buscaba él dentro de mi guitarra ni si lo había logrado o no. Tampoco tenía claro qué significaba para mí, si era un intruso en mi vida o ya parte de ella. Lo que sí sabía era que el mundo estaba lleno de espantos por un lado y de amor por el otro, y que esto no era ni lo uno ni lo otro, porque además nosotros en este pueblo no vivimos: nos bamboleamos sin comprender. Seguro que lo mismo le pasaba a él cuando intentaba mirarme desde su opacidad en los estantes de la biblioteca, escudriñándome, buscando una inútil o inexistente conexión entre mi pobre forma externa y el sonido, que era lo que él buscaba. Me miraba como a un árbol, sin poder captar su composición de ramas y de hojas. Yo era como un paisaje para él, y como todos los paisajes, sin sentido, porque están definitivamente fuera de nosotros. Y nos bamboleábamos juntos.

Mi madre no soportaba ^{su} la presencia del Tiermusik. Entre miedos e histerias, decía que nos perseguirían por eso, que a nosotros sin duda nos castigarían severamente pero que a ella, por se extranjera, en menos de una semana la pondrían en la frontera y se vería obligada a transitar un camino que la llevaría directamente al corazón de sus verdugos (son palabras de ella), unos seres para nosotros ya desvanecidos en la leyenda pero que para ella eran muy reales y seguían atormentándola entre años y distancias. Nunca supe por qué mi madre vino a vivir a este país y a este pueblo, ni por qué huyó del suyo, como tampoco sé de dónde es. En general sé muy poco del mundo: tengo bastante con mi Tiermusik.

La última vez que toqué en público fue una tortura para ella. El animal se las arregló para aguantar todo el concierto, pese a las

notas agudísimas de algunas de las partituras ejecutadas, ante las que mi madre se desesperada pensando en el espectáculo que nos podía dar el bicho saliendo del interior de la guitarra en pleno concierto. Cuando terminé y me paré para saludar, con la guitarra colgando de una mano, se oyó claramente el ruido de las patas del Tiermusik rodando al fondo de la caja sonora. Encendieron las luces de la sala y lo único que pude ver del público fue la cara de mi madre como si fuera enorme, el miedo que se la recorría alterando sus colores hasta hacerlos desaparecer en un espasmo blanco de escarcha que se rompe, que era el color que yo imaginaba cuando ella hablaba del corazón de sus verdugos. No sé si el resto del público advirtió la presencia del animal, pero estoy seguro de que a esa altura de los acontecimientos todo el pueblo sabía de la existencia en mi guitarra de ese animal prohibido, y lo callaban generosamente para que no llegara a los oídos de los jefes que disponían de nuestras vidas y por mucho menos que eso podían mandarnos al destierro. El miedo de mi madre ni terminó en su cara ni se perdió en el aire: se pasó a mí y se me metió en la sangre. Yo saludaba agradeciendo los aplausos sintiendo el miedo que tenía mi sangre, no yo, de que el animal saliese asustado, la piel reventada por las vibraciones altas, se dirigiera hacia el público, atacara a las autoridades, mordiera las piernas de sus esposas y el concierto acabase en un desastre. Pero el maravilloso Tiermusik, guiado por su propio miedo, se mantuvo muy quieto en el fondo de la caja, incluso cuando uno de los jefes principales se acercó para felicitarme y se interesó por el luthier que había construido mi guitarra examinándola por dentro, mientras mi madre, protegida por mi padre, se refugiaba en un rincón poco iluminado y se tomaba la cabeza en actitud de sacrificios extremos diciendo que esa sala estaba llena de verdu-

gos y torturadores, que la superstición de los nativos (aquí quedan muchos indios todavía, lo único rescatable de este pueblo) la condenaría finalmente, que volvería a su tierra para que la matasen de una vez por todas.

En casa todos tocan algún instrumento de arco. Mamá trajo de Europa un baúl lleno de partituras que me sé de memoria, que hemos divulgado en las demás aldeas aliviando de algún modo la vida miserable de los nativos, que son músicos por naturaleza aunque no posean instrumentos. Durante más de veinte años mamá les enseñó a cantar, convirtiéndolos a ellos mismos en instrumentos musicales. Son los que siempre me alentaron, los únicos que hallaban natural que yo tuviese un Tiermusik dentro de mi guitarra. Una vez por año, para el aniversario de la fundación del pueblo, damos un concierto público, en la sala municipal de actos oficiales. Es cuando mamá me deja actuar como solista, olvidando su desprecio por los instrumentos de cuerda pulsada, que para ella es como si no existieran. Y es también cuando alguna gente se me acerca y me pregunta qué hago en ese pueblo, por qué no salgo de una vez y me voy a recorrer el mundo y a llenarlo con mi música. La idea de salir de aquí y el recuerdo de mi Tiermusik, que un día tuve que llorar cuando me lo envenenaron, son las únicas cosas que me permiten soportar la realidad que me rodea.

Mientras tanto el mundo circundante cambia rápidamente, siempre para mal, con ritmos que anulan la delectación morosa del tiempo, nuestro único refugio. No salgo a ninguna parte para evitar que ciertos individuos se retiren de la reunión cuando me ven aparecer. Además me cuesta mucho seguir una conversación cualquiera. Si me siento obligado a decir algo, a sustituir con palabras inútiles este silencio que es mi sobrevivencia, digo cosas que pare-

cen incomprensibles y en general no sé nada de nada. La gente acepta con gestos compasivos las barbaridades que digo. Entonces procuro que mis palabras sean congruentes con el tema de la conversación, que se relacionen sin retorcimientos con la realidad de que se trata, haciendo un tremendo esfuerzo dialéctico, pero yo sólo sé expresarme con sonidos, y mientras hablo advierto que lo que digo tiene intenciones que ni yo mismo conozco cabalmente. Y es porque no puedo entender lo que sucede. Todo esto me ha impedido luchar, amar, desear y demás actos pertenecientes a la normalidad. Sólo he podido sobrevivir, o bambolearme, que viene a ser lo mismo, y me siento sobrante en toda circunstancia. A veces envidio al Tiermusik. El finalmente encontró una forma de libertad en mi guitarra, se animó a dar el salto. Para nosotros, en cambio, la libertad es algo que se parece cada vez más a la palabra nunca.

Estos animalitos, por lo que he visto, tienen posibilidades de saltar sobre sus propios sentidos, que es la condición indispensable para poder cambiar el sentido del mundo. Nosotros no podemos hacerlo por una razón muy simple: estamos al final de la aventura. Yo supe siempre, aun antes de la aparición del Tiermusik, que todo esto estaba bloqueado. Las cosas que suceden, al menos desde que tengo memoria, permiten pensar con fundamento que la libertad es imposible y que todo intento de salida aniquila. Por eso protegí a mi Tiermusik, para que no le pasara lo mismo, aunque fuese, como decía mi madre, una basura biológica. Basuras, limbos, arrabales, indígenas maltratados hasta el espanto: quizá sea lo único que se salve, cuando todo esto se destruya.

Después del último concierto pasaron cosas muy violentas que aumentaron los celos de mi madre, a la que se le volvió a dibujar en la cara, según mi padre, la misma expresión de recordar desgra-

cias que traía cuando llegó de Europa con su baúl de música. La música, oficialmente, pasó a ser una actividad sospechosa. Mamá hizo construir unas tapias altísimas para aislar nuestra casa del resto del pueblo. Mi habitación se convirtió en un suburbio donde apenas llegan, deformados, los ruidos exteriores. Como estar viviendo en el interior de un instrumento, igual que el Tiermusik. Desde entonces, las pocas veces que hacemos música, en secreto y con sordina, mamá cierra cuidadosamente cualquier abertura por donde el sonido pudiera escapar hacia afuera.

Cuando salgo a dar un paseo, las pocas personas que al verme no se pasan a la vereda de enfrente para esquivarme, me recomiendan tener mucho cuidado. Me dicen que como nunca salgo hay cosas que desconozco que pueden resultar peligrosas. Usar guantes, por ejemplo, puede ser motivo de sospecha. Hay torturas, desaparecidos, situaciones terribles que es mejor ni nombrar siquiera. Las noches han dejado de ser silenciosas para siempre, están llenas de ruidos y de gritos que no alcanzo a percibir debido a la altura de las tapias. Y que es como si todo estuviese acabando, sin esperanza de nada.

Pese a todo, yo mantengo una; dolorosa, porque la sé inútil de antemano. La esperanza de salir. Si pudiera, saldría de este pueblo, huiría hacia mi tierra natal, por ejemplo. Pero hay una dificultad insuperable: esta es mi tierra natal. ¿Adónde huir entonces?

A veces, evitando con deseos poderosos todo lo que me constituye, olvidado de mí como persona, consigo colocarme en situación de Tiermusik. Me meto dentro de él, trato de ser él, procuro dar el salto que me salve de la basura biológica que soy. Y en esos momentos excepcionales es posible intuir un lugar adonde huir, una especie de nueva tierra natal.

No sé como es, no puedo imaginarlo y lo más probable es que ese lugar no exista en ninguna parte. Sin embargo hay veces, cuando consigo ser enteramente un Tiermusik, en que entornando mis ojos de carbón consigo divisarlo, atisbar alguno de sus contornos milagrosos.

EN LA ATMOSFERA

La vida es el susto de un sueño.

Macedonio Fernández

Y ahí te dejan, dando vueltas en el jardín amurallado. Y cuidado con salir, los ríos serranos en verano son tremendos. Además del peligro permanente de ahogarse están las crecientes imprevistas. Uno apenas ha dejado de oír la trepidación que deja en la tierra la cabalgata que se va, y ya está solo dando vueltas por senderos que siempre terminan contra las paredes blancas. Así la familia puede veranear tranquila, no hay peligro de que los chicos se ahoguen en el río. Pero antes de irse han hablado con la vecina para que te vigile de vez en cuando. Entonces viene la Tula. Ella te cuida y es más cierta que todo. La Tula produce placer y alegría. En realidad se trata de un permiso especial para jugar con ella. Es el premio si uno no se escapa. Y detrás de ella llegan otras formas vivientes; todos amurallados bajo nubes y lloviznas. Maqueta, utilería, puro cartón pintado. La obra ha comenzado, mejor dicho está por terminar, y ya nadie puede modificar el argumento. Estamos en la atmósfera, que obliga a existir o a resistir a plantas y animales.

Ellos son las caras extrañas que aparecen cuando se va la cabalgata, los maestros desconocidos que a su capricho te harán un hombre, es decir, un adulto, esa fijación compulsiva, ese tomar

la vida a la tremenda, por qué no poder quedarse en los diez años o en el sueño por ejemplo. Y antes de que uno pueda presentir esa posibilidad aparecen la Tula el señor Palcos la Tununa el señor Hidalgo las Pecosas y Gretchen, cada uno con su cara para siempre, los choncacos que se pegan en las piernas cuando uno cruza el río, o uno se pega a ellos, quién lo sabe. Cualquier cosa es posible cuando se han ido todos en una cabalgata y te han dejado solo en una casa grande, todo es posible a la hora de la siesta solo con Tula en una casa sola.

Ellos estaban ahí cuando uno iba entrando como podía en esa epifanía delirante que Tununa llamaba la vida. No sé si debo decir delirante así, tan a la ligera, pero es algo como eso. Lo que pasa es que hoy me levanté con ideas turbias, llueve en Madrid como en un tango, por la ventana de esta bohardilla se cuelan las gotas como gatos friolentos, y hurgando hurgando me doy cuenta de que me he traído a Madrid a todos ellos.

Hay demasiado choncaco en los ríos de la Córdoba de allá. Si uno al cruzarlo se demora más de lo debido se pegan en las piernas. No duelen; tienen una baba que adormece la piel, y cuando uno llega a la otra orilla se da cuenta pero tarde, ya están metidos en la carne. Y es difícil sacarlos; se rompen, siempre queda una mitad adentro. Hurgando hurgando los encuentro en Madrid, absurdos como la mayoría de los objetos que trajimos de allá, inútiles aquí. Absurdos como la palabra choncaco, que suena como a destiempo.

Ellos estaban ahí, definitivos y puntuales, cuando se fue la cabalgata y empezó todo esto. A ver entonces si recordando la entrada uno puede entender algo de algo en el parque cerrado, lo absurdo de un jardín amurallado y las lejanas cabalgatas y el río donde es posible ahogarse. Jugando con la Tula uno se distrae

aunque las murallas no se muevan. Cosa importante entonces poder comprender algo de todo este barullo en medio de un estruendo. Después de todo es razonable que estén aquí conmigo: Madrid bajo la lluvia se parece a un jardín amurallado. Alguien habló con la vecina y entonces la Tula apareció otra vez con todos los demás, la familia puede veranear tranquila, no hay peligro de que los chicos se ahoguen en el río.

La entrada en la atmósfera es cruzar cada día un puente de madera sobre un río espasmódico inventado por las crecientes, irse por la calle de tierra y al final encontrarse con Tununa. Muchacho, hay que ganarse la vida. Tus obligaciones son limpiar barrer matar las moscas y armar cajas de cartón en ese sótano para guardar los frascos de dulces y jaleas porque así es la vida, dijo Tununa todo de corrido en medio del salón de ventas. Néctares y dulces de todo tipo para los miles de turistas que venían de Buenos Aires todos los veranos, alquilaban caballos y compraban dulces y alfajores regionales para enviar por correo a la metrópoli. Y al año siguiente uno iba cruzando el mismo puente pero ya no había río, cambiaba de curso con las crecientes y luego quedaban los puentes solitarios que la gente seguía usando por costumbre, hasta que, podridos, se caían.

En ese lugar había dos posibilidades de estar vivo: fabricar dulces o tener muchos caballos para alquilar a los turistas que inventaron ese pueblo. Lo inventaban para el verano y se iban cuando llegaban los primeros fríos. Nosotros no teníamos fábricas de dulces ni caballos, pero podíamos vivir cerca o alrededor de esas cosas levantando cosechas o matando moscas. Las Pecosas envolvían frascos en el mostrador, ponían los alfajores en las cajas de cartón que yo armaba en el sótano, suspiraban cuando el cliente era el actor Roberto Airaldi. Yo le llevaba los paquetes

al coche, tomá pibe la propina. Ay, me duele el corazón, en letra de vals decían las Pecosas, y Tununa se reía; para ella Roberto Airaldi era un cliente como cualquier otro. Claro, ella tenía al señor Palcos, que los sábados venía de Córdoba y la amaba. Las Pecosas no tenían nada, iban solas al cine y leían revistas del corazón.

Cada invierno los porteños se iban como para siempre, el río cambiaba de curso y entonces los puentes para qué. Enseguida empezaba a nevar y los albañiles a salir de sus chozas. Apilaban ladrillos bajo la nieve, construían más hoteles para más turistas y nuevos puentes sobre el río arisco. Nieva sobre los albañiles y los altavoces en lo alto de los postes de la luz, como nidos de pájaros extraños, donde los tangos hablan de la vida. Apenas aparece la nieve, Tununa se planta en medio del negocio y nos llama a todos. Gretchen sale de la Caja, las Pecosas de detrás del mostrador, yo que vengo del sótano. Mis queridos, dice Tununa con esa voz que tiene los sábados que no viene el señor Palcos, mis queridos, ya sabemos lo que pasa cuando llega el invierno: o aceptamos trabajar por medio sueldo o todos a la calle, son órdenes del señor Hidalgo créanme, en este pueblo el turismo de invierno es casi nulo. Entonces todo el invierno para limpiar lo limpio, matar moscas inexistentes, mover los frascos, llevarlos a otra vitrina y después a ponerlos otra vez donde estaban antes; Gretchen desde la Caja mirando hacia afuera, viendo nevar o llover inconciente de su hermosura, las Pecosas en su mostrador envasando caramelos, Tununa en su habitación haciéndose los rulos para el sábado que pertenece enteramente al señor Palcos. De vez en cuando aparece la Tula, sacude su cabello como si estuviese mojado, compra un frasco de guindas en almíbar, ondula cuando sale. Uno no sabía nada, iba como en un vuelo y de pronto se daba

con un puente sin río, todo oscuro, tocaba tierra rozando el cuerpo de la Tula y la voz que tenía Tununa cuando el señor Palcos no llegaba y ya era domingo y nunca más, así es la vida decía entonces Tununa desvestiéndose para dormir sola, quitándose el vestido lleno de flores y de avispas.

Pero yo acabo de llegar, estoy cruzando el puente que me lleva hacia la calle de tierra, hacia el salón de ventas, hacia el sótano, hacia Roberto Airaldi y los albañiles y la Tula que ondula ante mis ojos sacudiendo su pelo ligeramente humedecido. Estoy cruzando el puente, entrando en el pueblo, recién llego, estoy entrando solo, nadie me recibe, me dejan solo en el puente en el sótano en la vidriera, a matar moscas, que no toquen los dulces, ya aprenderás y sabrás lo que es la vida, los tangos en los altavoces hablan de la vida mientras toco tierra sobre el puente. El pueblo es un gran jardín amurallado, hay que limpiar matar las moscas, en una de esas la Tula puede ser tu recompensa dice Tununa pintándose los labios, la estás mirando pobrecito, a lo mejor ella también te mira alguna vez, te cuida en el jardín amurallado mientras vuelve la cabalgata, si vuelve. Entonces no hay ningún peligro de que te ahogues en el río, ella tratará de convencerte de que al fin y al cabo no es tan absurdo estar en el jardín cerrado, pobrecito mi querido.

Desde el Madrid amurallado oigo que se va la cabalgata. Dentro de mi valija el señor Hidalgo llega una vez por semana en coches largos inspeccionando, cuenta los frascos de dulce a ver si falta alguno, las tortas deslumbrantes y uno por uno los caramelos el señor Hidalgo, su prolija cabeza peinada a la gomina, un Gardel sin sonrisa y con bigotitos hieráticos está contando los alfajores y me mira acusador, aquí está faltando un alfajor de dulce de leche dice el señor Hidalgo. Cuando él llega yo tengo que salir

corriendo para el sótano y armar cajas de cartón a gran velocidad. Todo en su sitio para no encolerizar al señor Hidalgo que hacía temblar a las vendedoras en los mostradores. Las Pecosas nunca lo miraron a los ojos. Bajaban la cabeza nerviosas, envolvían rápidamente los paquetes demostrando eficiencia, se enredaban los dedos en los hilos, movían los labios como rezando un padrenuestro. Tununa en cambio tan segura le entregaba los papeles y el dinero, y él tan contento y bien peinado, salvo aquella vez que se despeinó en el sótano y gritaba desesperado pidiendo un peine dando gritos y dentelladas feroces. Yo salgo corriendo al quiosco de la esquina a comprarle un peine, Tununa se lo entrega y él se peina y después sale impecable, otra vez lamido, la cara colorada de rabia, y hace arrancar su coche, se va por la calle de tierra levantando polvo. En la valija estaba despeinado, le caían las clinas en la frente. De tanto mover las valijas en Ezeiza y después en Barajas se había despeinado el señor Hidalgo. En cambio el señor Palcos estaba dignísimo con sus dedos repletos de anillos y sus prendedores de corbata con diamantes o algo muy parecido, el cuello duro casi palomita, sus inextinguibles perfumes. Entonces vuelco el contenido de la valija y con los cepillos de dientes, los papeles inútiles, escondidos entre ellos caen amojosados los albañiles construyendo los puentes los hoteles bajo la nevisca, caen los altavoces con sus tangos y sus besos, veo la montaña al final de la avenida principal y los turistas que huyen a caballo, el rumor del río olvidando puentes, se pudren las maderas de los puentes que crujen y caen para siempre mientras los albañiles salen de sus chozas con sus boinas negras manos ásperas se cubren de nieve, Roberto Airaldi me sonríe desde la etiqueta de un frasco de dulce, porque así estaban las cosas el día que llegué a este mundo o a esta vida como diría Tununa, tangos en

los altavoces y cabello ondulante de la Tula, en los montes piquillín chañar y peperina son aromas que se mezclan con los perfumes del señor Palcos, que perduran pese al cruce del océano.

El señor Hidalgo

Las primeras experiencias parecen un examen, pero más bien están pensadas para matarte en busca del más apto. Si uno logra salvarse ha aprobado el examen y puede quedarse en el jardín absurdo. Yo venía de un presentimiento que me permitía la posesión rápida de todo, uno puede tener cualquier cosa cuando la convierte en sueño. Pero la Tula y todo lo demás eran demasiado reales, inmodificables. En la atmósfera el sueño no existía, simplemente había que estar en ella: en el sótano armando cajas o matando moscas en la vidriera. Arriba las vendedoras miran la llovizna y suspiran leyendo revistas de amor donde cenicientas olvidadas tienen su sueño de una sola noche con un príncipe que se las lleva a su tierra a su delicia, aunque Roberto Airaldi apenas mire a las Pecosas, apenas diga gracias mostrando dientes de oro cuando ellas le entregan los paquetes cuidadosamente envueltos, él se marcha a Buenos Aires a Paris a Rotterdam y no regresará hasta el próximo verano. Las vendedoras mientras tanto apoyadas en el mostrador íntegramente de cristal miran caer la lluvia sobre albañiles friolentos que regresan a sus chozas alumbradas con velas. En la Caja está la rusa o la polaca o algo parecido: Gretchen. Ella no puede pronunciar las eres, usa vestidos ajustados, no oculta su cuerpo como las Pecosas. Gretchen no suspira ni lee revistas de besos. Para ella Roberto Airaldi es como cualquier negrito del pueblo, sólo que bien trajeado.

Al parecer nadie puede aquí hacer inmediatamente lo que quiere. Ni siquiera el señor Hidalgo. El señor Hidalgo peinado a la gomina

entra enérgicamente por la puerta principal. Hemos oído antes el ruido de su coche, así que estamos todos en posición correcta, cada uno en su sitio. Las Pecosas han tenido tiempo de sacar cisnes de sus cajitas redondas y se empolvan más la cara, hay pecas que desaparecen como hundiéndose en el agua; yo corro a buscar el matamoscas y me instalo en la vidriera, doy un golpe contra el cristal casi inexistente de tan limpio cuando me mira el señor Hidalgo, como si hubiera allí una enorme mosca que maté el año pasado; las Pecosas esconden bajo un rincón del mostrador revistas y suspiros; Gretchen recuenta el dinero de la Caja, Tununa en su escritorio está sacando cuentas seguramente ya resueltas. Y todo es absurdo como matar una mosca inexistente. A lo mejor me equivoqué de pueblo, o de personas, indudablemente todo esto está pasando en otro lugar. El señor Hidalgo saluda solamente a la señora Tununa y enseguida se pone a contar postres, dulces y alfajores. Después mira los papeles abiertos sobre el escritorio, intercambia palabras que no alcanzan a ser nada, ruido solamente. Si falta algo gira su enorme cabeza de huevo de Pascuas y me clava unos ojos directamente asesinos, me obliga a pensar que si lo que Tununa llama la vida es como él, la cosa pinta mal y ya sabemos que no es sueño; la cara del señor Hidalgo es un huevo caliente mirándome, fijándome contra la vidriera, y yo con la palmeta quieta en una mano sin saber qué hacer y sin tener ni moscas ni palabras.

Menos mal que cuando acaba la inspección se dulcifica el huevo: clara batida con azúcar a punto nieve es la cara del señor Hidalgo para mirar a Gretchen. La voz que usa para dirigirse a ella es más dulce que sus dulces, empalagoso almíbar, papel untado pegamoscas su voz de caramelo. Y Gretchen siempre retrocediendo, esquivando sus caricias, pero él dispone de varias manos para tocar a Gretchen en tantas partes, quitarle pelusitas del pulóver y migui-

tas del pelo, la sigue la arrinconada cerca de las columnas. Si yo estoy ahí me hace una seña, me clava sus faroles. Y, si no entiendo la seña, "al sótano" me dice el huevo y yo salgo corriendo escaleras abajo con el matamoscas en la mano. Pero, si arrinconando o empujando a Gretchen baja los escalones y se la lleva para el sótano y yo estoy allí, el señor Hidalgo gira su huevo su cabeza de retrato oval y me dice "arriba" y yo salgo corriendo, corriendo para arriba con la caja de cartón a medio armar entre las manos. Yo no debo estar nunca demasiado cerca del señor Hidalgo. Apenas me ve y comprueba que mi presencia coincide con la planilla de asistencia tengo que desaparecer, cuando él llega y ya me ha mirado ya se sabe que tengo que irme al sótano. No, yo no he robado ningún postre, no me comí ningún alfajor, pero el señor Hidalgo lleva mucho tiempo en este pueblo en este mundo, es grande es hombre y sabe cosas que yo ignoro. A lo mejor no tengo que estar aquí, vine en lugar de otro, me adelanté en la cola o algo así, he llegado a destiempo, porque si no el señor Hidalgo no existiría. Si hubiera hecho el viaje en el turno correspondiente me habría encontrado con otros seres, míos, mis hermanos. Por eso pensaba siempre, en el sótano, que el señor Hidalgo y todo lo demás pertenecían a otro. Al otro todo esto le hubiera parecido normal. Pero no a mí. Es muy duro el examen. Si fuera un sueño, lo abandonaba. Pero el sueño se acabó cuando se fue la cabalgata, y esto es muy distinto. No sólo no ^epuede modificarse: tampoco se lo puede abandonar, porque te matan, te suplantán por otro, y aun así no te abandonan como te abandona un sueño. Están ahí siempre para ver si uno aguanta. Y entonces empiezo a desear con mucha fuerza a ser el señor Palcos que llega desde Córdoba y se posesiona directamente de Tununa, la autoridad más importante del establecimiento en ausencia del señor Hidalgo. En eso me faltan fuerzas, se me doblan las pier-

nas. Ya sé que no se puede abandonar, pero mejor me caigo muerto, así puede venir el otro, él encontrará familiar la cara de huevo del señor Hidalgo. El señor Hidalgo incluso le ofrecerá sus postres y sus dulces." "¿Por qué no comes cuando lo deseas? Me ofende que no toques mis alfajores y mis dulces". Me caigo muerto y se acabó. Y el señor Hidalgo me remata con la palmeta matamoscas. Nos equivocamos de chico, dice el señor Hidalgo y ordena que me barran y lleven la basura al sótano. Pero gracias a Dios aparece Gretchen y me salva. Gracias a ella y con lo justo puedo aprobar el examen y quedarme. De otra manera sería otro el que estuviera tratando de contar esta historia. Otro, el verdadero. No yo.

Me salva Gretchen en el día más intolerable del señor Hidalgo. El me ha borrado con su mirada y salgo para el sótano. Menos mal, porque ya no podía aguantar la dureza y el brillo de su pelo. Más que un peinado era una condecoración, un yelmo negro que brillaba deteniendo al sol, ni siquiera aire había alrededor de su peindo^a sin fronteras. Ese día el señor Hidalgo dueño de caballos, dulces y albañiles y de los sueños de las Pecosas, tenía más manos que otras veces. Detrás de cajas armadas y apiladas en los rincones del salón de ventas, sus manos buscaban migas y pelusas en la ropa de Gretchen. El salón no le alcanza y se van para el sótano. "Arriba", dice el huevo y yo corro hacia el salón con mi matamoscas. Ya han terminado de bajar los escalones y en el sótano ella no podrá escapar, no hay rincones ni nada, por el tragaluz podría pasar una persona pero la escalera está en otra parte pobre Gretchen. "Por favor", llega desde abajo su voz sin eres y algo muy duro que dice el señor Hidalgo pero que no entiendo. Me da miedo, mejor me caigo muerto aquí mismo y que me busquen a ver si pueden encontrarme. Era la pregunta más difícil del examen y yo no tenía la respuesta, no tenía ni siquiera una palabra, ni siquiera podía

decir no sé. Entonces oigo el tremendo plaf, la cachetada. Corro para ayudar a Gretchen buscando una palabra que la salve, pero ella ya viene subiendo los escalones salvándome del señor Hidalgo. Alcanzo a ver una cosa al final de la escalera: la mitad de la cara de huevo del señor Hidalgo está roja por la cachetada y todo él es un desastre que se envuelve en sí mismo para no terminar, todo él un montón de pelos negros que se orientan hacia cualquier parte, un montón de ramas con espinas, un montón de yuyos secos y de bosta la cabeza del señor Hidalgo. Él ve que lo estoy mirando, y entre sus pelos casi muertos veo fulgurar sus ojos, veo abrirse su boca que me grita, ¡un peine! ¡un peine hijos de puta! dice entre los pelos derrumbados la boca del señor Hidalgo. Entonces me veo correr como un loco al quiosco de la esquina. ¡Un peine!, digo agitadísimo como si estuviera en la farmacia pidiendo un medicamento para alguien que se muere del corazón. La vieja del quiosco está contando una docena de botones para un cliente que espera, hablan tranquilamente de los turistas de ese año. Un peine por amor de Dios le digo sintiendo que se me saltan las lágrimas, es una cuestión de vida o muerte estoy diciéndole. La vieja se quita los anteojos que usa para mirar botones y se pone otros para poder verme, para poder creer lo que le digo. Miro para atrás y veo a Tununa en la puerta del negocio que me hace señas alzando los brazos, me apura, a lo mejor el señor Hidalgo se está muriendo por mi culpa. No es para tanto, dice la anciana removiendo peines en una caja de zapatos. Me pregunta el tamaño, la calidad y no sé qué otras cosas inservibles en la urgencia, en la agonía. Es para el señor Hidalgo, le grito entonces a la vieja con deseos de despeinarla, de arrancarle los anteojos. Entonces la palabra Hidalgo abre las puertas, ella suelta los botones, los tira en cualquier parte y ruedan por el suelo, me da la caja, que me la lleve ente-

rita, que el señor Hidalgo elija el peine que más le guste, si es para el señor Hidalgo no hay problemas. Corro, corremos con Tununa cuidando aquella caja. Allá abajo el señor Hidalgo como un toro con un hondazo en la cabeza, busco inútiles sangres. Tununa le entrega el más oportuno de los peines mientras él sigue arrinconado, jamás podría subir despeinado y que lo vean en el salón de ventas. Me escondo detrás de Tununa para ver cómo va a peinarse y veo que despeinado es cualquier cosa, una urraca, una comadreja, un negrito hijo de albañil, a él lo salvaba el peinado, la gomina. De nada le valían los dulces. Despeinado, se iba con los albañiles bajo la lluvia bajo la nieve hacia su choza el señor Hidalgo, el negro Hidalgo.

Gretchen

Gretchen entre ruidos de valijas que se abren y se cierran anda por su cuarto. Tununa firma papeles de distintos colores, pone sellos vistosos, saca dinero de la Caja fuerte, pone todo en un sobre y me dice que se lo lleve a la pobre Gretchen. En la cara de Tununa una lágrima muy pulcra discurre entre suaves arenas de talcos impalpables, alcanzo a ver debajo unos poros abiertos, enormes, melancólicos. En su mostrador las Pecosas lloran con cuerdas de violines. La puerta está entreabierta y cuando voy a entrar oigo un gritito, algo gatuno y limpio que sale de adentro de Gretchen me advierte que no pase, estoy desnuda dice enseguida, un momentito y podrás entrar dice sin eres. Entro y ella está envuelta en una gran toalla, con su cabello mojado es más hermosa que nunca. Se sienta en la cama y cruza unas grandes piernas como las que acaso tenga la Tula. Guarda el sobre y me regala un pañuelo, una linterna, varios libros; me dice que se va a vivir a Buenos Aires, allá tiene una tía que acaba de llegar de Europa. Cuando

seas todo un hombre también podrías irte a Buenos Aires y entonces nos veremos, tú me llevas del brazo por la calle Florida, ¿te parece?

Qué hermoso en la estación el sombrero de Gretchen, el beso que me dio, el aroma de su piel, alcanzarle una maleta por la ventanilla, ver que Tununa y las Pecosas le tiraban besos. Lo último que veo es el ala de su sombrero verde, lo último que le escucho es no te olvides, te espero en Buenos Aires. Y cuando el tren desaparece en la curva y volvemos tristísimos caminando despacio por la misma calle de siempre pero que ahora es otra, justo en ese momento empiezo a darme cuenta de lo que Gretchen significa. Gretchen era la alegría y uno no se daba cuenta.

Lo que pasa es que como Gretchen hay pocas, dijo Tununa al otro día. Yo pensaba que había poco de todo. Poco mundo, poca alegría, poca comida, pocas calles. ¿Entonces a mí me tocaba sólo eso porque había poco mundo? ¿Era mucho para otros, para el señor Hidalgo por ejemplo? ¿O era poco para todos? ¿Y para qué pasaba todo eso? Yo entré creyendo que me encontraría con cosas que pudieran moldearse. Y me encontraba con cosas definitivas que nunca hubiera imaginado, que además eran pocas. A lo mejor era un sueño, me había quedado dormido a la hora de la siesta después de andar por los senderos del jardín cerrado, estaba durmiendo junto a las paredes blancas y soñaba. ~~todo eso~~. Cuando volvieran los de la cabalgata me encontrarían durmiendo y soñando todo esto. Pobre, se ha dormido y es tardísimo, llévenlo adentro y pónganlo en la cama. Y adentro despertaría en mi casa, en una casa que había olvidado, sin puentes ni cajas de cartón, sin sótanos ni Tulas ni Gretchen que se va definitivamente. Y contaría el sueño. Muy gracioso eso del señor de los dulces y muy bonito lo de los albañiles bajo la nieve, es que así son los sueños, siempre tienen algo raro. Conta-

ría todo eso. Pero, ¿a quién? Y no podía contarle porque no había a quien contárselo; porque en esa casa no había nada, era el espacio para un tránsito, una ilusión del camino. La cabalgata había desaparecido en su propia trepidación y ya no era ni siquiera un recuerdo. Y entonces no podía despertar. Si despertaba, el sueño no existiría al no haber a quien contárselo. Y seguía viviendo, o durmiendo, o esperando. Cada día cruzaba el puente para ir a esperar algo que modificase el esquema, pero Tununa y los dulces y las cajas seguían en su sitio, nada salía de su ferocidad. Odiaba todo eso y al mismo tiempo empezaba a amarlo, no había otra posibilidad. Se trataba de cosas que parecían ciertas aunque su sentido no fuese suficientemente claro. Todo era presente, el terrible momento en que las cosas suceden y no es posible modificarlas ni con el sueño ni con el deseo, cambiarle algún detalle al señor Hidalgo por ejemplo, rejuvenecer a Tununa o detener el tren que se llevaba a Gretchen. Nada de eso. Cada día cruzaba el puente mientras amanecía, y todo estaba allí, como siempre.

Tula

Tula es lo que había debajo de la toalla que cubría a Gretchen, pero sin Gretchen. Porque, como dijo Tununa, Gretchen hay muy pocas. También hay poco de Tula, porque hay poco de todo. En el jardín, mirando bien, hay un par de caminitos borrosos, acaso un banco para sentarse y nada más; y el inmenso resto, paredes blancas que limitan. Tula no existe durante el verano y aparece con la caída de las hojas y la lluvia. Ha entrado pocas veces al negocio, a veces mira los escaparates desde afuera. Es del lugar pero habla como los turistas. Una turista que llegó a deshora para ver cómo era el invierno en ese pueblo y se quedó para siempre. También la piel de Tula es diferente a la de los albañiles. Es dis-

tinta de la mía, que se inclina hacia la de los negritos; se parece a la de Gretchen. La Tula pasa siempre no mirando a nadie, y nadie puede saber qué está mirando la Tula cuando pasa.

Otra vez agitación y temor en el negocio. Hay que despachar todos los paquetes en el día volando hacia el correo, mañana viene el señor Hidalgo y todo tiene que brillar. Y cuidado: ni la sombra de una mosca, una sola mosca viva alteraría sus nervios para siempre. Tununa nerviosa con dolores y silencios, van dos semanas sin que venga el señor Palcos. Corro a poner un telegrama para él, hoy te extraño más que nunca amor mío. El señor Hidalgo grita que hay que vender más, salir a la calle cuando pasan los turistas, obligarlos a entrar y que compren dulces porque si no. Cuando vuelvo del correo hay tres moscas en la vidriera, intolerable, y, toda agitación, Tununa sin noticias en su cuarto llorando. Qué le pasa señora, necesita algo; nada, dice Tununa, podés irte a tu casa, yo me encargaré de bajar las persianas metálicas. La agitación me penetra, me recorre los huesos y el futuro, soy Tununa soy el señor Hidalgo soy el señor Palcos soy Roberto Airaldi soy Tununa otra vez soy la mosca entre el cristal y la palmeta.

Pero cuando pasa la Tula todo se ablanda y adormece. Ella me cuida en el jardín, puedo dormir tranquilo, ella mira los postres desde afuera vestida siempre de amarillo, una gran toalla amarilla cubre su cuerpo de Gretchen que regresa. Hay algo inmortal en las piernas de la Tula mientras ella sacude su cabello espantando gotas que no existen, para ella siempre llueve. Siento que sus grandes piernas pueden salvarme de la caída, del ingreso forzoso. Si caigo entre sus piernas puedo salvar la vida. Debe ser algo muy importante la Tula, todos los tangos hablan de ella. Hay esquinas y domingos donde solamente está la Tula en su toalla amarilla. Yo ando por sus alrededores, puedo verla cuando sale del cine, cuando

está cruzando el puente, la miro desde lejos desde cerca, a veces nos cruzamos en la misma acera, supongo que me mira porque ella lo ve todo con sus ojos y sus piernas que miran que me miran, todo lo mira y lo cubre la Tula con su gran toalla amarilla, todo debajo de su vestido entre sus piernas azules.

Tununa

Hay seis Tununas por lo menos. Cada día ella pinta un autorretrato diferente. La del lunes es la más triste, la más fea. Alrededor de sus ojos, nada; las pestañas han perdido su curvatura; los rulos han sido robados; los cabellos caen lacios como un agua gris mezclada con nieve; la cara llena de poros, casi pecas de las vendedoras. Tununa pasa casi todo el lunes en la cama, le duele la cabeza; yo soy el único que puede verla en esa situación, le llevo infusiones y aspirinas, entre ^{penumbra profunda por} ~~entre la oscuridad de las persianas bajas y~~ ^{el olor de las sillas rubias importantes.} ~~los perfumes~~ que flotando en el aire ha dejado el señor Palcos. Por la tarde aparece más tranquila, han empezado a desaparecer sus poros, su vejez de día lunes. Al día siguiente empiezan a cambiar sus ojos, certeros toques de color y de sombra borran surcos definitivos, un pañuelo en la cabeza disimula rulos laboriosos. A mitad de semana ya es casi joven otra vez, sobre las blancas cremas tapaporos aparecen primeras pinceladas de primavera permanente. Es más amable, no habla de la vida. El jueves sale a tomar el té con el tendero de enfrente, me los encuentro un día tomando el té al lado del correo, hablan muy bajito, por favor que jamás se te ocurra decirle al señor Palcos que me viste con ese señor, es muy celoso, somos amigos nada más dice Tununa así es la vida. El viernes abre las ventanas de su dormitorio para que entren los pájaros las mariposas los aromas silvestres, cubre todo de flores, hace su nido la Tununa, todo brilla, los

bronces labrados de su cama y las sillas y las uñas de sus pies. Tununa hermosa espera al señor Palcos, por esa puerta de cristal él hará su entrada estrepitosa en la tarde del sábado borrando las huellas del señor Hidalgo. Yo le abriré la puerta, pase por favor la señora lo espera en sus habitaciones con pájaros y orquestas, cerraré la puerta del negocio, bajaré la persiana metálica, cerraré con candado hasta mañana Tununa señor Palcos, hasta mañana mi querido dice ella. Lástima, queda una Tununa de domingo que no podré ver nunca. La Tununa exclusiva del señor Palcos encerrada en su nido entre perlas, entre pequeñas piedras de río blancas y rojas viborean mojarritas.

El último retrato de Tununa debe ser la belleza perfecta, toda para el señor Palcos. El devora los esmaltes, las porcelanas, los tapices de la cara de Tununa. Come sus rulos, los alrededores de soles ponientes de sus ojos, todo se lo come el señor Palcos, la pintura de sus uñas el brillo de sus ojos como un gran postre o un gran frasco de dulce. Cuando él se marcha, los domingos por la noche, sólo quedan los poros de Tununa, el pálido boceto, unos trazos de lápiz negro, un croquis de Tununa, cabellos lacios grises sobre almohadones tristes, el dolor de cabeza el dolor de vida, se van los pájaros las mariposas la primavera cae la nieve, miro los poros profundos de Tununa cuando le llevo el primer té del lunes, por favor, que nadie me moleste, me duele mucho la cabeza, muchas gracias mi querido.

El señor Palcos

Lo más hermoso del señor Palcos era su independencia del señor Hidalgo. Era su fuerza opuesta, lo ignoraba. Sin duda él podía comprarle todas sus fábricas, caballos y albañiles, darle una patada y a la calle, quitarle el coche, dejarlo en bicicleta,

e inmediatamente mandar un telegrama a Buenos Aires: señorita Gretchen regrese urgente stop el negro Hidalgo ha sido destituido stop cariños la esperamos stop, y la firma de Palcos y Tununa. Yo la espero en el andén y allá aparece el tren, su humo azul, su máquina de fuego. Allá asoma la cabeza el sombrero verde de Gretchen su gritito gatuno, corro corremos por el andén abriendo grandes brazos. El señor Palcos era la posibilidad de modificar lo inmodificable, de devolver a las cosas lo que uno esperaba de ellas cuando entraba en el mundo en el pueblo cada día sobre el puente. Gracias al señor Palcos, a sus poderes, a su amor por Tununa, las presencias tenían ahora una finalidad, había algo congruente detrás de la mecánica absurda de tanto día y tanta noche, caballos, dulces, turistas y albañiles ateridos podían tener algún sentido, era posible comprender algo del estruendo, lo real podía ser modificado, las cajas de cartón convertirse en fuegos artificiales. Y no necesitaba crecer ni ser todo un hombre para irme a Buenos Aires y mirar a Gretchen frente a frente, los dos abrazados por la calle Florida o por Corrientes con Gardel con Hugo del Carril, me iba a Buenos Aires a buscarla, el señor Palcos me prestaba uno de sus coches cromados niquelados, compraba el ferrocarril, clausuraba las vías y los trenes para que Gretchen no se fuese nunca.

Por esa puerta entraba el señor Palcos los sábados-Tununa, cuello duro puños almidonados gemelos de oro cigarrillos rubios en boquilla, gran anillo de piedra negra refulgente como el sol de la bandera. No sé en qué llega desde Córdoba

No sé en qué llega desde Córdoba. Absurdo relacionarlo con los tristes trenes que sólo sirven para irse. O en avión o por lo menos en alguno de sus coches el señor Palcos que siempre llega precedido de sus perfumes. Cada sábado un perfume distinto para Tununa en el comienzo de este mundo y de estos tiempos; cada sábado

por esa puerta entraba un perfume diferente que venía de lejos, acaso de islas o llanuras que contenían a Gretchen; cada sábado zapatos y corbatas distintas, siempre era un nuevo señor Palcos que llegaba en siete coches. Yo le abría la puerta y lo acompañaba un trecho por el salón de ventas entre frascos y espejos y plantas embalsamadas, él me daba monedas grandes o billetes difíciles y yo lo dejaba en las proximidades de las golondrinas de la pieza de Tununa, toda ella de porcelana de nácar de muñeca en su nido entre sus pájaros.

Aun con ropas de entrecasa era fabuloso el señor Palcos. Los domingos a mediodía yo retiraba grandes bandejas para él y para ella del restaurante más lujoso. Pavos y codornices, picaflores y vinos perfumados. Levantaba la persiana metálica, llamaba golpeando las manos suavemente y él aparecía atravesando el salón del señor Hidalgo luciendo sus pijamas azules o morados, su hermoso cabello de músico, sin gomina, recibía la bandeja, me daba otra moneda, me tocaba la cara, gracias pibe decía con su voz de bueno y poderoso al mismo tiempo. Yo bajaba la persiana y me iba tocando la moneda reluciente o el billete. El sabía que era yo el de los telegramas para él todos los miércoles. Hoy te recuerdo más que nunca dice el más hermoso de los telegramas, yo los despachaba como si fuesen para Gretchen.

¿Así que nunca fuiste a Córdoba? Pero si queda ahí, cruzando la sierra. Cualquiera día te llevo, vas a ver qué lindo el río, la Catedral, la Cañada, el Cerro de las Rosas una maravilla. El era el único que podía salvarnos del señor Hidalgo, de sus iras, de sus papeles, de su repetitivo ponernos de patitas en la calle; o venden más o cierro todo esto y ustedes se quedan en la calle, a rasquetear caballos si es que pueden, a alcanzar ladrillos a los albañiles bajo lluvias y nieves. Tununa y las Pecosas preparando cal

conmigo, alcanzando ladrillos al voleo, rasqueteando caballos. Po-
bre Tununa llena de cal y de cemento, se cuarteán sus manos sus
mejillas, menos mal que Gretchen se salvó yéndose a tiempo a Bue-
nos Aires. Me duele la cintura, son muy pesadas las bolsas de ce-
mento, los baldes llenos de cal dice Tununa, y las Pecosas tiemblan
de frío en lo alto de los andamios siete pisos, la Tula me despre-
cia, a ella no le interesan los negritos albañiles, es demasiado
blanca para eso, tiene piernas inmensas, tiene guindas enteras des-
carozadas en sus pechos. No, no tengas miedo dice Tununa, son pu-
ras amenazas y nada más. Si cerrara el negocio a lo mejor él tam-
bién tendría que ir a trabajar con los albañiles. Y si lo cerrara
qué; el señor Palcos nos llevaría a Córdoba, los tres podemos vi-
vir en su chalet del Cerro de las Rosas, es inmenso he oído, vos
no sabés quién es el señor Palcos, Único propietario de la Confi-
tería del Plata y demás cosas inmensas. ¿Y las Pecosas? A ellas
también las llevamos con nosotros, no se van a quedar aquí todo
el invierno mezclando cal voleando los ladrillos bajo la nieve po-
brecitas. Las llevamos a Córdoba también, dice Tununa cruzando el
salón de ventas que brilla en sus cristales, abriendo personalmen-
te la puerta a Roberto Airaldi impecable en primer plano, que com-
pra veinte frascos de los más caros, alfajores con una guinda se-
creta bien adentro. Yo pongo los paquetes en el canasto de la bi-
cicleta, vuelo a despachar las encomiendas y en el camino veo a
la Tula cruzando la plaza cerca del mástil. A la Tula, que remon-
ta una calle seguida por la luz solar. Ella también se irá a Cór-
doba con nosotros, al Cerro de las Rosas maravilla. Por fin las
cosas comienzan a tener una finalidad. Siento que a pesar de la
repetición hay algo. Me acuerdo de Gretchen. Recupero la alegría.
Respiro la atmósfera profundamente. Después de todo, ~~algo me per-~~
~~tenece.~~

l estoy en ello

Tula

He visto a Libertad Lamarque en Besos brujos y no entiendo nada. Estoy solo en el sótano armando cajas el invierno entero tratando de entender la película la vida, lo que Tununa llama la vida cuando en vez del señor Palcos llega un telegrama imposible viajar tuyo señor Palcos. Las Pecosas también dicen así es la vida cuando leen sus revistas de besos y caricias. Todas las películas terminan en un beso, Roberto Airaldi besa ocupando toda la pantalla. Hay que alquilar caballos o vender dulces para después dar o recibir un beso. El señor Palcos y Tununa se besan. El señor Hidalgo quita pelusas y miguitas de la ropa de Gretchen para que ella le dé un beso. Los albañiles construyen hoteles y puentes bajo la nieve por los besos. Los tangos que salen por los altavoces hablan siempre de besos. Cada cual tiene su beso en este mundo en este sótano de cajas de cartón.

Por el tragaluz que da justo bajo la vidriera donde mato moscas veo a las mujeres que se paran a mirar las tortas decoradas y los dulces, me pego a la pared del sótano y puedo mirar sus piernas desde abajo. Son como la cabalgata que se ha ido, piedras significativas ocultas en la atmósfera. Las paredes del jardín amurallado son altas para que uno no vea las piernas de la cabalgata. Si uno sale y las mira puede ahogarse en el río aunque afuera el mundo esté de fiesta. Cuando uno cruza el puente todos los días y cree que no hay nada, que todo eso no tiene sentido, se equivoca. Aquí está todo, pero te lo ocultan. Las mujeres ocultan sus pechos y sus piernas, los albañiles construyen hoteles para ocultar cuerpos desnudos, las ciudades están pensadas para esconderlo todo aunque las cosas ocultas traten de salir, de reventar hacia

afuera como los pechos de la Tula por ejemplo. No es por el frío que te tapan el cuerpo, se trata de otra cosa. El señor Hidalgo busca migas pelusitas para llegar a las piernas de Gretchen, el señor Palcos cae los sábados en las piernas de Tununa. Yo tengo que caer en las piernas de la Tula gretchen guindas enteras descarozadas.

En el tragaluz aparece el ruedo del vestido amarillo de la Tula, sus piernas vivas al aire. Me acaricio, me crezco con las manos como puedo, yo también era algo que andaba escondiéndose en la atmósfera. Avanzo con los ojos en blancuras interminables y me acaricio, se trata de mi primer beso solitario. Las piernas de la Tula son una parte de ella que me alumbra hasta el final. Una parte sin ojos menos mal, así no me ve llorar de miedo de alegría. Por fin estoy tocando tierra, piernas, guindas descarozadas, tantas cosas. Mi cuerpo me devuelve unas gotas de temblor caliente, qué ganas de llorar en la tarde gris dice el tango. Hoy te recuerdo más que nunca, dice el telegrama. Imposible viajar, tuyo, besos, dice el señor Palcos. Te espero en Buenos Aires amor mío, dice Gretchen. Las piernas de la Tula se alejan bajo el vestido amarillo, en la vereda resuenan sus zapatos de cabalgata que huye. Alguien ha bajado al sótano, es Tununa que me mira. Tengo tiempo de recomponerme, intento seguir armando cajas. Me invita a tomar el té con ella. Dice hijo mío o algo parecido. Se da cuenta de que tengo el pantalón mojado, me clava los ojos allí. Es que se llueve el tragaluz le digo le diría no le digo nada. Cruzamos el salón, nos miran los espejos, alcanzo a divisar a la Tula toda entera por la calle en amarillo.

El ruido de la cucharita removiéndome el té es el silencio de Tununa. Los dos solos en la cocina y el silencio de las cucharitas, tanto que uno no se anima a tragar, a morder la tostada, vamos

por la mitad de la taza y nada ha dicho la Tununa. Eligiendo, pensando las palabras, tiene la misma cara de aquella vez que admití haberme comido un alfajor con almendras. Entonces también tomábamos té en esa cocina y Tununa estaba callada como ahora, hasta que al final de la taza dijo como si le doliera decirlo que si uno comía ^(algo) había que decirlo, se anotaba en un papel y a fin de mes lo descontaban del sueldo, eso era todo, muy simple como ves, sólo había que decirlo, ella también comía a veces (cualquiera se tiente), por esta vez me lo anotaré yo, me lo descuentan y se acabó el asunto, lo que pasa es que las almendras son muy caras, valen una buena parte de tu sueldo. ¿Otra tostada?

Ahora Tununa removía la cuchara removiendo lo removido. Estaba a mitad de semana, a medio rejuvenecer ante la llegada sabática del señor Palcos, con sus rulos bellísima no se veían poros en su cara. Entonces dijo bueno, se trata de lo siguiente, y era una voz de vieja a pesar de la mitad de la semana, voz de sentencia ley marcial, de vieja que se muere y dice sus últimas palabras. Voz para decirme que no sólo me había comido un alfajor; según la voz yo ahora había comido o mordisqueado todos los postres y los dulces, las tortas rellenas (orgullos de la Casa), y era la ruina para todos, una verdadera desgracia. El señor Hidalgo se arrancaría los pelos de la cabeza, golpearía su cabeza contra las paredes contra los espejos, reventaría el huevo en un desastre pero él se vengaría, la más terrible de todas las venganzas prepararía el señor Hidalgo cuidadosamente. Algo terrible, algo impensable, algo desnudo entre alaridos: mataría a Gretchen por ejemplo, le cortaría las piernas, por ejemplo.

Pero eso estaba sólo en su voz. Con las palabras Tununa trataba de rodear un centro sin nombrarlo, alrededor de mi beso solitario giraban las palabras de Tununa. Y apareció, cuándo no, la palabra

vida. Vivir era no estar solo, eso debía comprenderlo con claridad. Lo que pasa chiquilín es que me pone muy triste ver que estás amando solo y eso no se puede ni se debe, amándote a vos mismo en ese sótano, eso es muy pero muy triste. Si hubieras tenido un par de años más te quedabas con Gretchen, ella te quería mucho, me lo decía siempre.

¿Otra vez?, pensaba yo, ¿otra vez llegué tarde o no soy el que tenía que llegar aquí, llegué en lugar de otro? Entonces me voy ahora mismo, me muero para que vengan otros. Ya me parecía, me adelanté, debí venir con Gretchen pero en otro día y otro mundo, en otra vida. Pero Tununa dice no, no se trata de eso, no hay que tomarlo a la tremenda. Tununa se ha servido otra taza de té, tintinea la cucharita removiendo, la pintura de las uñas es perfecta, me mira y me acaricia una mejilla. Lo hiciste por la Tula, ¿no? Es muy linda y muy joven. Todo es cuestión de tiempo. La vida es larga, mocosito. Voy a ayudarte, mi querido.

Tununa y la Tula se cruzan en la calle secreteándose. La Tula entra al negocio, finge comprar dulces, mermelada de grosellas dice Tula pero con Tununa están diciéndose cosas al oído. Tununa me llama y me pide que le muestre las líneas de la mano. Mira mis manos y las de la Tula señalando las líneas de la vida. Qué curioso, se parecen como dos gotas de agua dice Tununa mientras nos miramos con la Tula, ella mira más allá de mí y me abarca, me contiene, y ahora estamos en el cine, en la oscuridad la Tula me da chocolates, toca mis manos mi línea de la vida para darme la golosina. En la pantalla Roberto Airaldi está en una situación crítica, tiene que irse lejos mientras su Tula o su Gretchen llora en el andén y hay pañuelitos blancos. Nosotros hacemos coincidir las líneas de la vida calentitas, las bocas las lenguas calentitas y se acaba la película, se acaba el pueblo, ya no hay calles, cruzamos un

pajonal, las luces del pueblo han quedado lejos. Y empiezan a aparecer las cosas que todo el mundo oculta, que tapan bajo el aire, y en el aire está toda entera la Tula, ella no tiene nada que ocultar, no necesitamos que los albañiles nos oculten, tiene una guinda descaroada en cada pecho, ella es la tierra es la atmósfera es Gretchen nada menos, me inicia en la mecánica de tumbas y de cunas, me enseña que debo repetirme con ella para entrar o salir de la atmósfera, aterrizo en las piernas en el hueco de la Tula pero en realidad venía de ella de ello.

¿Y aquello? ¿Y lo del cine y lo de aquella noche? le digo a la Tula unos días después, porque desde entonces no me ve, no me habla, desaparece siempre. Aquello ya pasó, fue lindo y eso es todo, dice una Tula que ya es algo desde lejos, nube que lleva el viento, yo me sorprendo y ella se sorprende de que me sorprenda. No seas tonto, dice desde la otravereda. Preguntale a Tununa, dice en otra calle. No seas tonto, ahora has aprendido, dice al otro lado del mar. Ahora podrás tener otras, sigue diciendo, no vas a cambiar las cosas porque sí, preguntale a Tununa ella lo sabe todo. Y es lunes, amanece, estoy cruzando el puente de todos los días, las cosas siguen allí, como siempre, toco tierra, nada se modifica, y la Tula, en realidad no sé nada de ella, nunca vi sus piernas, todo lo hicimos como desde lejos, fui la mecánica no el movimiento, lo hice mal, soy torpe, soy débil, no lo sé, no sé, no soy, no estoy. Después de eso no hay cosas raras, se entra y ya está, dice la Tula, se entra por una puerta y eso es todo. ¿Y después? Después qué, no seas tonto. Ya estás adentro y eso es todo. Yo no sé nada de significados ni de cosas raras. Preguntale a la Tununa. Yo no sé nada, yo estaba, dice la Tula desde la cabalgata.

En memoria de Gretchen

Una obra de arte, dijo el señor Hidalgo colocando con cuidado la torta sobre el mostrador, cuidadito con ella. Qué maravilla, dicen Tununa y las Pecosas. La miran desde arriba, de costado, a contraluz, bajo lámparas potentes. La tapan cuidadosamente con una campana de cristal. Hay que preparar especialmente un escaparate para ella sola, llamen a los pintores y escultores. Este orgullo del señor Hidalgo más que torta es un cetro, algo digno de reyes, una corona digna de la cabeza del señor Hidalgo. Almendras fruta escarchada felicidad escrita con hilos de chocolate verde flores comestibles algo más que la miel un gran secreto arrancado a las abejas. Y en el centro del centro una gran cereza, roja bajo la nieve, viva. Y los albañiles que vuelven a sus chozas ateridos a calentar sus manos sus rodillas, se detienen un instante bajo el viento en la nieve para mirar la torta del señor Hidalgo, Dios mío quién podrá pagarla.

Lo tengo bien resuelto. Mañana levanto despacio la cortina metálica para no despertar a Tununa. Voy directamente alla cocina, Guardo un cuchillo bajo el guardapolvo y lo escondo en el sótano. Llevo la torta al sótano y la dejo al lado del cuchillo. Las Pecosas llegarán más tarde, está lloviendo mucho, el río estará crecido y no será fácil cruzarlo donde ellas viven, junto al puente que se rompió el año pasado. Tendrán que hacer un rodeo largo. Limpio todo muy rápido. Cierro la puerta con llave. Que las Pecosas llamen cuando vengan. Me voy a comer toda la torta. Aunque fuese más grande, de dos pisos, la comería igual. Tengo hambre para eso y mucho más. Se agarrarán la cabeza cuando no encuentren la torta. Llamarán a la policía. Yo no sé nada, les digo, cuando llegué la puerta estaba abierta, habían levantado la cortina, la robaron anoche, qué

desgracia tan grande, les digo. Cuando me coma la torta seré tan fuerte como el señor Palcos. Después de lo que pasó con la Tula, cualquier cosa. En realidad la como para que vuelva Gretchen. Es casi seguro que ella volverá para saber cómo me comí la torta.

Apago la luz del sótano, ya ha amanecido. El día entra por el tragaluz. Y el señor Hidalgo, cuando sepa que su torta ha desaparecido, dará un grito un alarido un pito de tren saliendo de su boca. Se quitará los guantes mostrando uñas tremendas, y en medio del grito del bufido de tren de vaca parturienta se clavará las uñas en la frente, bajará los diez dedos clavados, se bajará la piel se arrancará la cara se despeinará él mismo y quedará su calavera gesticulando hasta acabarse para siempre. Pero antes que se muera le diré que me la comí yo por lo que le hizo a Gretchen. Pero qué has hecho, me dirá Tununa, qué has hecho por amor de los cielos. Y bueno, le digo, después de todo nadie hubiera podido pagar aquella torta.

En eso llaman las Pecosas. Como no les abro asoman sus caras tontas por el tragaluz gritando que les abra, no me pueden ver en el rincón donde me oculto para comerme el prodigio gastronómico. No hay tiempo que perder; que esperen. Hace mucho frío, dicen ellas. Clavo el cuchillo por donde debía tener el corazón la torta, pero se hunde apenas un centímetro, he dado con algo duro. Lo clavo en otro lado, y nada, apenas un centímetro. Entonces me doy cuenta, ya voy les grito a las Pecosas impacientes, me doy cuenta de que se trata de una muestra, una torta de madera, hueca, cubierta con dulces y manjares verdaderos pero hueca, es una torta pensada para propaganda y exposiciones, la llevarán a todas las provincias.

Intenté disimular el tajo pero no pude. Si corría una almendra o un trozo de chocolate o un hilo de grosellas para tapar la herida abierta se alteraba su forma, los adornos quedaban fuera de su si-

tio rompiendo el equilibrio. Cuando Tununa preguntó tuve que decirselo. Ella estuvo callada un largo rato. Después me lleva a la cocina, me hace sentar, yo estoy esperando el arranque de una ira que sin duda tiene. Firmar papeles, recibir el sobre con los quince días de sueldo, adiós Tununa chau Pecosas, me voy a Buenos Aires, Gretchen me está esperando.

Pero Tununa tiene una mirada triste. Es triste y definitivamente vieja la voz de Tununa cuando me dice pero qué pasa mi querido, qué te anda pasando por amor de Dios, hago lo imposible para ayudarte y ahora me pagás con esto. Saca su pañuelo bordado, me lo pasa por los ojos. Yo miro la pintura de sus uñas. Qué le decimos ahora al señor Hidalgo, le digo para salir del miedo. Y ella por eso no te aflijas, le diré que se me cayó a mí, es un percance comprensible. La llevarán a la fábrica para restaurarla, por eso no te aflijas. De vos me afligen otras cosas. Te he visto en el sótano haciendo cochinas, te he oído llorar, te he dado a la Tula y ahora me pagás con esto. ¿La Tula no te ha gustado acaso? No sé qué le digo si es que le digo algo, no sé qué le respondo. Qué raro, dice Tununa, la Tula es una chica buena, lo que pasa es que vos sos muy difícil, lo hice porque me dio mucha lástima cuando pasó eso en el sótano, se lo dije y ella lo comprendió, es una chica estupenda. Le diré al señor Hidalgo que estás muy enfermo y te irás a Córdoba unos días, unos pocos días y te olvidarás de todo esto.

De paso mandá este telegrama, dice Tununa cuando voy saliendo. Lo escribe en el papel, lo leo, amor constancia fidelidad dicen las palabras. Yo la miro y ella me acompaña hasta la puerta, me pone una mano en el hombro. Sí, estás pensando en el dueño de la tienda de enfrente, en el té que tomábamos cerca del correo. Ya lo sé, me dice. Es que estoy vieja, dice como si hablara en el invierno siguiente. Pronto se me acabarán los hombres y los besos. El

señor Palcos un día me abandona. Chau, me dice. Entonces me quedará todavía el dueño de la tienda por algún tiempo, hasta que él también me abandone, no sé si vas entendiendo algo de todo esto muchachito.

El otro señor Palcos

Aquí también hay puentes sobre un río sin agua. Es la ciudad del señor Palcos. Todo transcurre en sus carriles justos, en su verdad de cuatro siglos. Aquí está todo pavimentado, todo es verdad, todo sucede, nada se equivoca. La ciudad va a lo cierto. No hay agua en el río pero vendrán crecientes dando verdades a los puentes. Hay riqueza acumulada, iglesias y montañas lejanas. Difícil creer que la atmósfera pueda contener ciudades como ésta.

Pero estoy seguro de que al otro lado de la ciudad no hay nada. Detrás del cuerpo de la Tula no había nada. Esto es todo, dice la Tula en los pajonales lejos del pueblo ocultando otra vez su cuerpo como todos. Antes de la Tula, de la atmósfera, yo tenía un sueño. Creía en él, me conectaba conmigo mismo. Después de ella, el mismo sueño desconecta. Es un puente roto. No te arrima a nada. Da al aire. Existe sólo porque se aferra al cuerpo. De lo contrario desaparecería. Es un deseo, un humo. Pero existe. Uno caminaba por ese puente creyendo que se iba, que salía para ver. Después de la Tula uno ve que el puente se acaba. Acaba el puente y el camino. Se acaban pasos y distancias. Entonces hay que volver y destejerlo todo, quedarse con el trozo de hilo en las manos sin saber para qué sirven hilo y manos. Apenas dura unos segundos la conciencia del sueño que promete salvación. Uno ya ha abierto los ojos, está casi despierto, está volviendo al cuerpo con un resto de conciencia. Uno vuelve del otro lado del puente roto, de la orilla donde ha dado pasos importantes. Uno alcanza a ver la trama de los pasos que ha dado en la parte inexistente del puente donde había una ver-

dad y uno era una araña no una trama. Uno había tejido toda la noche, había descubierto un sentido, el fundamento. Pero entonces, pero si, pero qué maravilla, pero cómo, todo tan claro, no hay absurdos, tan cerca de todo sin saberlo, yo mismo he tejido la trama, he encerrado en su centro lo que hay al otro lado del puente roto, tejí toda la noche y ahora voy a ver lo que he tejido, soy el personaje soy la araña. Y entrabas en la atmósfera en Tula y llegaban los ruidos de la luz, del nuevo día, los gigantes convertidos en viento. Y ves que la trama existe, es cierta, está ahí mismo. Pero pertenece a la cortina de tu ventana, la inventó un fabricante de cortinas, la ves todos los días de tu vida. Ahora las dos tramas son una sola cosa. Son apenas chispazos de segundo, tiempo casi inexistente lo que hay entre una trama y otra. Y uno sin saberlo ha ido perdiendo la conciencia de ser la araña tejedora, ya no soy la araña soy la trama, ya no tejo me tejen soy el hilo, los hilos conducidos en el día real llamado real que reconocimiento, que me excluye que ^{me}deja afuera. Y ellos tejen, me destejen, destejen la trama que hice durante toda la noche cuando era araña, usan mis hilos para tejer lo suyo, soy sus hilos y puedo ver cómo me destejen la trama en un chispazo de segundo, en un instante no ha quedado nada y los hilos vuelven al ovillo. Soy un hecho, pero externo. Allá en cambio tejía, miraba el mundo, yo mismo era el mundo. Y aquí me viven me destejen me vuelven al ovillo a la madeja al sótano, me tejen arañas invisibles, me adormecen con su baba, tejo lo que ellos dicen, sus cañones sus miserias sus orgasmos, tejo la baba que me adormece, tejo dormido, oigo contar hasta nueve y no puedo levantarme, no puedo ver la otra orilla donde tejía mi trama verdadera, la olvido, ni siquiera hay un puente roto para escapar, se me desteje la otra orilla, pierdo sus formas, creo que no existió, que la he soñado al lado de las

paredes blancas, cabalgatas, abro los ojos, miro la cortina, la trama, miro mi mano, veo que soy yo mismo el que toma la punta del hilo de la trama mía y de un tirón conciente ^(desejo) el espléndido palacio, lo considero un sueño, vuelvo a poner el hilo en el ovillo, levanto la cortina metálica me presento a mis arañas aquí estoy como todos los días, cada uno a su tarea a su almanaque a su orilla a su sitio y hasta cuándo. Tocaste tierra hermano ya era hora; ya ves que con el sueño nunca pasa nada, al mundo no vas a poder modificarlo con tus sueños; es la entrada en el aire parte vital aguantaste la fricción estás vivo ya estás aquí con nosotros y eso es lo importante hermano; al fin de cuentas estás vivo te has defendido bien es muy difícil lo que has hecho venga un abrazo es natural que llores que revientes así es la vida hermano dicen los altavoces en lo alto de los postes.

¡Sí, pero dónde está Gretchen, digo sacudiendo la cabeza, espantando arañas, sus escorias. Y me meto en un bar, me empujo yo mismo para entrar, para ahogarme en alcohol dicen los tangos. Y me quedo mirando la mesa, las mesas que por primera vez son ciertas, pasó la fiebre y estoy sano como cualquiera.

El camarero me pregunta qué deseo. Mucha ginebra le digo y lo miro pero no lo miro, y siento que me están sacando de la atmósfera, me están sacando con un forceps cuando miro al ^Kcamarero al señor Palcos que tiene una bandeja en una mano y en la otra el trapo de limpiar las mesas. Sí, tiene un diente de oro como siempre, pero de anillos nada. Un pantalón a rayas y muy usado cubre las vergüenzas del señor Palcos. Un chaleco blanco con manchas de grasa, corbatita negra y nada más, sólo eso es el señor Palcos. Para colmo me pregunta normalmente por Tununa, yo no le respondo una palabra. Hoy no pude ir, tenemos mucho trabajo, estoy haciendo horas extras, dice el señor Palcos. Pero el otro domingo, seguro estoy allá, dice normalmente.

Del otro lado del mostrador viene la voz del dueño que dice por favor no se distraiga atiende las otras mesas hay clientes esperando. Veo que hay mucha vergüenza en la cara del señor Palcos tratando de ser él, de que no se le escape lo que cree ser. ¿Estás seguro que querés ginebra? Mirá que es fuerte, dice cuando me la sirve y se va haciendo equilibrio entre las mesas, recibe las propinas, quédese con el resto, muchas gracias señor.

¿Qué será de nosotros madre mía? Cuando el señor Hidalgo se entere de la verdad sobre su torta nos echará a todos a la calle, a las crecientes. Llegaremos a Córdoba temblando. Tununa está muy vieja para subir a los andamios, y las Pecosas son débiles, son tontas, son inútiles, son tristes, son la letra de un tango, son tuberculosas, son suspiros, si se mojan se resfrían, tosen y se mueren. ¿Y qué haremos en Córdoba, qué dirá Tununa cuando sepa que el señor Palcos no tiene siete coches ni chalet en el Cerro de las Rosas ni nada, que se disfraza de señor Palcos cuando le dan permiso y le prestan un coche, unos anillos, unos trajes y sueña ser el señor Palcos para que Tununa también sueñe? Estoy juntando plata para poder ir de nuevo, cada día hay menos propinas, las cosas no andan bien dice el señor Palcos llenándome otra vez la copa. Supongo que te habrás dado cuenta de qué va la cosa, son rebusques que uno tiene, qué le vamos a hacer así es la vida. Qué hacés. Llorás. No seas pavo. Decime algo.

No me toque, le digo después en la calle cuando ve que estoy mareado y me dice andá a dormir la mona es lo mejor. No me toque, le grito, y él entonces me agarra la cabeza y la pone muy cerca de la suya para que lo mire bien. Escuchame una cosa, dice el señor Palcos clavándome unos ojos de señor Hidalgo víctima de robo, si llegás a abrir la boca, si decís que soy camarero, te rompo el culo a patadas, ¿has entendido? te rompo el culo a patadas mocosas

de mierda. Y me voy, me va empujando el alcohol, qué será de nosotros, ha muerto el señor Palcos.

Tununa en el crepúsculo

La torta, debidamente restaurada y bendecida, estuvo expuesta todo el invierno en el centro del escaparate, ^Sola. Ningún postre o manjar podía competir con ella. Un decorador de Buenos Aires que llegó en avión trabajó duramente para instalarla en su santuario. Hizo traer esculturas de finísimos cristales y piedras increíbles extraídas del fondo del mar para que le hicieran compañía en ~~la inmensa Vidriera~~. Pocos objetos pero bien elegidos, aprobados por el señor Hidalgo con gestos de tremenda satisfacción y sabiduría. La cereza viva del centro de la torta era la coronación de un príncipe entre témpanos. Me dieron un uniforme azul con adornos dorados y bordados para que ^{se} vigilase ~~la~~ torta, para que ninguna mosca se acercase, no a la torta, esto era inconcebible, ni siquiera a las inmediaciones. Largo el invierno y más largo todavía sin el señor Palcos. La gente tiritando afuera señalando detalles geniales de la torta, la gente con paraguas en el aguacero contemplando la maravilla del señor Hidalgo. Domingos llenos de albañiles que traían a sus mujeres y a sus hijos para que contemplaran la torta, esa delicia. ¿Ves eso que está más abajo de la fila de avellanas? Son grosellas, enseñan las madres a sus hijos incrédulos. La Tula desnuda en el centro de la vidriera, rodeada de piedras marinas y otros objetos intocados. Hay fotógrafos que llegan desde lejos. Entonces hay que llevarla al centro del salón, ponerla con cuidado en una cesta bordeada de tulipanes, apoyarla en el terciopelo, acomodar las luces, buscar ángulos perfectos bajo los ojos felinos del señor Hidalgo. Yo dejo momentáneamente el matamoscas, tomo la cortina verde que

rodea a la cesta, debo agitarla mientras sacan las fotos, me muevo como bailando bajo el tul verde que después en la foto será un fondo marino. Todo ello rodeado del aire especial que tenían las cosas en ausencia del señor Palcos, aire de cosas repetidas precipitando un fin aceleradamente. Los fotógrafos se van, se despiden con reverencias que el señor Hidalgo ignora. Con cuidado, entre pañales, que no vaya a tomar aire frío por favor, llevamos la torta hacia su cuna hacia su trono y vuelvo a tomar el matamoscas. Con mirada asesina busco moscas en el aire, forrado con mi uniforme azul.

Cada día hay menos Tununa en el salón de ventas. Cada día algo de ella se pierde por ahí o se queda en su pieza llena de almohadones inútiles y sin golondrinas. Sale del cuarto y entra en el salón de ventas multiplicada en los espejos. Va a la farmacia, compra muchos medicamentos y cada vez que pasa hay menos de ella, en los espejos se está descascarando la Tununa. Las Pecosas la ven pasar y alzan del mostrador sus grandes ojos de cordero. De las seis o siete Tununas va quedando una sola. Nos va quedando solamente la del día lunes. Se le están cayendo de la cara ceras y porcelanas. Parpadea con ojos articulados de muñeca perdida en cajas de sombreros. No más curvas en sus pestañas, no más bosques azules y praderas alrededor de sus ojos. Hay silencio o palabras en voz baja, hay más orden en sus papeles y en la caja fuerte. La máquina del señor Hidalgo brilla como un estilete. Tununa ya no tiene domingos. No hay telegramas ni correos. Pero no llora. Solamente se derrumba.

En tren se van las cosas de Tununa; las abejas las golondrinas los rundunes los aromas silvestres el piquillín maduro, son pañuelitos en el tren diciendo adiós. El dueño de la tienda dice adiós al té que tomaban al lado del correo. Estamos siempre serios. El

señor Hidalgo viene ahora todos los días a controlar y llevarse el dinero. Todo está impecable, hasta el sótano brilla. No hay moscas vivas, ni siquiera en la cocina. Todo está en su sitio: la torta en la vidriera y los albañiles bajo la lluvia. Somos fuertes, cada uno en su sitio. Hasta las Pecosas son fuertes. Un día se animan a contestarle al señor Hidalgo nada menos. También somos seres humanos dicen las Pecosas, increíble, y el señor Hidalgo se calla, controla su peinado en los espejos.

Un día aflojan las Pecosas. Vuelvo de la calle y las encuentro llorando. Y a ustedes qué les pasa, por qué lloran. Lloramos por la señora Tununa, dicen las Pecosas en el frío, en el viento de agosto. Si no vuelve el señor Palcos es natural que sufra, les digo. Son asuntos de ella, y nosotros a lo nuestro. Al menos podrías tener un poco de lástima por la que tanto bien te hizo, dicen las Pecosas con voz de viejas de velorio. Les vuelvo la espalda y me miro en los espejos. Me encuentro adulto. Gretchen tampoco vuelve y a mí nadie me tiene lástima. Tampoco hay lástima para el señor Palcos.

Del cuarto de Tununa llegan unos gemidos como traídos por el viento; en medio de la pampa silba el viento llevando los lamentos de Tununa. Por favor, corré a ayudarla, dicen las Pecosas, que no pueden abandonar el mostrador por ningún motivo. Una de ellas me da un frasco de perfume para que le ayude a respirar. Que huelga hondo, así se le destapan los pulmones pobrecita, dicen las Pecosas. Un par de saltos y ya estoy en su cuarto. Está sentada en la cama, me da la espalda. Por el suelo, desparramadas y convertidas en objetos inútiles y rotos, yacen las seis Tununas de martes a domingo. Únicamente la del lunes está viva, y en adelante para Tununa será lunes para siempre. El viento se cuela por la ventana,

entra anhelante para llevarse sus gemidos.

No es nada mi querido, dice girando apenas la cabeza hacia mí. Si te necesito te llamaré. Vuelve a tu puesto por amor de Dios, que si el señor Hidalgo llega y no te encuentra en tu sitio pondrá el grito en el cielo. Entonces le pregunto si quiere que mande un telegrama a Córdoba. No sé qué me responde entre dientes, el viento de agosto se lleva sus palabras, las arrastra por la casa, las enfrenta a los espejos del salón de ventas, las tritura en los oídos de las Pecosas.

El señor Palcos y Tununa

Si le digo que lo vi en Córdoba y que es un pobre camarero el señor Palcos, que no viene a verla porque tiene miedo de que yo haya contado algo, o porque no puede reunir el dinero necesario o porque no tiene ropa o porque ya nadie le presta nada, si le digo todo eso, si se lo dijera. ¿Cambiarle todo a Tununa? ¿el mundo que se acostumbró a ver toda su vida puede cambiar de golpe? ¿no es mejor morirse con la idea primera? ¿Tununa entrando en la atmósfera? ¿podría respirar? Ya está vieja Tununa, sus pulmones no resistirían el aire fuerte y puro (¿puro?). ~~Para~~ Para entrar en la atmósfera hay que ser recién nacido, estar con todas las fuerzas, y aun así es durísimo. Ella daría un grito, moriría de un susto. El señor Palcos convertido en un susto. No. Es demasiado para ella. O a lo mejor el susto no la mata, se desmaya solamente en medio del salón si se lo digo. No le sale sangre, corremos hacia ella con frascos de perfume llamamos al farmacéutico le damos masajes respiración boca a boca, y Tununa se salva aunque conozca la verdad. Y después poco a poco con jarabes vitamini-

nas infusiones se va recuperando, recobra su visión y puede mirar al señor Palcos que ha entrado por esa puerta y nos pide limosna, el sombrero grasiento del señor Palcos se estira en la punta de una mano por amor de Dios tengan piedad del pobre ciego, aunque sea un mendrugo. No, no aguantaría la Tununa. Para entrar en la atmósfera hay que nacer. Ella nunca ha nacido de verdad y ahora es tarde para eso. A la edad de Tununa uno no entra en la atmósfera, más bien se va de ella. ¿Cómo nacer a Tununa si no hay vientres ni embarazos ni un señor Palcos que la engendre? Uno se queja pero al fin y al cabo ha podido nacer. No está Gretchen; y bueno, pero uno ha nacido por lo menos. Tununa ya no tiene edad para nacer. Apenas existía. La inventaba el señor Palcos todas las semanas. Ella era el sueño más hermoso del señor Palcos, y él era casi lo mismo, casi no nacido, se hacía soñar por Tununa, por su propio sueño. ¿Quién tiene la verdad aquí? Y ahora que ya no la sueña el señor Palcos ella tampoco tiene vida o sea sueño y por eso se cae se descascara se derrumba, y el señor Palcos sin duda está cayendo, es seguro que allá en Córdoba está quedando muy poco del señor Palcos.

De todo van quedando pocas cosas. Tununa y el señor Palcos tienen manos pero no tienen línea de la vida; las Pecosas sólo saben resfriarse y llorar; Gretchen es la plenitud de una ausencia, un sueño fijo sin andenes, una cosa a destiempo, y cuando ella estaba yo no acababa de nacer todavía, quizás ella se fue para que yo acabara de nacer; los albañiles, que nunca entraron al negocio, ven los manjares desde lejos, en fotografías, en películas; Rober Airalidi es una mancha en la pantalla; los turistas desaparecen acaso para siempre, es tan largo el invierno que parece que ya no hubiera más veranos en los almanaques. Me van quedando sola-

mente la Tula y el señor Hidalgo. Quién tiene la verdad, quién es la verdad aquí. Y si no le digo nada a Tununa viene a ser lo mismo, ella de ningún modo puede volver a tener al señor Palcos. Tendría que nacer para eso, y eso, ya se ve, es bastante difícil. Mejor vuelvo a poner todo en la valija y esta misma noche los tiro a la basura. Al camión triturador. Son como muñecos secos, resquebrajados por el tiempo. Que el estruendo se pierda en el estruendo. El peligro es que uno en el empuje también al camión de la basura y se vaya con ellos. A lo mejor no fui yo quien los trajo a Madrid sino ellos a mí, para deshacerse de mí. Aquí solos todos nosotros en Madrid a punto de irnos buenas noches.

¿Y si no le digo nada a la Tununa? ¿Si dejo que siga dentro de su sueño? Así por lo menos le queda la posibilidad de esperar, que no es fácil conseguir. Esperar es un don que te concede la atmósfera, una especie de gratificación por permanecer en ella. Y en una de éstas el señor Palcos consigue nacer del todo, buscar sus coches, sus corbatas, y aparecer otra vez por esa puerta, un diamante en la solapa, el sol inmortal en su cabello suelto. Que por lo menos se salven ellos. A los demás, que ni siquiera hemos sido capaces de mantener sueños como ellos, nos comerán los peces, las iguanas, las pirámides.

Si le digo la verdad a lo mejor solamente se desmaye. Alcoholes, amoníacos en la nariz de Tununa para levantarla del suelo. Ella verá al señor Palcos casi espantapájaros y cerrará los ojos en vergüenzas mortales, pero si se salva a lo mejor empieza a comprender, a nacer aceptando que el señor Palcos sea un ciego una piltrafa. Si no muere en el susto podrá nacer de verdad. Y si se muere, a ella le dará lo mismo morir bajo la bala de un guardián real que bajo la bala del que ocupa el lugar del guardián para

matar. Qué le importa a la víctima la identidad del asesino. Se lo digo, no se lo digo. La muerte de un sueño es una cosa horrible, pero no poder ver el sueño acaso resulte peor.

Hay que hacer algo, les digo a las Pecosas. Vengo del cuarto de Tununa. Apenas puede moverse entre peligros. No le ayudan las piernas. Las tiene llenas de choncacos. En tremenda tormenta viene una nube negra con insectos y ella no tiene un refugio conocido. Un viento espantoso hace temblar la cama y los relojes, los retratos y la viga principal del techo. No queda un solo pájaro en su pieza y han llegado las alimañas del monte. No nos cuenten más, no queremos saber, no queremos sufrir llorar, dicen las Pecosas tapándose los oídos. Estoy dispuesto a sacrificar cualquier cosa para salvarla a ella y al señor Palcos, les digo. Fíjense, les grito, incluso estoy dispuesto a sacrificar a Gretchen para que se salve. Renuncio a Gretchen y se acabó. Qué más me pueden pedir, les grito. No hables, no nos digas cosas, no te vayas, no nos dejes en esta valle de lágrimas ni después de este destierro, gritan las Pecosas en la histeria. Ahora mismo voy a Córdoba a buscar al señor Palcos. Mientras tanto cuiden de Tununa. No abran las puertas, eviten las corrientes de aire, tengan el oxígeno a mano. Dejen de llorar y de temblar, carajo. Ayuden a Tununa mientras vuelvo. ¿Y el señor Hidalgo, y el permiso, y las moscas? ¿Quién cuidará la torta?, dicen las Pecosas en temblores. Si el señor Hidalgo dice algo hagan como Gretchen: despeinarlo a cachetadas. No, no vale la pena, dice Tununa como puede desde su pieza sin mariposas. Deténganlo, que no vaya, tengo miedo, yo no quiero saber por qué no vuelve el señor Palcos, quiero que vuelva pero tengo miedo, está cayendo el telón, apagarán las luces, dice Tununa contra el viento.

No te vayas por favor. Quién matará las moscas quién le dará a Tununa una aspirina quién le dirá buenos días a Roberto Airaldi quién nos abrirá la puerta en la mañana en la madrugada, afuera temblaremos de frío nos lloverá encima toseremos crecerán los ríos no podremos llegar al negocio cumplir los horarios, nos encerrarán en hospitales llenos de muertos el señor Hidalgo se volverá loco se arrancará los cabellos pondrá una bomba hará volar el pueblo los hoteles los puentes, los albañiles saltarán hechos pedazos por el aire, sus cucharas quedarán sepultadas en la nieve, crecerán los ríos se llevarán caballos muertos, qué será de nosotras débiles enfermas contagiadas, qué será de Tununa del señor Hidalgo, se le romperá la torta con la bomba sus adornos las piedras traídas del fondo de los mares tan lejanos, si se muere el señor Hidalgo todo se vendrá abajo, morirán caballos y turistas morirán los ríos se derrumbarán los puentes, somos débiles somos enfermas se nos mojan los pies en el río y nos morimos dicen las Pecosas desde el mostrador, desde el espejo, por favor no te vayas, no queremos que vuelva el señor Palcos, ni Gretchen, que no vuelva nadie, sólo queremos al señor Hidalgo, si Gretchen no se hubiese ido, si se hubiese dejado tocar por el señor Hidalgo hoy seríamos todos tan felices, si te vas nos ahogaremos en las crecientes, por favor no te vayas.

Está bien, digo cediendo a las razones de las Pecosas. Entonces todo está perdido. Ahora cualquier cosa puede entrar por esa puerta.

Para calmarme, deseo que, al abrir la puerta, pese a la nieve entren en el salón de ventas golondrinas y mariposas, aromas de piquillín maduro, una nube, una ranita a saltos, entren pájaros

y nidos, que frente a la puerta se detenga un nuevo coche del señor Palcos dientes de oro cigarrillos rubios en boquilla cuatro anillos y una abeja de oro en la corbata. Que yo lo acompañe por el salón y él me dé un billete de cien o de cien mil en prueba de abundancia aunque eso signifique años de propinas; que con todo lo que le han prestado, pantalones anillos y corbatas, durante un fin de semana pueda ser el señor Palcos con Tununa porcelanas ceras vírgenes entre almohadones perfumados, risas de Tununa abriendo la ventana a los rundunes, amor y paz y nosotros cuidando, vigilando, las Pecosas en el mostrador cantando a dúo música de fiestas, descalzas y mojando sus pies en el agua de los arroyos tibios; que Roberto Airaldi haga una compra fabulosa, casi todo el negocio; que diga me llevo todo menos la torta porque es una obra de arte, y nosotros envolviendo frascos y alfajores como locos, llevando los paquetes al correo en un camión enorme; que pague con un cheque de un metro de largo para poder contener la fabulosa cantidad y el señor Hidalgo sonría por primera vez llorando de alegría, guardando el cheque en el chaleco o escondiéndolo entre la media y el zapato para que nadie se lo robe, sin saber dónde poner el cheque de tan contento que está por fin nuestro señor Hidalgo, felicitándonos a todos, muchas gracias muchachos, siempre pensé que ustedes eran muy buenos, lo que pasa es que.

Sueños falsos. Deseos inútiles. El Palcos que llegó esa tarde, la última, vino seguido por las moscas. Vacilo un momento y lo dejo entrar, pero por la puerta de madera del costado. Usted comprenderá, tengo que proteger la torta, no puedo dejar que entren también esas moscas que vienen con usted. En nube negra las moscas zumban afuera contra los cristales. Con él han venido también tres o cuatro perros flacos. Quieren entrar, raspan los vidrios

con uñas impacientes, ladran a las Pecosas. Hay que llamar a la policía, dicen ellas. Haga callar esos perros, digo al señor Palcos. ¿Le contaste, le dijiste algo a ella?, dice desde el fondo de su chaleco blanco, de sus pantalones a rayas, del moño de su corbatita negra. No lo sé, no me acuerdo, le digo, haga callar sus perros que se asustan las Pecosas. Ellas no saben de quién se trata, no pueden reconocer en él al señor Palcos. ¿Le dijiste algo?, dice desde su barba de diez días. Dale una moneda para que se vaya, dicen las Pecosas. Pase, le digo mirando su barba canosa, el sombrero que hace girar entre sus manos, pase y vaya usted mismo a averiguarlo, si algo queda de ella lo estará esperando en sus habitaciones. El cruza el salón brillante sin mirarse en los espejos, esquivándose a sí mismo se desliza sobre el brillo del piso y el miedo silencioso de las Pecosas.

"Tununa", dice apenas el señor Palcos en el centro del salón de ventas, infinitamente multiplicado en los espejos. Corro a trancar la puerta de madera. Los perros, siguiendo el olor del señor Palcos, raspan y empujan para entrar. Por la presión que hacen se advina que hay también otros animales algo más fuertes que los perros. Y la nube negra zumbadora no está formada por moscas solamente. Hay un todo a trastocarse en un segundo, un tiempo que se resiste a transcurrir, como si todo hubiese acabado ya y se tratase solamente de saberlo, de darse cuenta de la evidencia en un solo segundo fulminante.

Tununa, dice el señor Palcos moviéndose entre peligros que no alcanza a ver. Y enseguida me llama, que por favor le ayude. Dice que está viejo, le duele la cintura, el lumbago, y no puede agacharse, Tununa está en el suelo, por favor ayudame a levantarla. Me voy al fondo y lo veo alzando lo que queda de Tununa. Juntamos

labios secos besos muertos pestañas desteñidas ojos desarticulados mejillas en olvido porcelana ceras derretidas. Vuelve temblando con todo eso en el sombrero como monedas falsas, quiere abrir la puerta para irse.

Un momento, le digo midiendo el escaso tiempo que nos queda para abandonar el barco. Se detiene tranquilo, mirando afuera como si no pasara nada. Esto es lo que han logrado, les grito a las Pecosas por echarle la culpa a alguien, esto es lo que han logrado, esto es todo lo que ha quedado de Tununa.

No fuimos nosotras, gritan con plañidos las Pecosas. Anoche la señora Tununa dijo que le dolía mucho la cabeza. Estaba enferma, tomaba medicinas, tenía tos convulsa, artritis en las manos, nubes en los ojos. No fue por culpa nuestra. Siempre la hemos querido porque ella ha sido siempre nuestra verdadera madre. Y también la tuya, eso no podrás negarlo.

El señor Palcos me dice que me calle, que no siga haciendo llorar a esas pobres mujeres indefensas; que él ya se iba, iba pasando por aquí y se le ocurrió entrar, eso era todo. Un momento, le digo, de aquí no sale nadie por las puertas.

Rápido, no hay tiempo que perder, todos al sótano. Las Pecosas bajan los escalones huyendo de crecientes. Usted también, digo empujando al señor Palcos. Por ahí, digo señalando el tragaluz, poniendo una escalera. Cuando yo lo ordene, todos a la calle por el tragaluz, digo subiendo los escalones. Entro en el salón de ventas llevándome todo por delante, casi no veo de la furia que tengo cuando abro la puerta de cristal y dejo que entre la nube negra con su zumbido, abro la puerta de madera a los tropeles que enloquecen. ¡Ahora!, grito bajando al sótano, las Pecosas y el señor Palcos hacen mutis por el tragaluz.

Yo me quedo un poco todavía. Alcanzo a ver cómo los bichos se comen la torta bendecida por el obispo destrozando a dentelladas la cereza virgen, los dulces y los néctares salpicando el mostrador la Caja los espejos los cojines de Tununa que todavía huelen a piquillín maduro que fermenta en la siesta. Afuera encuentro a las Pecosas que se agarran la cabeza ante la vidriera viendo la torta que va desapareciendo entre patas bullentes y hocicos insaciables. Basta de llorar, les grito, las sacudo haciendo temblar sus cuerpos desnutridos, dejen de llorar inútilmente y ayuden al señor Palcos que apenas puede caminar. Las Pecosas reconocen al señor Palcos en el mendigo que tienen a la vista, abriendo ojos como corazones sueltan un llanto de campana triste; y como si la torta y los manjares fueran de ellas juntan las manos en forma de plegaria y dicen madre mía, qué habremos hecho para recibir este castigo.

El salón de ventas se ha convertido en un túnel lleno de moscas, perros furiosos e insectos lujuriosos que cubren los espejos. Llegan policías, sacerdotes y bomberos. Entre todos llaman al señor Hidalgo dando gritos. Nosotros corremos calle abajo, somos una cabalgata que se aleja. Volviendo las cabezas hacia el desastre vemos todavía que detrás de las moscas y los perros entran las grandes bestias del Zoológico. Cuando estamos cerca del puente escuchamos el gran ruido, la desgracia: ha llegado el señor Hidalgo, ha mirado de frente su tragedia, y alcanzamos a oír el ruido de su cabeza de huevo que revienta contra un poste de la luz. Y todo el pueblo, que le pertenece y es una prolongación suya, tiembla en cataclismos inminentes.

Tapo los oídos y los ojos de las Pecosas para que no oigan ni vean los turistas muertos y los caballos envueltos en alari-

(que)
dos) en sus remolinos se llevan las crecientes. Estamos junto a la estación de trenes. Palcos y las Pecosas quieren correr hacia los andenes. Cuidado, por ahí no, les digo, los andenes deben quedar libres para Gretchen. ¿No se dan cuenta de que sin andenes Gretchen no podría volver nunca? ¿Que andaría siempre ciega dentro de sus trenes? ¡Vamos, al puente!, les grito.

Hacia allá vamos corriendo casi a saltos, dentro de lo que permiten las piernas de madera carcomida del señor Palcos. No vale la pena, dice, pero lo alzamos un poco y lo obligamos a marchar arrastrando los pies. Ya cruzamos el puente que separa al pueblo del desierto inmediato. Lo último que vemos son albañiles sobrevivientes bajo la nieve poniéndole más puertas, más ventanas al pueblo para los turistas del próximo verano.

Estas valijas, una vez abiertas, no se pueden cerrar más. Aquí estamos otra vez juntos viendo llover en Madrid. El camión triturador de la basura está en la esquina. Con mandíbulas vírgenes tritura muebles viejos. Y este cuarto apesta de basuras y recuerdos. Ahora que he vuelto a verlos, acaso un tanto alterados (mutuamente) por el viaje y el tiempo transcurrido, mi propósito es deshacerme de estos pergeños deformados por la vida, separarme para siempre de estos incómodos acompañantes, de estos muñecos casi muertos que me siguieron hasta aquí. Sacarlos de la atmósfera.

Entre el último sorbo de coñac que me queda y la lluvia, ellos gesticulan. Oyen el ruido del camión triturador y tienen miedo. Una Tula desmesuradamente verdadera me advierte, con un gesto, que yo también soy como un recuerdo: un recuerdo de ellos. Cuidado, dice, el riesgo es el mismo para todos. Entre las basuras

busco a Gretchen para echarle una última mirada, un mirarla que sirva para guardar en algún lado el amor que le tengo. Pero está en la penumbra, en los andenes, en el silencio de los trenes muertos. El señor Hidalgo, escrupulosamente, recupera de a poco su cabeza de huevo, su peinado. Las Pecosas, que verán a Dios, me miran como animales asustados, alarmadas por el ruido del camión, tan peligroso como el de las crecientes. El señor Hidalgo, una vez recompuesto, me dedica una tremenda mirada acusadora diciendo que yo soy el culpable directo de la muerte de su maravillosa torta. Tununa, para salvarme de estos reproches, apaga la luz de la sala.

Está bien, les digo, ni ustedes van a poder librarse de mí ni yo de ustedes. Dejemos tranquilo por ahora al camión triturador, de alguna manera tenemos que seguir viviendo juntos. Estamos otra vez en el jardín amurallado oyendo que allá afuera pasa la cabalgata que, ya se sabe, no regresará nunca y pronto ni siquiera será un recuerdo. Nos queda la posibilidad de esperar, aunque no sepamos concretamente qué. Aunque, lo más probable, ese qué no exista ni haya existido nunca. Entonces, o nos ahogamos o esperamos. Estamos en la atmósfera. El tiempo dará muchas vueltas todavía. De aquí no se sale nunca. Y la espera no tiene fin.

AL OTRO LADO DEL MAR

aquí

Seguía cortando ramas para la nueva choza en ese lugar apartado aunque las palabras que estaba oyendo demostraran que ^{los actos} ~~cortar ramas~~ ^{que respaldaban} ~~y la nueva choza eran actos~~ que ya no existían en el tiempo. Cortaba todavía algunas ramas inútiles como para prolongar algo que se iba. Sus compañeros de siempre parecían otros seres y sus palabras decían con suficiente claridad que aquellos, los temidos, habían llegado finalmente, traían armas y animales feroces no pensados, y ellos habían entregado todo a cambio de la vida. Estaban contados y repartidos, él también estaba contado aunque no lo hubiesen visto todavía, seguramente ni su mujer ni su hijo le pertenecían cabalmente ya. Por lo tanto era inútil seguir cortando ramas, no habría nueva choza, debía volver a la aldea y entregarse. Cada palabra que decían sobre la nueva situación añadía una gota más al espanto, y el miedo crecía, entre palabras podía ver su propio miedo pintado en la cara de su mujer, que dejaba caer por inútiles las ramas que traía. Para despintarlo estuvo por decirle que más allá del río la tierra se extendía sin término y que podrían huir, pero las caras de sus compañeros, como adivinando sus pensamientos, eran todavía peores que las palabras que utilizaban para decir que eso era imposible. Las palabras y el miedo no alcanzaban a llegar al niño, él seguía cortando ramas tiernas, de esas pequeñas que sirven para trabar, y había manchas amarillas alrededor de su boca, el huevo de avestruz comido esa mañana. In-

cluso se sentía capaz de demostrarle a ella que al niño no le pasaría nada malo, pero las palabras de los otros remolineaban en el aire , lo movían como si éste fuese de barro espeso, y el aire soleado se puso de repente frío en la mañana detenida por las palabras, ~~Las palabras,~~ ^{zarp} danzando en el aire quieto, subían y bajaban, abarcaban su estatura procurando meterse en su cuerpo como un maleficio, aunque él se cerrase todo para que no penetraran, aunque se tapara los oídos ellas atravesaban piel y huesos, lo llenaban por dentro; y cuando ya no cabían y era como si no dejaran circular la sangre, salían en forma de miedo por sus ojos otra vez al aire paralizado mientras el acto de cortar ramas desaparecía en el tiempo.

Caminaban por montes cambiantes que tenían la apariencia de ser mirados por última vez, sintiendo el huir de iguanas y lagartos, los miles de ojos de la fauna escondida que los veía pasar desde los matorrales, los animales sabían muy bien lo que pasaba y también tenían miedo. Desde niño había oído que alguna vez vendrían unos hombres como dioses, acaso desde el aire, para llevarlos a un no muy definido paraíso. Para eso tenían que pasar muchas lunas, y ahora las lunas habían pasado y el tiempo se acababa. ¿Volando?, preguntaba sin mirar a nadie. No, no volaban pero quizás pudieran hacerlo, y le mostraron el espejo donde vio su cara. El objeto parecía un trozo de río detenido, igual que el río le devolvía su cara, pero demasiado quieta, indicio claro de que el tiempo se había acabado y ahora qué. Tienen muchas cosas como ésta, decían las palabras, que ayudadas por señas describían perros y arcabuces, ruedas y caballos, posibles elementos del cielo presentido. ¿Muchos?, preguntaba refiriéndose a los que resistieron y murieron, y un monosílabo que duraba más de lo debido respondía:muchos. Si han matado no vienen del cielo, pensaba cuando estaban por

cruzar el río próximo a la aldea tomada, y oía los ladridos de los primeros perros del mundo, escalofríos, le explicaban que los perros eran como armas, pero vivas.

No veía todavía a los dioses invasores, pero sentía sus presencias. El paisaje corriente era otro. Parecía que hubiesen talado los árboles, aunque estaban allí, con otro aspecto. Los animales del monte y del río eran claramente una posesión de ellos, y seguramente se habían modificado. El poder de aquellos hombres dioses vivía por sí mismo, y no era necesario que estuviesen presentes para verlos. Sin llegar, habían llegado con su verdad tremenda hasta la choza que estaba construyendo allá lejos, un lugar que seguramente no verían nunca pero que les pertenecía. Eso pensaba, o alguien lo estaba pensando por él. Los pensamientos venían desde afuera y tampoco le pertenecían ya.

Sin palabra para poder pensarlos, los vio. Los perros y caballos, como enormes pesadillas, estaban atados a los árboles familiares. Hombres armados vigilaban la aldea rodeándola, cuidando el espacio, seguramente sagrado desde ahora. Todo había sido hurgado en busca de metales que brillasen, hasta las urnas funerarias habían sido removidas en busca de lo mismo. Y todo lo hacían ululantes en una lengua de otro mundo, sin duda hija menor de la voz ronca de los arcabuces que producían muerte instantánea con su ruido.

Entró en su aldea como un intruso y lo hicieron prisionero. No se atrevía a mirar de frente a sus guardianes: observaba fijamente las botas, y la mirada, subiendo, no iba más allá de la cintura, a la altura de las espadas. El guardián, con palabras y acciones, protagonizaba hechos de los que él estaba excluido. El arcabuz celoso y pronto en las manos del guardián le permitía algunos

movimientos, y él entonces podía moverse un poco, mirar a los costados, sin desplazarse porque cuando lo intentó, el guardián lo miró con el ojo del arma y él se dio cuenta enseguida de que sus movimientos también pertenecían al guardián.

Y en cuanto se puso el sol adiós aldea, con los ruidos y las prisas y los gritos de mando y el correr en la oscuridad empujado por los arcabuces; alzar bultos y llevarlos a través de la selva oyendo los gritos de las aves nocturnas agoreras, los animales que huyen ante el paso de los hierros o tiemblan en sus mandrigueras; oír que las espadas cortan la maleza y dejan ver la luna, que enloquece a los perros; un caballo que pasa a su lado pero no lo muerde, no dice nada el caballo bueno, y con las primeras luces el rumor del mar que separa a los vivos de los muertos.

Desde un bote vio la carabela, con sus grandes alas posada en las aguas dispuesta a volar en cuanto llegaran ellos. Sintió que vivía un momento muy preciso en que la tierra y el mar estaban quietos, sin tiempo. Lo metieron en el bote y uno de los hombres apoyó la punta de un remo en el extremo de la tierra y la empujó. El mar permaneció quieto y la tierra empezó a alejarse. Todo se iba ahora: la orilla, y más allá la selva con sus jaguares y sus pájaros, la aldea y las urnas funerarias que quedaron sin desenterrar, el tiempo de la caza y de los frutos, la molienda del maíz y el nacimiento de los hijos, todo se iba para atrás empujado por la punta del remo. Tanteó bajo su ropa la flecha de piedra verdosa, el amuleto y la pipa de arcilla que le regaló su mujer cuando durmieron juntos por primera vez. Se llevaba esas cosas al otro mundo.

Miles de árboles combinados para hacer la carabela. Quién sabe cuánto tiempo cortando tablas con esas hachas relucientes. No se trataba de un árbol gigantesco que hubiesen ahuecado: habían for-

mado un gran hueco con muchos árboles. Ellos trepaban fácilmente por la cuerda, a él se le paralizaban las piernas. Dos hombres en los que vio los ojos de ellos por primera vez y parecían mansos, lo izaron. Su cuerpo no era nada. La tierra que dejaba también ya era casi nada. Los grandes árboles, empequeñecidos hasta el tamaño de un hombre. Podría haber hombres en la costa, viendo alejarse la carabela o retroceder la tierra, pero eran imperceptibles. Mucho más imperceptible su hijo, y mucho más en su boca las manchas de huevo de avestruz.

Apoyado contra un palo, percibía la curiosidad con que lo miraban, de la profundidad de la carabela seguían subiendo hombres para mirarlo. No todos tenían cabeza metalizada y largas barbas. Los había también sin barba como él, altos y bajos, algunos pequeñísimos. Vio caras enfermas, de ojos hundidos, manos rotas de tanto mover cuerdas, ojos de mirada asombrada como la de las corzuelas.

Lo dejaron solo oyendo el estruendo de los hombres que gritaban y se movían nerviosos entre las cuerdas y los palos cuando las olas, furiosas contra el viento, empezaron a hincharse como grandes ampollas iracundas. Corrían de un lado para otro tocando esta o aquella parte de los árboles que formaban la embarcación, recogían los trapos izados en los palos, y el viento y los hombres ululaban, sin duda alguien había muerto ahora que la carabela se dejaba penetrar íntegramente por el mar mientras la tierra se alejaba, ^{navegaba} ~~la tierra navegaba~~ a lo lejos con sus ríos, sus montañas, sus nubes y sus cóndores, y sin duda era la tierra lo que había muerto, de tan lejos que estaba, ^{el niño} ~~las manchas de huevo de avestruz~~ y el calor del cuerpo de su mujer estaban lejos, y todo lo que está lejos es del mar y de la muerte.

Del mar, que a partir de ahora veía en partes minúsculas, en

el fondo de la carabela que hacía agua y en el cubo que le habían dado para que ¹² sacase ~~el agua~~ y la echase otra vez al mar. Cuando conseguían tapar un hueco, ~~el agua~~ ya estaba entrando por otro.

El no sabía si dormía de día o de noche sacando agua bajo el sol y bajo las estrellas que también se iban porque ya eran otras, hasta caer dormido de día o de noche, sin ánimo siquiera para comer la galleta que le daban.

La carabela era una pura simulación. Eran verdad los ríos y los animales que recordaba, el alumbramiento de las mujeres y las bestias, los vivos y los muertos. Todo esto era en cambio un violento equilibrio, algo armado y apenas sostenido por un mecanismo precario. Si el cubo no sacase afuera el agua que entraba por los huecos, la carabela estaría hundida. Si los árboles cuidadosamente modificados y atados entre sí se desatasen para volver a ser árboles, la carabela se llevaría todos esos sueños al fondo del mar, hombres, perros y caballos, arcabuces y fuegos. El mar no era natural como la lluvia. Nadie podía vivir sobre el mar, ni siquiera las aves. Los que desafiaban al mar no eran de la tierra, o eran dioses o estaban muertos viajando hacia difíciles paraísos.

Sacando agua de día y de noche hasta que la fatiga lo postraba (el cansancio era su verdadera noche) percibía que la sucesión de la luz y de la sombra no variaba, ni la vigilia y el sueño, ni el hambre y la saciedad. Esto era lo único cierto por ahora y a eso debía aferrarse. A estas cosas no habían podido cambiarlas ni atarlas con cadenas ni matarlas con arcabuces ni hacerlas morder por los perros. Lo demás era sin duda una pura invención que algún día se destruiría sola, cuando acabase de ser algo como un sueño que no puede durar más de lo debido. Inventos los viajes, inventos los metales con que cubrían sus cabezas, inventos los ar-

cabuces y los puñales, puros inventos sus palabras incomprendibles, espejos y papeles, sus barcos con sus trapos al viento, sus barbas y sus gritos, su crueldad y su silencio. ¿Qué hará a esta hora el niño que apenas se alzaba de la tierra? ¿Quién lo protegía del mal tiempo y de las fieras de los montes? ¿Cómo era la piel de su mujer y hacia dónde habría llevado el viento las ramas de la choza? Aquello tampoco podía ser cierto ya, de tan lejos que estaba, de tan empujado por la punta de los remos. Entonces era cierto que estaba cruzando el mar, o el mar a él, como nadie puede cruzarlo estando vivo, entonces era cierto que iba al paraíso donde iban los abuelos a fumar pipas interminables, entonces él mismo era tan irreal como los hombres que lo llevaban no sabía hacia dónde.

De noche, unos pequeños seres vivientes le hacían compañía en su rincón. Sus desplazamientos caprichosos coincidían a veces con los de los hombres, pero eran tan veloces que escapaban a sus pisadas. Cuando no podían, bajo los pies de los hombres reventaban sus cáscaras oscuras con ruido de fruta seca que se aplasta con piedras. No tenían sangre, apenas un líquido que duraba un momento hasta que la madera lo absorbía. Había otros, más grandes, que por la noche roían la madera, se comían el barco poco a poco y desaparecían cuando alguien se acercaba. Apenas había podido ver el brillo de sus pequeños ojos, atisbar una larga cola cenicienta. Vivían entre el poco alimento que llevaban y de noche eran los verdaderos dueños de la embarcación.

Los hombres y el barco, las estrellas y los soles, todo estaba encerrado en el mar. Y el mar no era el agua. Las aguas eran de los ríos. El mar era de espacio, de espera sin nada atrás o adelante. No lo dejaba estar consigo ni tener recuerdos. Todo lo contenía y desbordaba al mismo tiempo. Aunque se reunieran mil

carabelas y mil hombres dentro de cada una, el mar estaría siempre solo. No admitía compañías de ninguna naturaleza. El mar era su color, su ruido y su espuma. Era lo que estaba detrás de todas las cosas, el padre, el principio. Y estos hombres formaban parte del mar. Los había visto correr como enloquecidos por la cubierta cuando llegaban las tormentas; las insultaban, no les tenían miedo. Ellos y los arcabuces comprendían el idioma de las tormentas. Eran todos de la misma tribu. Los gritos de los hombres eran las voces de otros arcabuces, los que usaban para matar tormentas: ellos mismos se convertían en arcabuces para matarlas. Si el mar era el camino de los muertos y, como parecía, no terminaba nunca, entonces los muertos nunca llegaban a ninguna parte y morir era estar viajando siempre, o quizás siempre quieto mientras la tierra se alejaba sin regreso posible. Pero si el mar acababa en alguna parte, entonces estaban camino del paraíso. El sol nacía y se ponía en el mismo mar, o sea que contenía también al paraíso. La tierra y su noción habían desaparecido. Miraba el viento inflado en las velas y sentía que iba hacia ese lugar sin frío ni enfermedades, donde ^(por) cada fruta que cortabas del árbol brotaba otra en un lugar simétrico, donde vivías para siempre porque estabas en un camino que no terminaba nunca.

Acompañándose con una madera musical, los hombres cantaban y bebían. A él también le dieron de beber ese licor morado y luego pusieron en sus manos la madera. Tenía forma de cuerpo de mujer y muchas cuerdas. El podía tocar en una de ellas, tenía sonidos que conocía y otros que no había oído nunca. Entonces se puso a cantar y los hombres lo escuchaban meciendo sus cabezas y sus copas. En el canto les agradecía la bebida y les preguntaba de dónde eran los perros y los caballos y quién les había regalado los arcabuces y la carabela, quiénes eran y adónde lo llevaban,

por qué habían matado a algunos en la aldea y qué les pasaría a los que quedaron allá bajo custodia de otros como ellos. Cuando el canto terminó, los hombres le dieron palmadas amistosas y esa noche lo dejaron dormir sin vigilancia. Los sonidos de la madera musical siguieron hasta muy tarde y se perdieron con él en el mismo sueño. Despertó como siempre: aferrado a los objetos que traía de allá, era lo único que le permitía afirmar o mantener su existencia. La nave estaba quieta y serenísima. También el mar, que por fin había terminado. Entorpecido por el asombro contempló desde la cubierta un enjambre de líneas y de curvas corporizadas: las altísimas torres y agujas del paraíso.

que los dioses bañados clamaban con un susurro
cielo presentido dix?
 Las casas del ~~paraíso~~ parecían flotar en el aire, pero sus piedras estaban firmemente pegadas al suelo, una tierra rojiza y porosa, como recién arada. Perros y caballos se movían sobre la hierba como soñados. También eran soñados los árboles de donde nacían las carabelas. Y existían los pájaros, como allá. La contemplación del paraíso no iba con el mismo ritmo de su ansiedad, que quería verlo todo hasta sus confines. La tierra no era plana, subía y bajaba en ondulaciones impidiendo una visión total. La gente de las aldeas se asomaba a las puertas para ver pasar a los soldados, y todos fijaban sus ojos en él, miraban especialmente las plumas de su cabeza y el papagallo que llevaba en la jaula. El sol se había levantado mucho, emergido del mar ya distante. El paraíso no estaba en otro mundo, había un mismo sol para la vida y la muerte. Sobre los ríos había unas enormes piedras curvadas que se sostenían sobre el agua casi sin apoyo, de modo que los habitantes del paraíso podían vadearlos sin canoas y sin mojarse los pies. Los mismos árboles que habían sido maltratados

hasta convertirse en carabelas, aquí habían sido curvados hasta tocarse los extremos de sus troncos, sin romperse, cruzados con palos en forma de estrella; les ponían caballos adelante y, girando, servían para andar y llevar cosas pesadas, los objetos eran llevados para cualquier parte como si fuesen plumas y pasaban sobre los ríos sin tocar el agua sobre aquellas piedras igualmente curvas. Caminaba al lado de un caballo mirando sus ijares sudorosos y las botas del soldado, Comprendió que el caballo era manso y que jamás podría utilizar espadas o arcabuces. Era un animal como cualquier otro, y además hermoso. Le dijo unas palabras amistosas. El animal movió atentamente las orejas: lo escuchaba. El soldado sonreía. De la casa más alta de una aldea, rematada en torre, llegaba una música de campanas. La oyó debilitarse hasta que el pueblo quedó atrás con sus techos rojizos y la gente asomada a las puertas, hasta que desapareció detrás de otra ondulación, hombres, carros y caballos ondulaban sobre la superficie del paraíso mirando y desmirando pueblos que se asomaban y desaparecían.

Las caras de la gente, esa obsesión que no termina. Puede recordar una a una cada cara de la gente de su aldea, perfectamente diferenciadas. Aquí todas parecen iguales, el mismo rictus o dibujo. Miles de caras idénticas lo miran asombradas. En el espejo que le han dado mira otra vez la suya, y no es como las otras. Hay un color distinto, labios diferentes, hay esas plumas que le obligaron a ponerse no siendo su momento, en su cara no hay pelos como en las otras, se ve semidesnudo y casi descalzo, las caras repetidas lo miran con el mismo interés que al papagallo y se avergüenza, es un monstruo rompiendo la armonía del paraíso cuidadosamente embellecido y cultivado.

Cada aldea o porción del paraíso tiene una casa más alta para las campanas. Cada aldea es igual a la otra, como las caras de la gente. La caravana se ha detenido ahora ante una de ella, y los soldados principales han entrado en la casa más alta. De adentro sale una música casi intolerable, miles de quenas enormes sopladadas a un mismo tiempo; luego, un murmullo de voces como el ruido de los ríos en la noche. Pasan caras que lo miran desde alguna distancia, a él y al papagallo; si alguien quiere acercarse más, el soldado dice cosas y muestra su arcabuz, que aquí también es poderoso. Hay muchos hombres viejos y casi sin ropas que los cubran estirando una mano hacia los soldados y ~~hacia~~ las personas ricamente vestidas que van a entrar al templo; abundan los niños descalzos, que también estiran las manos implorando; hay hombres y mujeres que muestran objetos y alimentos y pregonan, tienen un plañido de pájaro lejano en el monte, tristísimo; perros mansos, caballitos grises y animales de lana andan mezclados con la gente que implora estirando las manos, como si ellos también tuviesen hambre y no supiesen implorar; y las voces que vienen del interior del templo son plañidos también de pájaros del monte, no sirven para hablar, suenan como llanto y ya los soldados salen de la enorme casa rematada con campanas que suenan igualmente tristísimas.

Los soldados permiten que un hombre envuelto en un tubo de paño negro se acerque a él más de lo debido. El hombre toca su cabeza y le da una medalla donde una mujer hermosa tiene un niño en brazos. El hombre de negro gesticula y dice cosas cuyo sentido el soldado intenta expresar con las manos, y él intuye que dentro de la casa más alta de la aldea hay algo muy importante para él.

Hay ^{voces} gritos de partida y una mujer que trae un cántaro con agua

habla con el soldado, que le permite acercarse sin alzar el arcabuz. La mujer ignora al soldado y acercándosele casi hasta rozarlo le da de beber mirándolo intensamente, ojos verdes que él nunca ha visto, una mirada que se apresura a guardar dentro de sí, hermosa piedra verde encontrada en el fondo de un socavón, algo a guardar para otros días, piedra líquida del paraíso; guarda también el olor a hierbas de la mujer que lo está mirando en este formidable final del mar que está percibiendo en los ojos de la mujer que ya se acaba y se aleja con su cántaro. Los carros se mueven, el soldado lo empuja para que camine y cuando llegan a lo alto de la ondulación y la aldea desaparece, todavía hay para él en el aire dos puntos verdes como la picadura de una serpiente pero dulce. Camina con cuidado, como si transitara los ojos que lo han mirado. Sabe que las cosas buenas que hay en el mundo son hermosas por haber sido contempladas por los dioses. Siente que el aire que viene de la montaña se demora en su cuerpo casi desnudo y presiente que su perfil es algo perfecto contra el viento. Perros y caballos pierden su rigor y empiezan a dulcificarse, y cuando el pueblo ha desaparecido se huele brazos y manos, el viento trae el aroma de las hierbas, él mismo huele a hierba, huele a ella.

Muy adentro del paraíso hay una lluvia interminable y piadosa con un largo descanso que le permite recomponer lo visto. Paraíso, pero los caballos qué, y también están los mendigos, los castigos y las cárceles, los hombres de negro en sus casas misteriosas donde moran las campanas, los señores con sus grandes carruajes y los ciegos, millares de mendigos, arcabuces y puñales, los carros con sus ruedas de árboles retorcidos, techos y carabelas que apenas se sostienen, las carabelas flotan por milagro, el

carro que pasa sobre el puente es un peligro, el árbol curvado de las ruedas puede enderazarse buscando su estatura, las ruedas desplegándose vuelven a ser troncos y todo cae al fondo del precipicio, estos hombres enloquecidos pueden perderlo todo en un momento, caballos y arcabuces pueden rebelarse y volverse contra ellos, han armado mecánicamente un mundo que en cualquier momento puede desarmarse, por qué hay tantos mendigos y adónde hay comida para ellos, los hombres viven juntos pero se castigan, hay garrotes y puñales y gente sin defensa y grandes fortalezas en lo alto de las montañas, y en casi todas las caras hay tristeza, todo está como para caerse, todo está viviendo como para morir ahora mismo, adónde están los dioses, hermosa gente pero triste, hermosos cuerpos que se ocultan bajo la ropa como si tuviesen vergüenza de estar vivos, todo tan triste entre campanas, gente vestida que nunca juega, todo se hace seriamente en el paraíso, nadie puede mirar el cuerpo del otro y ni siquiera el propio, cuerpo triste que no juega, mezclando árboles con piedras para hacer casas y ciudades y campanas y grandes puertas para templos inútiles, puertamiedo y casamiedo, campana y arcabuz, cántaro y garrote, alguien llora afuera bajo la lluvia y la noche, qué tristes son las lluvias del paraíso, y tan solos que están todos mezclando piedras y maderas y metales, navegando, mendigando, castigando, custodiando, rezando, ocultando la hermosura de sus cuerpos como si le tuvieran miedo, la gente que llora bajo la lluvia, llora cansada y vieja, son como dioses pero no tienen dioses, viven armando permanentemente un paraíso que tiende a desarmarse, si se distrajesen un momento para jugar el paraíso se vendría abajo con sus casas sus castillos sus príncipes sus caballos sus mendigos.

Ulular como en las carabelas cuando las tormentas; todos corren nerviosos en la ciudad llena de criados y soldados, hombres y mujeres limpiando calles y monumentos; los soldados lustran sus armas y sus botas, escudos y hebillas brillan como estrellas; ya va a llegar el que se espera, ya se oye el estrépito de su carruaje: los músicos preparan sus instrumentos, alfombras en la calle hasta la entrada del palacio; no ha quedado un solo mendigo en la ciudad, los soldados los han llevado a pueblos vecinos donde permanecen escondidos; llegan los primeros carruajes, los caballos lucen costosos herrajes y penachos de colores; miles de velas encendidas en el interior del palacio; la gente desaparece de las calles que custodian los soldados y atisba por las hendidias de sus ventanas cerradas al paso de la gran carroza; ya baja el esperado pisando ~~alfombras~~ alfombras vírgenes, ya penetra en el palacio de las cien mil luces, ya sube al estrado, ya llegan los soldados donde él y su papagallo esperan, le acomodan en la cabeza las plumas que a él no le importan, le dicen cómo debe actuar cuando llegue a su augusta presencia y por una puerta lateral lo meten en el palacio a él y a su papagallo; hombres maravillosamente vestidos se inclinan ante el hombre que está en lo alto de su silla de oro y de lágrimas solidificadas en piedras preciosas; y más velas encendidas, joyas, joyas; el palacio mismo es una inmensa joya; el hombre vestido de oro es una joya y los demás se arrodillan ante él; si él alzara una mano iracunda el palacio desaparecería; es más fuerte que las tormentas del mar ese hombre más que hombre; desde el mar hasta aquí, todo lo visto, gentes y ciudades, todo está amontonado alrededor de él, él es su centro; las carabelas son sus orillas, el mar es una orilla suya, la choza que no pudo terminar en su aldea es el último pliegue

de su manto de oro y los mendigos son sus piojos. Un soldado se acerca y le dice que avance con su jaula; él da unos pasos y se inclina como le han indicado que lo haga; el señor del manto luminoso fija sus ojos de pescado en el papagallo, alguien le levanta la mano con que sostiene la jaula para que el señor la mire mejor; él mira al señor, ve una cara lechosa y unos ojos cansados, todo brilla alrededor de los ojos del pescado que no se sabe si son buenos o feroces, son ojos de pescado solamente, todas las joyas y el oro y los tapices y los cuadros y las ciudades alrededor de los ojos del pescado, los ojos en el centro del paraíso cuidadosamente armado día a día por personas que tienen vergüenza de la belleza de sus cuerpos.

Ya ha vuelto a su sitio con el papagallo, debe esperar sin moverse hasta que le ordenen salir, le cuesta respirar entre el olor agrio de las velas. El señor se levanta entre músicas tremendas, sale escoltado por soldados y sube a su carroza. Los criados comienzan a apagar las luces, Ya han recogido la alfombra de la calle. La carroza se aleja y vuelven a abrirse las ventanas, la gente vuelve a la calle, ya se acercan los mendigos y la noche. Las carabelas fueron hasta su aldea para traer el poco metal precioso que allá había. Un poco de metal que apenas será un brillo pequeño entre las luces que alumbran aquella cara que acaba de partir en su carroza. Algo está comprendiendo. Se queda quieto en el sitio que le han fijado. Siente que estando allí tan quieto sosteniendo todavía la jaula del papagallo contribuye a sostener el peso del paraíso. Le han dicho que no se mueva hasta que le ordenen lo contrario. Si se moviera, podría abrirse una rueda o caerse una torre. Se queda inmóvil al lado del papagallo para mantener el equilibrio del palacio, no se atreve a quitarse una pluma

que no le corresponde.

El hombre de negro roció con agua su cabeza, trazó rayas en el aire con la mano y lo llamó José. El guardián, cuyas tierras trabajaba, le dio palmadas cariñosas y también lo llamó José. Con lenguaje de manos el guardián le dijo que ahora había dejado de ser un animal y era una persona como él, un dios verdadero lo protegería para siempre, un dios que ahora mismo iba a ver desde muy cerca en el altar del templo. También allí había oro y cuadros que parecían vivientes, columnas altísimas y ventanas cerradas donde el sol cambiaba de color. Buscaba a su dios entre los muchos que colgaban de las paredes o estaban pintados en los techos, los había con alas y eran como niños, hembras y machos todos hermosísimos. El guardián apoyó la mano en su mentón y le hizo girar la cabeza hacia el dios que buscaba. El dios que ahora lo protegía estaba clavado sobre dos palos cruzados, colgaba de ellos con los brazos abiertos con una tremenda herida en el costado donde una sangre detenida no se animaba a derramarse. No puede ser, dijo en su lengua, pero el dedo del guardián seguía apuntando hacia el dios yacente. Está muerto, dijo, y quiso decir más, pero las palabras no salían, se quedaban en el miedo.

Quería preguntar quién lo mató y por qué, acaso aquellos perros iracundos. El guardián se hacía cruces en la cara y en el pecho y el río nocturno volvió a sonar en las voces de la gente que rezaba porque sabía que iban a morir como su dios. A él le temblaban las rodillas con el mismo miedo que vio pintado en la cara de su mujer cuando llegaron ellos, ahora sabía que con el agua que echaron sobre su cabeza había comenzado su muerte, lo matarían con el arcabuz y lo clavarían sobre dos palos secos. En su aldea la muerte era una puerta que se abría; aquí en cambio se cerraba para siempre. Por eso la gente estaba siempre triste, por

eso los arcabuces y los perros, por eso cubrían sus cuerpos, por eso no jugaban nunca, y hacían permanentemente el paraíso nada más que para distraerse de la muerte. Al llamarlo José, el hombre de negro sin duda le dio un nombre para la muerte. Los abuelos, allá, no morían cuando morían: se iban. Pero él, que ahora se llamaba José, se quedaría cuando muriera, y esto era lo malo del paraíso; aquí la muerte en vez de abrir la puerta la cerraba.

Al salir del templo sintió que el miedo y la muerte trepaban por su cuerpo desde los talones y andaban con él y con su sombra por la calle. Los mendigos lo miraban con ojos de morir; los ojos de pescado del señor que llegó en la carroza estaban mirando la muerte tras las joyas y las luces; las carabelas cruzaron los mares en busca de más oro para la muerte, y todo el oro se amontonaba alrededor de un muerto entre dos palos. Aquí se usaba la muerte para todo, en la ropa que ocultaba la hermosura del cuerpo, en los dioses moribundos, en los arcabuces y en las plegarias, y todo era usanza de la muerte. Le dolían las piernas de tanto llevar su propia muerte bajo el nombre de José. Metió la mano en el bolsillo donde conservaba los objetos traídos del otro mundo. Los apretó muy fuerte, sintió que estaban vivos.

Hoy es tu día libre dijo el amo, y le recordó con gestos severos que tenía que estar de vuelta a la puesta del sol. Un día era un trozo muy pequeño de tiempo, que él estaba acostumbrado a medir por lunas y cosechas, crecidas de ríos o embarazo de las hembras. Aquí lo destrozaban y encerraban en jornadas, y el tiempo verdadero no existía para nadie. Pero de todos modos era su primer día libre, después de tanto tiempo. Podía descansar hasta la noche o irse donde quisiese. Perderse en el campo verde con el sol recién salido

parecía un buen suceso, pero ir en aquella dirección significaba ir pisando su sombra, cosa que no era conveniente en un día como ese. Prefirió caminar hacia el sol que subía, en esa dirección estaba la gran ciudad que había entrevisto de pasada, sobre la cresta de una ondulación sobresalían, todavía altas, sus agujas y sus torres.

Unos gemidos que le trajo el viento lo llevaron a una plaza cerrada donde miles de personas, sentadas en unas gradas de madera que había en los costados, contemplaban una hoguera. El conjunto parecía una nave, como el templo donde le impusieron el nombre de José, con dioses en lo alto, pero vivos, de carne y hueso como él. El más importante de ellos, bajo un dosel, en vez de estar clavado en una cruz sostenía una entre sus manos, y el resplandor de las llamas permitía percibir claramente su mirada: una crueldad piadosa en la locura. Unos hombres con las manos atadas y bonete en la cabeza eran sacados de una cueva profunda por soldados de a caballo, y los exponían ante la mirada de aquel hombre. "Relapsos", dijo el hombre sin soltar la cruz, seguramente el nombre de alguna alimaña repugnante. Los caballos, enfurecidos acaso por la palabra que acababan de oír, portando sobre ellos soldados igualmente enfurecidos, empujaban a aquellos hombres relapsos hacia el fuego, mientras la palabra, no interrumpida por ninguna otra, seguía flotando en vuelos circulares ante el gran silencio de las cabezas asomadas a las ventanas que daban a la inmensa nave. Sus impulsos de huir se contuvieron cuando el espacio fue colmado por un enjambre de mendigos atraídos por la fiesta de la muerte. Para salvar a las víctimas que esperaban ser calificadas de relapsas y arrojadas al fuego, mientras otras seguían saliendo de aquella cueva, deseó intensamente el nacimiento

de una esperanza: que todas las maderas del paraíso se desclavasen para volver a ser árboles y la tribuna cubierta por el dosel se viniese abajo con los dioses que ordenaban la muerte, y los árboles retorcidos hasta el dolor para ser ruedas volviesen a su estado natural y perros y caballos enloquecieran trepando a las tribunas para morder las piernas de los dioses vivos que pronunciaban las sentencias, y que una lluvia apagase la hoguera y el paraíso entero se desarmase para siempre. Esperó unos instante, el deseo era tan intenso que lo deseado parecía estar a punto de producirse. Pero las maderas resistían, los clavos habían sido puestos a fondo, y el humo y el olor de la carne y de los trapos que se quemaban ascendían hacia el cielo limpio.

Dos hombrecitos con bonete unidos por la misma cuerda cuyo extremo acaba en un soldado oyen la palabra relapso, que sube al cielo cuando la otra no ha desaparecido todavía, sobre la muchedumbre vuelan los relapsos negros de alas cenicientas. Cuando la lectura de la sentencia termina, un sacerdote dice palabras amorosas a los hombrecitos, que empiezan a dar unos alaridos que alteran la pasividad de los caballos, y el que ahora se llama José puede ver claramente que el paraíso da un paso hacia el infierno. Un soldado los desnuda suavemente, caen trapos y bonetes, uno de ellos es hembra. Que le tapen las vergüenzas, ha dicho una voz, y sus cuerpos hermosos con vergüenzas ocultas son atados a los postes que los acompañarán hasta la hoguera. Los gritos, en el fuego, duran apenas unos instantes, como si también se quemaran, no pueden subir al cielo inmediato donde revolotean los relapsos en vuelos circulares. Los caballos, bajo los soldados, contienen un miedo que desea estallar, sin necesidad de pegar sus oídos a sus cuerpos José puede oír cómo se mueven dentro en turbulencias los

corazones caballares.

Los relapsos esperan, el sacerdote de palabras bondadosas espera, el fuego espera, los dioses vivientes esperan en lo alto de la tribuna y sus sombras movedizas, proyectadas por el fuego contra los muros, esperan durante una pausa de la mecánica que sostiene las ejecuciones, las aldeas enteras y las carabelas en el mar. Cuando la pausa acaba el sacerdote bueno habla a los oídos de los condenados, un soldado los desnuda, otro los quema. El fuego brilla empequeñecido en los ojos de hombres y caballos, las carabelas flotan sin hundirse en los mares lejanos, todo funciona a pesar de la precariedad. Hay una persona para cada cosa, dioses y carceleros, inquisidores y fiscales, mendigos y notarios, nuncios y alguaciles sosteniendo la mecánica del paraíso. Arcabuces y ruedas y caballos son sus signos, todo amontonado alrededor del oro que los desvela, alrededor de las llamas que son como oro volátil derretido perdiéndose en el aire.

El fuego es más rápido para las palabras que para los cuerpos, pero hay un gemido que se le escapa y llega claramente a los oídos de José. Ay dios de mi alma, dice el gemido, y José lo guarda dentro de él junto a la mirada verde de la mujer que le dio de beber en el cántaro, son dos cosas que se llevaría del paraíso si pudiese abandonarlo. Y todo, piensa, sucede porque el dios que adoran está muerto y porque existen ruedas, arcabuces y perros, puentes y campanas. Los dioses vivos que pronuncian las sentencias y los mendigos y los que llenan las tribunas han venido para mirar la muerte, y a él le pusieron un nombre para que la muerte pudiera entrar también en él. Todos los que están ahí en la nave quieta miran la muerte que hoy tiene su día libre como él, su fiesta. Están armando la muerte como se arma una carabela destrozando

árboles, acaso la muerte sea su verdadero dios. Siente que la palabra José lo incluye en el entramado mortuorio, sube por sus piernas que tiemblan mientras él olvida el nombre que le daban en su aldea, sonido sin sentido después de esto, quién se acuerda de eso, ahora es un José entreverado con la muerte que tiene que volver a la casa del amo antes de la puesta del sol que ya se ha puesto.

El nombre que le han dado reptaba peligrosamente dentro de su cuerpo buscando una salida y duele como quemadura. Volver a la casa del amo y pedirle una cuerda y atarse fuertemente el cuerpo para impedir que esa palabra suba hasta el corazón. Se acuerda del dios que vio muerto en aquella casa de campanas. Si viviera y viera todo esto daría un alarido entre sus palos secos, ay carne de mi alma diría el dios clavado entre los palos.

Un ahogo le anunció que la palabra de su nombre estaba por llegar a su corazón. Como pudo se abrió paso entre los mendigos y abandonó la plaza-nave. Sintiéndose ya plenamente José, podía oír el ruido de la palabra recorriendo su sangre. Las memorias de la tierra que había dejado empezaban a borrarse en un fuego secreto. Había anochecido, y desde la cresta de la ondulación donde ahora estaba podía ver las luces que salían de la casa de su amo y guardián, el mismo que lo trajo en la carabela y le dio a beber aquella agua morada que alegraba los sentidos. Le pediría que lo atara fuertemente para impedir, como se hacía con las picaduras de serpientes, que la sangre envenenada siguiera recorriendo su cuerpo.

Intentó llamarlo con un grito que no salió, ahogado por su nombre José, enteramente dueño de su cuerpo. Trastabilló cuesta aba-

jo tratando de marchar hacia la luz, hasta que fue a caer en cualquier lugar del vasto paraíso.

Con el último resto de su día libre y de su vida alcanzó a llevarse una mano a la boca para quitarse un delgadísimo hilo de saliva que le recordó fugazmente una mancha de huevo de avestruz , que se perdió en la maraña de la muerte mientras el paraíso seguía navegando firmemente en su precaria armazón de piedras y crueldades, nadie sabe hacia dónde.

jo tratando de marchar hacia la luz, hasta que fue a caer en
 cualquier lugar del vasto paraíso.
 Con el último resto de su día libre y de su vida alcanzó a
 llevarse una mano a la boca para quitarse un delgadísimo hilo
 de saliva que le recordó fuertemente una mancha de huevo de a-
 vestruz, que se perdió en la maraña de la muerte mientras el
 paraíso seguía navegando firmemente en su precaria armazón de
 piedras y crueldades, nadie sabe hacia dónde.

